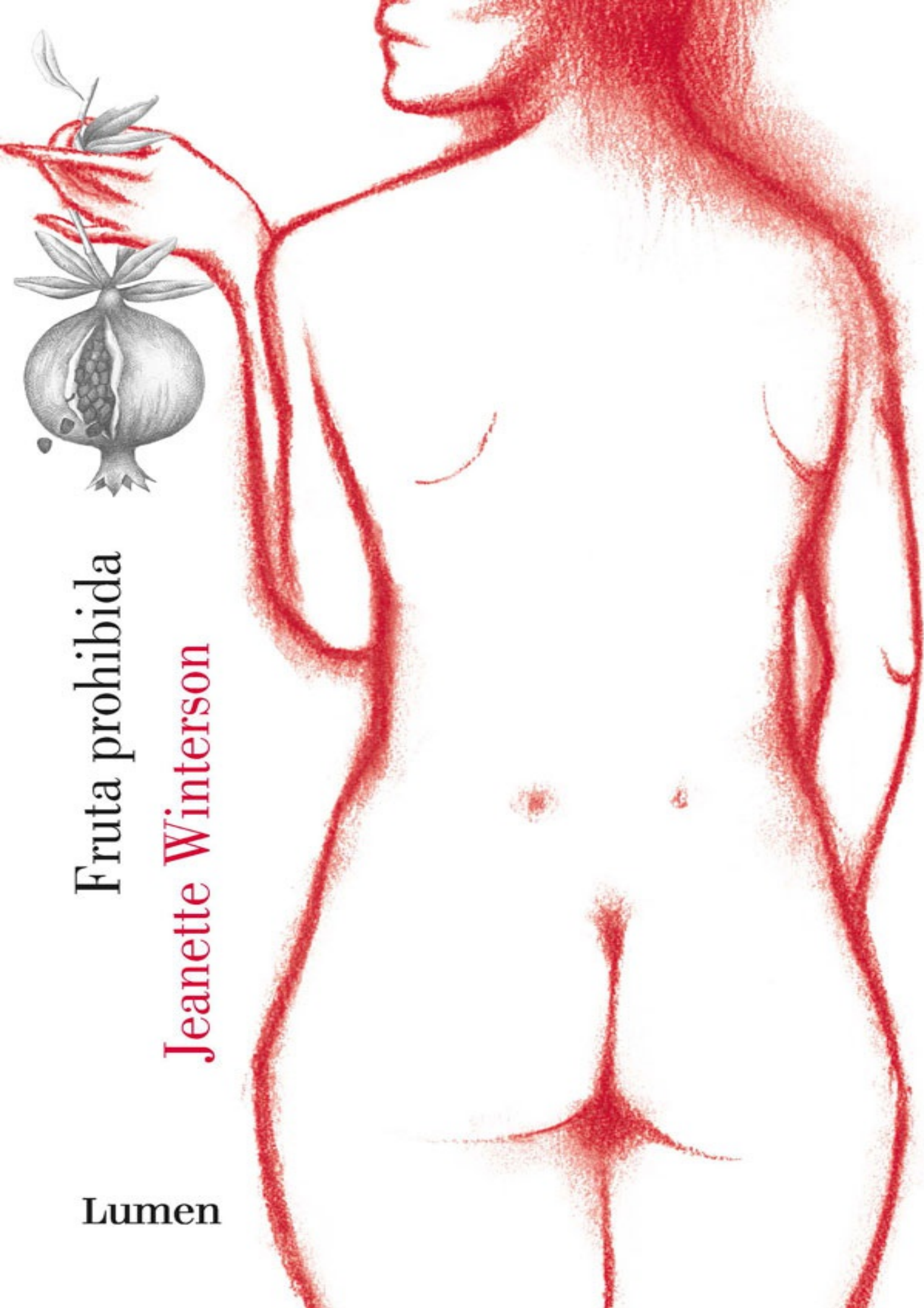


Fruta prohibida

Jeanette Winterson

Lumen



Edición ilustrada por Ana Juan

Fruta prohibida

Jeanette Winterson

Traducción de
Margarita Cavándoli y Horacio González Trejo

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



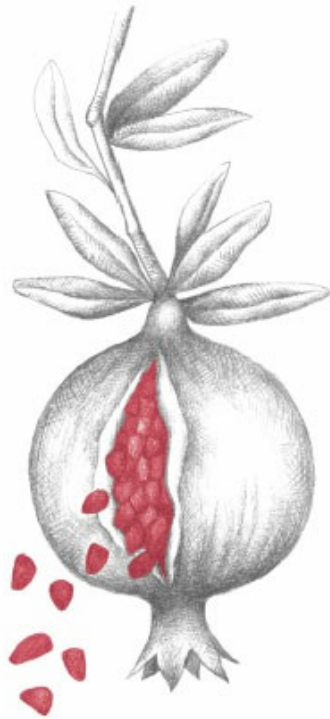
@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Fruta prohibida



A Philippa Brewster, que fue el principio

Si se utilizan cáscaras gruesas hay que espumar a conciencia: de lo contrario, se forma una telilla que desluce el resultado final.

De *La confección de mermelada de naranjas
amargas*, de la señora BEETON

Las naranjas no son la única fruta.

NELL GWYNN

Prólogo

Escribí *Fruta prohibida* durante el invierno de 1983 y la primavera de 1984. Tenía veinticuatro años. En aquel entonces compartía dos habitaciones y una bañera de asiento con la actriz Vicky Licorish. Ella no tenía dinero y yo tampoco; como no podíamos permitirnos el lujo de poner lavadoras con solo la ropa blanca, agradecíamos que estuvieran de moda las bragas de colores, pues así esas prendas asociadas íntimamente con nuestra autoestima no acababan volviéndose grises. La grisura es la muerte para los escritores. La mugre, la incomodidad, el hambre, el frío, los traumas y los dramas carecen de importancia. He tenido todas esas cosas en abundancia y solo han servido para alentarme, pero la grisura, los límites reducidos y húmedos de la mediocridad, la corrosión paulatina de la belleza y la luz, el hacer concesiones y acomodarse..., todo eso imposibilita el buen trabajo. Keats se ponía una camisa limpia cuando se deprimía. Radclyffe Hall encargaba conjuntos de ropa interior de seda en Jermyn Street siempre que se sentía agobiada. Byron, como todos sabemos, consentía que tan solo lo más blanco, puro y suave tocara su heroica piel, y yo admiro mucho a Byron. Por lo tanto, en aquella época sin dinero, sin trabajo, sin perspectivas y con una resuelta grisura que ascendía sigilosa desde los pisos inferiores de la pensión, pensé que tenía que haber un centro, un talismán, incluso un fetiche, que garantizara el orden allí donde parecía no existir; arreglarse todos los días para cenar en la selva, o los hombres que se limpiaban las botas hasta dejarlas relucientes

antes de vadear las aguas de Gallípoli. Para hacer algo de envergadura y hacerlo bien se precisan esas prácticas, personales y extrañas, por muy risibles que a menudo resulten, porque conjuran esa grisura del alma que dice que todo es insignificante y despreciable y que en realidad nada merece el esfuerzo.

Escribí *Fruta prohibida* sentada en una silla de oficina de veinticinco libras y con cantidades industriales de t pex. Us  papel reciclado, y sigo usándolo; entonces lo utilizaba porque nadie lo conocía y era más barato que el de buena calidad, y ahora lo uso porque es lo que hay que hacer, aunque misteriosamente la virtud lo ha vuelto más caro que su hermano engullidor de árboles. Si fuera editora, insistiría en que todos los manuscritos se entregaran en papel reciclado.  Por qué la naturaleza ha de pagar por el arte?

 Por qué el arte en vez de la naturaleza? Era la pregunta que me formuló con mayor frecuencia durante la preparación del libro. No era feliz en Londres, no quería dedicarme a la publicidad ni a la banca, como hacían la mayoría de mis compañeros de Oxford, no me veía aguantando un trabajo que oliera a un horario fijo. Entonces, como me ocurre ahora, era más feliz al aire libre entregada a penosas ocupaciones r sticas. No había triunfado en Londres y nadie se queda en esa ciudad por motivos de salud. Me planteaba marcharme cuando empecé *Fruta prohibida*. No fue una casualidad, un experimento ni un capricho; fue una fuerza torrencial impulsada por un ventarrón. Fue como si el libro ya estuviera escrito, dada la velocidad y la seguridad a la hora de escribir.  Qu  me había ocurrido? Comprendí que no montaría una granja.

Fruta prohibida no se parecía a ninguna otra novela ni en la estructura, ni en el estilo ni en el contenido, lo cual no me preocupaba, y tampoco preocupó a Philippa Brewster, mi editora de Pandora Press, creada hacía poco. En cambio, sí inquietó a sus jefes, quienes no le veían un público ni mérito

alguno, y que eran contrarios al despilfarro de publicarla en tapa dura. En consecuencia, salió en rústica, pasó inadvertida entre la mayoría de los críticos, con excepción de algunos comentarios triviales, pero empezó a venderse a un ritmo alarmante. Las librerías pequeñas y el boca oreja fueron los cimientos de mi carrera literaria. Eso es tanto como decir que, si bien el gran capital es incapaz de controlar las recomendaciones personales, ha logrado hundir el mercado para los pequeños libreros. En lo que se refiere a las obras nuevas, esto es desastroso. El interés de la venta de libros en supermercados es la facturación, no la cultura. Las grandes cadenas quieren beneficios sustanciosos y pasan por alto todo lo que no les suena mucho. A los editores entusiastas les resulta muy difícil lanzar a un escritor porque el apoyo de las librerías es fundamental y los libros que venden poco casi nunca obtienen dicho respaldo. La única solución es que la editorial invierta en la promoción del título. Para la literatura novedosa, en especial la novedosa de verdad, no la de siempre vestida con ropajes nuevos, este método es un suicidio económico. La editorial pierde dinero, el escritor se deprime y las librerías de las grandes cadenas se hinchan, ufanas y muy puestas, con un «ya te lo advertí». Cuando en 1985 *Fruta prohibida* ganó el premio Whitbread a la mejor primera novela, las tiendas de la cadena W. H. Smith realizaron sus pedidos.

Fruta prohibida es una novela experimental: su narrativa no sigue la norma. Ofrece una estructura compleja con el disfraz de una estructura simple, emplea un vocabulario muy amplio y una sintaxis engañosamente sencilla. Esto implica que podéis leerla en espirales. Como forma, la espiral es fluida y permite un movimiento infinito. Pero ¿se trata de un movimiento hacia atrás o hacia delante? ¿Es verticalidad o profundidad? Dibujen varias, cada una de las cuales avance hasta fundirse con las otras, y todo esto les quedará claro. La narración en espiral me viene muy bien; he seguido

usándola y la he mejorado en *La pasión y Espejismos*. No entiendo qué sentido tiene leer en líneas rectas. No pensamos ni vivimos de ese modo. Nuestros procesos mentales se asemejan más a un laberinto que a una autopista: cada recodo da paso a otro, no hay simetría y nada salta a la vista. Tampoco se trata de caos. Hablo más bien de una ecuación matemática compleja que resulta más difícil de desentrañar porque X e Y tienen valores distintos en distintos días.

Fruta prohibida es una novela amenazadora. Muestra la inviolabilidad de la vida familiar como una impostura; ilustra con el ejemplo que lo que la iglesia llama amor es en realidad psicosis; se atreve a señalar que lo que complica la vida a los homosexuales no es su perversidad, sino la de los demás. Peor aún: hace todo eso con tal sentido del humor y tal ligereza que los predispuestos a discrepar acaban estando de acuerdo. Esta ha sido siempre la experiencia de la novela, que ha funcionado también en televisión. Después de cada episodio, la BBC recibió más llamadas telefónicas que con ninguna otra serie o telenovela. Generó un gran debate y al parecer la gente encontró en ella otra manera de mirar el mundo. Aunque, por supuesto, a algunos no les gustó, no cabe duda de que en su doble encarnación, en papel y en pantalla, *Fruta prohibida* ha derribado muchas más barreras que las que ha construido.

Fruta prohibida es una novela reconfortante. Su heroína se encuentra fuera de la vida. Es pobre, de clase trabajadora, pero ha de lidiar con las grandes preguntas que trascienden la clase social, la cultura y el color. En algún momento de la vida todos debemos decidir si nos quedamos con un mundo prefabricado que tal vez sea seguro pero que también nos limita, o si avanzamos —a menudo más allá de las fronteras del sentido común— hacia un espacio personal, desconocido y nunca experimentado. En *Fruta prohibida* esta búsqueda es la de la sexualidad y la individualidad. En

aparición, se diría que es un caso particular: una familia evangélica y una muchacha cuyo mundo se trastoca porque se enamora de otra chica, pero, de hecho, *Fruta prohibida* trata de las emociones y los enfrentamientos que nadie puede eludir. El primer amor, la pérdida, el dolor, la rabia y, por encima de todo, la valentía son los motores que impulsan la narración en los peculiares límites del relato. La ficción necesita sus rasgos particulares, sus anclas. Necesita asimismo superarlos. Necesita la sujeción de personajes que podamos tocar y conocer; también necesita traspasarlos para llegar a un espacio más amplio, universal. Esta paradoja convierte la obra en algo apetecible y duradero; de su inconcebible tensión nace algo armonioso.

Fruta prohibida reconforta, no porque ofrezca respuestas sencillas, sino porque aborda preguntas difíciles. Una vez que eres capaz de hablar de lo que te perturba, vas camino de controlarlo. Por mi buzón de correo sé que *Fruta prohibida* ha dado voz a muchas personas que antes no se atrevían a soltar su carga. Y, cuando encuentras tu voz, es posible que se te oiga.

¿Es *Fruta prohibida* una novela autobiográfica? No, en absoluto, y, sí, por supuesto.

Me quedan dos cosas por decir:

Si *Fruta prohibida* se publicó en 1985 fue gracias a la iniciativa de Philippa Brewster y de Pandora Press, la editorial que acababa de fundar. Por desgracia, Pandora careció en todo momento de una financiación independiente, por lo que fue comprada, vendida y comprada al antojo de quienes le prestaban apoyo económico. En 1990 pasó a ser propiedad de Rupert Murdoch. Qué ironía que, por una sucesión de chapuzas del gran capital, *Fruta prohibida* cayera en manos de un multimillonario que ha confesado ser un cristiano renacido. Sé que, en un mundo cada vez más dominado por las grandes empresas, cada vez cuesta más tomar decisiones éticas tanto sobre la marca de los botes de judías con tomate que compras

como sobre la editorial con la que publicas. Los límites de la capacidad de decisión no son claros y por lo general no queda más remedio que hacer concesiones. Personalmente tengo un código profesional al que me ciño todo lo posible. Decidí que no podía dejar *Fruta prohibida* en Pandora. «Apreciado señor Murdoch: no compre Vintage, por favor.»

Por último, esta nueva edición llega a sus manos con una garantía. *Fruta prohibida* representó el principio de mi experimentación con el estilo, la estructura y el lenguaje, y me prometí a mí misma que, si me resultaba imposible pasar a hacer algo distinto, entonces pararía. Cada generación de escritores y artistas tiene el deber de encontrar maneras originales de expresar las circunstancias habituales de la condición humana. Servir las sobras tibias de la cena del día anterior es fácil y provechoso y tiene éxito (durante un tiempo). También es un error.

En aquellos lejanos tiempos en que mis alegres braguitas tendidas parecían loros posados en la cuerda, pedí un deseo. La tradición manda que sean tres, pero yo no había salvado a nadie salvo a mí misma. «Concédeme...», ¿fama?, ¿dinero?, ¿éxito? No. Tan solo el don de saber cuándo parar.

JEANETTE WINTERSON

Londres, 1991

Génesis

Como la mayoría de las personas, viví mucho tiempo con mi madre y con mi padre. A él le gustaba ver los combates de lucha libre; a ella, pelearse, por lo que fuera. Mi madre siempre estaba preparada para saltar al ring, y eso era todo.

Tendía las sábanas más grandes en los días de más viento. Quería que los mormones llamaran a la puerta. En una ciudad proletaria y laborista, en plena campaña electoral colgó de la ventana una foto del candidato conservador.

Jamás supo qué eran los sentimientos encontrados. Había amigos y había enemigos.

Los enemigos eran: el demonio (en todas sus formas),
los vecinos de al lado,
el sexo (en todas sus formas),
las babosas.

Los amigos eran: Dios,
nuestra perra,
la tía Madge,
las novelas de Charlotte Brontë,
los gránulos contra las babosas.

y yo, al principio. Me había llevado a casa para que la secundara en la lucha contra el Resto del Mundo. Tenía una actitud misteriosa con respecto a la procreación; no se trataba de que no pudiera concebir, sino, más bien, de que no quería. La amargaba mucho que la Virgen María se le hubiera anticipado.

Por eso decidió que la mejor opción que le quedaba era adoptar una expósita: yo.

No recuerdo ningún momento en que no me diera cuenta de que yo era especial. No teníamos Reyes Magos porque mi madre creía que no había hombres sabios, pero teníamos ovejas. En uno de mis primeros recuerdos es Pascua y estoy sentada sobre una oveja mientras mi madre me habla del sacrificio del cordero pascual. Lo comíamos con patatas los domingos.

El domingo era el día del Señor, el más activo de la semana. Teníamos una radiogramola con una impresionante armazón de caoba y un grueso botón de baquelita para sintonizar las emisoras. Por lo general oíamos el Light Programme, el canal de música y entretenimiento de la BBC, pero los domingos siempre poníamos el World Service para que mi madre siguiera los progresos de nuestros misioneros. Nuestro Mapa de las Misiones era excelente. En una cara estaban todos los países y en el reverso había una tabla de números con información sobre las tribus y sus peculiaridades. Mi preferido era el número 16: «Los buzules de los Cárpatos». Creían que si un ratón encontraba mechones de pelo que te habías cortado y los utilizaba para construir su madriguera, te daba dolor de cabeza. Si la madriguera era muy grande, podías enloquecer. Por lo que yo sabía, ningún misionero los había visitado aún.

Los domingos mi madre madrugaba y hasta las diez no dejaba entrar a nadie en el salón. Era su lugar de plegaria y meditación. Siempre rezaba de pie, debido a las rodillas, del mismo modo que Bonaparte daba órdenes a lomos del caballo debido a su estatura. Creo que la relación de la que mi madre disfrutaba con Dios tenía mucho que ver con la posición. Ella era del Antiguo Testamento hasta la médula. No le iban los mansos ni el cordero pascual, estaba en primera fila, con los profetas, y era muy dada a enfurrñarse bajo los árboles cuando no se materializaba la debida

destrucción. Con frecuencia esta llegaba, no sé si por su voluntad o por la del Señor.

Siempre rezaba de la misma manera. En primer lugar, agradecía a Dios que le hubiera permitido vivir un día más y a continuación le daba las gracias por conceder un día más al mundo. Por último hablaba de sus enemigos, que era para ella lo más parecido a un catecismo.

En cuanto las palabras «Mía es la venganza, dijo el Señor» resonaban a través de la pared de la cocina, yo ponía agua a calentar. Lo que el agua tardaba en hervir y yo en preparar el té era más o menos lo que duraba el último punto de mi madre: la lista de enfermos. Era muy metódica. Yo echaba la leche, ella entraba en la cocina y, tras tomar un gran sorbo de té, pronunciaba una de estas tres frases:

«El Señor es bondadoso» (con una mirada acerada fija en el patio trasero).

«¿Qué clase de té es este?» (con una mirada acerada fija en mí).

«¿Quién era el hombre más anciano de la Biblia?»

La frase n.º 3 podía variar, pero siempre era una pregunta de los concursos sobre la Biblia. En la iglesia se organizaban muchos concursos de preguntas sobre la Biblia y a mi madre le gustaba que ganara. Si yo conocía la respuesta, me hacía otra pregunta; si no me la sabía, se enfadaba, aunque por suerte el enfado no le duraba mucho, pues teníamos que escuchar el World Service. Era siempre lo mismo: cada una se sentaba a un lado de la radiogramola, ella con la taza de té y yo con un lápiz y una libreta. Delante teníamos el Mapa de las Misiones. La voz lejana que salía del centro del aparato daba noticias de actividades, conversos y problemas. Al final se solicitaban TUS PLEGARIAS. Yo tenía que apuntarlo todo para que por la noche mi madre enviara su informe eclesiástico. Era secretaria de los misioneros. Para mí el Informe Misionero era un suplicio porque de él dependía el almuerzo. Si todo iba bien, sin ninguna muerte y con muchas

conversiones, mi madre preparaba asado. Si los Ateos se habían mostrado no solo testarudos, sino también sanguinarios, pasaba el resto de la mañana escuchando la Selección Piadosa de Jim Reeves y tomábamos huevos pasados por agua y tiras de pan tostado. Su marido era un hombre apacible, pero yo sabía que esa comida lo deprimía. Habría cocinado él mismo de no ser porque mi madre estaba convencida de ser la única persona de la casa capaz de distinguir una cacerola de un piano. A nuestro parecer, se equivocaba, pero según el suyo estaba en lo cierto, y en realidad eso era lo que importaba.

Lográbamos sobrevivir a aquellas mañanas y por la tarde las dos sacábamos a pasear a la perra mientras mi padre limpiaba los zapatos de todos. «Por los zapatos se conoce a las personas —decía mi madre—. Fíjate en los vecinos de al lado.»

«La bebida —comentaba con severidad cuando pasábamos por delante de la casa de los vecinos—. Por eso lo compran todo en Restos de Serie Maxi Ball. El demonio mismo es alcohólico.» (A veces mi madre se inventaba la teología.)

Maxi Ball tenía un almacén donde vendía prendas baratas que no duraban nada y que olían a pegamento industrial. Los sábados por la mañana, los desesperados, los desaliñados y los más pobres se peleaban por agarrar lo que podían y regatear. Mi madre prefería ayunar a que la vieran en la tienda de Maxi Ball. Me había inculcado su aversión hacia ese lugar. Era injusto por su parte, ya que muchos de nuestros conocidos iban al almacén, pero nunca fue muy justa que digamos. Amaba u odiaba, y a Maxi Ball lo odiaba. Un invierno no tuvo más remedio que ir a comprarse un corsé al almacén y al domingo siguiente, en plena comunión, una ballena se soltó y se le clavó en el vientre. Durante una hora no pudo hacer nada. Cuando llegamos a casa rompió el corsé y utilizó las ballenas como soporte para los geranios, salvo

una, que me regaló. Aún la conservo y, cada vez que siento la tentación de economizar, me acuerdo de aquella ballena y cambio de idea.

Mi madre y yo caminábamos hacia la colina que se alzaba al final de nuestra calle. Vivíamos en una ciudad robada a los valles, un apiñamiento de viviendas con muchas chimeneas, tiendas pequeñas y casas adosadas sin jardín. Estábamos rodeados de colinas y la nuestra se extendía hacia los Peninos, salpicada aquí y allá por alguna granja o un vestigio de la guerra. Antes había muchos tanques antiguos, pero el ayuntamiento los retiró. La ciudad era un gran manchón y las calles salían hacia los prados, cuesta arriba. Nuestra casa se encontraba casi en lo alto de una calle larga y estrecha. Una calle con acera de losas y calzada adoquinada. Cuando asciendes a lo alto de la colina y miras hacia abajo lo ves todo, igual que Jesús sobre el pináculo del templo, con la diferencia de que aquí la panorámica no es muy tentadora. A la derecha se encontraba el viaducto y, detrás de este, el terreno de Ellison, donde una vez al año celebrábamos la feria. Me dejaban ir con la condición de que volviera con una cacerola de judías de careta para mi madre. Las judías de careta parecen excrementos de conejo y se sirven en una salsa clara elaborada con caldo y gachas de gitano. Saben a gloria. Los gitanos armaban alboroto, pasaban la noche en vela y mi madre los llamaba fornicadores, pero en general nos llevábamos muy bien. Hacían la vista gorda cuando desaparecían manzanas de caramelo y a veces, si no había mucho jaleo y el dinero no nos alcanzaba, nos dejaban subir a los autos de choque. Las niñas como yo, de la calle, nos peleábamos alrededor de los carromatos con las pijas de la avenida. Las pijas eran escultistas y no se quedaban a comer en la escuela.

Un día, cuando me disponía a recoger las judías de careta para regresar a casa, la vieja me agarró la mano. Creí que iba a morderme. Me la miró y se rió. «No te casarás —declaró—. Tú no. Ni pararás nunca quieta.» No aceptó

dinero por las judías y me aconsejó que volviera a casa volando. Corrí y corrí, intentando entender qué había querido decirme. De todas formas, nunca había pensado en casarme. Conocía a dos mujeres que no tenían marido; pero eran mayores, tan mayores como mi madre. Atendían la papelería y algunos miércoles, cuando iba a buscar el tebeo, me regalaban una golosina de plátano. Me caían muy bien y le hablaba mucho de ellas a mi madre. Un día me preguntaron si quería acompañarlas a la playa. Fui corriendo a casa, se lo conté atropelladamente a mi madre y, cuando estaba vaciando la hucha para comprarme una pala, me dijo que no con firmeza y rotundidad. No entendí por qué no y se negó a darme una explicación. Ni siquiera me dejó volver a la papelería para decir que no podía acompañarlas. Anuló la suscripción del tebeo y me ordenó que fuera a comprarlo a otra tienda que quedaba más lejos. Lo lamenté. En Grimsby nunca me regalaron ninguna golosina de plátano. Dos semanas después oí a mi madre contarle lo ocurrido a la señora White. Dijo que aquellas dos se ocupaban de pasiones contra natura. Creí que se refería a que echaban sustancias químicas en las golosinas.

Mi madre y yo ascendíamos hasta que la ciudad quedaba lejos y llegábamos a la lápida conmemorativa de la cumbre. Como el viento soplaba con fuerza, ella tenía que sujetarse el sombrero con más alfileres. Por lo general se cubría la cabeza con un pañuelo, pero nunca en domingo. Nos sentábamos en la base de la lápida y mi madre agradecía al Señor que hubiéramos culminado la ascensión. Acto seguido improvisaba un discurso sobre la naturaleza del mundo, la locura de los pueblos y la inevitable cólera de Dios. Luego me contaba alguna historia sobre una persona valiente que había desdeñado los frutos de la carne y se había dedicado a trabajar para el Señor...

Por ejemplo, el cuento del «deshollinador converso», un degenerado repugnante, dado a la bebida y al vicio, que rascando el cañón de una

chimenea encontró de repente al Señor. Permaneció tanto rato extasiado dentro del cañón que sus amigos creyeron que había perdido el conocimiento. Con gran dificultad lograron convencerlo de que saliera; según declararon, la cara del deshollinador, apenas visible a causa del hollín, resplandecía como la de un ángel. Empezó a dirigir la catequesis y murió poco después, camino de la gloria. Había muchas más historias; me gusta en especial «El gigante Aleluya», un monstruo de ocho pies de altura, que menguó hasta los seis gracias a las oraciones de los fieles.

De vez en cuando a mi madre le gustaba contarme la historia de su conversión, que era muy romántica. En ocasiones pienso que si la editorial de novela rosa Mills & Boon tuviera una orientación evangelista, mi madre sería una estrella.

Una noche, por error, se tropezó con la Cruzada de la Gloria del pastor Spratt, que se encontraba en una carpa montada en un solar. Todas las noches el pastor Spratt hablaba sobre el destino de los condenados y realizaba curaciones milagrosas. Era un hombre impresionante. Según mi madre, se parecía a Errol Flynn, pero en santo. Esa semana muchísimas mujeres encontraron al Señor. Parte del carisma del pastor Spratt procedía de la época en que había trabajado como jefe de publicidad de Hierros Forjados Rathbone. Entendía de reclamos. «Los reclamos no tienen nada de malo — declaró cuando los del *Chronicle* le preguntaron, con cierto cinismo, por qué regalaba macetas a los recién convertidos—. Tenemos órdenes de ser pescadores de hombres.» Cuando mi madre sintió la llamada, le regalaron un libro de salmos y le dieron a elegir entre un cactus de Navidad (sin flor) y un lirio del valle. Escogió este último. Mi padre acudió la noche siguiente y mi madre le indicó que se asegurara de conseguir el cactus, pero cuando le llegó el turno ya no quedaba ninguno. «No se esfuerza —solía decir mi madre, y tras una breve pausa añadía—: Que Dios lo bendiga.»

El pastor Spratt se alojó en casa de mis padres el resto del tiempo que estuvo con la Cruzada de la Gloria y entonces mi madre descubrió su permanente interés por el trabajo misionero. El pastor pasaba la mayor parte del tiempo en la selva y otros lugares calientes convirtiendo Infieles. Tenemos una foto del pastor rodeado de negros con lanzas. Mi madre la tiene en la mesilla. Mi madre se parece mucho a William Blake; tiene visiones y sueños y a veces confunde la cabeza de una pulga con un rey. Por suerte no sabe pintar.

Una noche salió a pasear y reflexionó sobre su vida y sobre lo que era posible. Pensó en todo lo que nunca sería. Su tío había sido actor. «Un Hamlet excepcional», según el *Chronicle*.

Pero los trapos y las cintas se gastan con los años y los años no vuelven. El tío Will murió en la indigencia, mi madre ya no era joven en aquella época y la gente tampoco era amable. Le gustaba hablar francés y tocar el piano, pero ¿qué importan esas cosas?

Érase una vez una princesa espabilada y hermosa, y tan sensible que la muerte de una polilla la afligía durante semanas. Su familia no daba con la solución. Los consejeros se retorcían las manos, los sabios meneaban la cabeza, los reyes valientes se marchaban decepcionados. Así ocurrió durante muchos años, hasta que un día, dando un paseo por el bosque, la princesa llegó a la choza de una anciana jorobada que conocía los secretos de la magia. La vetusta criatura percibió que la princesa era una mujer de gran energía e ingenio.

—Querida mía —le dijo—, corres el peligro de arder en tu propia llama.

La jorobada le confesó que era vieja y que deseaba morir, pero que no podía debido a sus múltiples responsabilidades. Tenía a su cargo una aldea de

gente sencilla, de la que era consejera y amiga. ¿No le gustaría a la princesa relevarla? Sus deberes consistirían en:

1. Ordeñar las cabras
2. Educar a la gente
3. Componer canciones para las fiestas

Contaría con la ayuda de un taburete de tres patas y de todos los libros de la jorobada. Mejor aún: heredaría el armonio de la anciana, un instrumento muy antiguo de cuatro octavas. La princesa aceptó quedarse y se olvidó del palacio y de las polillas. La anciana le dio las gracias y murió en el acto.

Aquella noche, mientras caminaba, mi madre tuvo un sueño que continuó durante el día. Conseguiría un niño y lo formaría, lo moldearía, lo consagraría al Señor:

un niño misionero,
un siervo de Dios,
una bendición.

Un día, al cabo de un tiempo, siguió una estrella hasta que se posó encima de un orfanato, y en el edificio había una cuna, y en la cuna, una niña. Una niña con demasiado pelo.

Dijo: «Es mía, me la envía el Señor».

Se llevó a la criatura, que durante siete días y siete noches lloró de miedo y extrañeza. La madre le cantó y apuñaló a los demonios. Comprendió hasta qué punto el Espíritu envidia a la carne.

Carne tibia y tierna.

Su carne, surgida de su cabeza.

Su visión.

No hubo ninguna sacudida bajo el hueso ilíaco, sino agua y la palabra.

En adelante, durante años y años, tendría una salida.

Estábamos en la colina y mi madre dijo: «Este mundo está lleno de pecado».

Estábamos en la colina y mi madre dijo: «Tú puedes cambiar el mundo».

Cuando llegamos a casa mi padre veía la televisión. Echaban el combate entre Williams la Trituradora y el tuerto Jonney Stott. Mi madre se enfadó, porque los domingos cubríamos el televisor. Teníamos un tapete con HECHOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO, regalo de un hombre que se dedicaba a retirar muebles y trastos de las casas. Era un tapete espléndido y lo guardábamos en un cajón especial, que solo contenía un pedazo de cristal de Tiffany y un pergamino del Líbano. Ignoro por qué conservábamos aquel pergamino. Creíamos que era un fragmento del Antiguo Testamento, pero era el contrato de arrendamiento de una granja ovina. Mi padre ni se había molestado en doblar el tapete y vi a «Moisés recibiendo los Diez Mandamientos» arrugado debajo del botón del control vertical del televisor. «Habrá problemas», pensé, y expresé mi intención de ir al local del Ejército de Salvación a que me dieran una clase de pandereta.

Pobre papá, nunca estuvo a la altura.

Esa noche tuvimos en el templo a un orador invitado: el pastor Finch, de Stockport. Era experto en demonología y pronunció un sermón aterrador sobre lo fácil que es ser poseído por el diablo. Nos quedamos todos muy desazonados. La señora White comentó que seguramente sus vecinos de al lado estaban poseídos, pues presentaban todas las marcas. El pastor Finch afirmó que los posesos son propensos a accesos de ira incontrolable y a

súbitos ataques de risa desaforada, además de ser muy pero que muy taimados. Nos recordó que el mismo Satanás puede aparecer como ángel de la luz.

Después del oficio celebramos un banquete. Mi madre había preparado veinte bizcochos borrachos con frutas y natillas y el habitual montón de bocadillos de queso y cebolla.

—A la buena mujer se la conoce por sus bocadillos —declaró el pastor Finch.

Mi madre se puso de todos los colores.

El pastor se dirigió a mí.

—Pequeña, ¿qué edad tienes? —me preguntó.

—Siete años —respondí.

—Ah, siete —murmuró—. Bendita eres. Como los siete días de la creación, el candelabro de siete brazos y los siete sellos.

(¿Los siete sellos? En mis lecturas orientadas aún no había llegado al Apocalipsis y supuse que se refería a unos anfibios del Antiguo Testamento que había pasado por alto. Los busqué durante varias semanas, por si surgían como pregunta en el concurso sobre la Biblia.)

—Sí, bendita eres —repitió, y frunció el ceño—. ¡Y qué maldición!

Al pronunciar esta palabra dio un puñetazo en la mesa y mandó un bocadillo de queso al cesto de las limosnas. Aunque vi cómo ocurría, estaba tan abstraída que no avisé a nadie. Lo encontraron una semana después, durante la reunión de la Hermandad femenina. Todos los comensales guardaban silencio, con excepción de la señora Rothwell, que era sorda como una tapia y tenía mucha hambre.

—El demonio puede regresar SIETE VECES. —Recorrió la mesa con la mirada. (Chirrido de la cuchara de la señora Rothwell.)

—SIETE VECES.

(—¿Nadie quiere este pedazo de pastel? —preguntó la señora Rothwell.)

—Lo mejor puede convertirse en lo peor... —El pastor Finch me tomó la mano—. Esta criatura inocente, esta flor de la Alianza de Dios.

—En ese caso me lo comeré yo —anunció la señora Rothwell.

El pastor Finch la fulminó con la mirada. No era un hombre que desistiera de su propósito.

—Esta pequeña azucena podría albergar a los demonios.

—Calma, Roy —intervino preocupada la señora Finch.

—No me interrumpas, Grace —exclamó él con firmeza—. Lo digo a modo de ejemplo. Dios me ha concedido una oportunidad y no debemos atrevernos a desechar lo que el Señor nos brinda. Se sabe de hombres muy santos a los que de repente domina el mal. Qué no les ocurrirá a las mujeres, y más aún a los niños. Padres, vigilad a los hijos por si aparecieran las señales. Maridos, vigilad a la esposa. Bendito sea el nombre del Señor.

Me soltó la mano, que me había quedado arrugada y mojada.

Se secó la suya en la pernera.

—Roy, no deberías exigirte tanto —le aconsejó la señora Finch—. Toma un pedazo de pastel; lleva jerez.

Como me sentía un poco incómoda, fui a la sala de catequesis. Había figuras de fieltro sobre un tablero para representar escenas de la Biblia, y empezaba a pasármelo bien creando una nueva versión de Daniel en el foso de los leones cuando apareció el pastor Finch. Me metí las manos en los bolsillos y clavé la vista en el suelo de linóleo.

—Pequeña... —empezó a decir. Entonces vio las figuras de fieltro—. ¿Qué es eso?

—Daniel —respondí.

—Pues no está bien —dijo estupefacto—. ¿No sabes que Daniel escapó? En tu cuadro los leones lo devoran.

—Lo siento —respondí con mi mejor cara de niña bendita—. Quería representar a Jonás y la ballena, pero no fabrican ballenas de fieltro. Conque me imagino que los leones son ballenas.

—Has dicho que era Daniel. —El pastor recelaba.

—Me he hecho un lío.

Sonrió.

—Vamos a ponerlo bien, ¿de acuerdo? —Con sumo cuidado colocó a los leones en un rincón y a Daniel en otro—. ¿Y qué hacemos con Nabucodonosor? Propongo que representemos la escena del asombro al alba.

Revolvió las figuras de fieltro en busca de un rey.

«Imposible», pensé. Susan Green había vomitado sobre el cuadro de los Reyes Magos que creamos en Navidad y cada caja de figuritas solo trae tres reyes.

Lo dejé hacer. Cuando salí al pasillo alguien me preguntó si sabía dónde estaba el pastor Finch.

—En la sala de catequesis jugando con las figuras de fieltro —respondí.

—Jeanette, no seas fantasiosa —dijo la voz

Alcé la vista. Era la señorita Jewsbury. Siempre hablaba así; creo que se debía a que daba clases de oboe. Ese instrumento afecta a la boca.

—Es hora de volver a casa —dijo mi madre—. Creo que por hoy has tenido bastantes emociones.

Son extrañas las cosas que los demás consideran emocionantes.

Nos fuimos: mi madre, Alice y May («Para ti, tía Alice y tía May»), y yo. Me rezagué pensando en el pastor Finch y en lo horrible que era. Tenía los dientes salidos y la voz chillona, por mucho que intentara que sonase grave y severa. Pobre señora Finch. ¿Cómo podía vivir con él? Entonces me acordé de la gitana: «No te casarás». A fin de cuentas, quizá no fuera tan malo. Camino de casa atravesamos Factory Bottoms, donde vivían los más pobres,

atados a las fábricas. Había cientos de niños y de perros flacos. Nuestros vecinos de al lado habían vivido en ese barrio, junto a la fábrica de pegamento, pero un primo u otro pariente les dejó la casa contigua a la nuestra. «Es obra del diablo, no cabe duda», afirmó mi madre, convencida siempre de que el Señor nos envía esas cosas para ponernos a prueba.

Tenía prohibido cruzar sola Factory Bottoms y esa noche, cuando empezó a llover, comprendí la razón. Si los demonios vivían en alguna parte, era allí. Pasamos por delante de la tienda que vendía collares antipulgas y venenos. Se llamaba Tienda AntiBichos Arkwright; yo había estado en ella una vez, cuando sufrimos una invasión de cucarachas. La señora Arkwright hacía caja. Al pasar vio a May y le gritó que entrara. A mi madre no le hizo ninguna gracia pero, mascullando algo sobre el encuentro de Jesús con los recaudadores y los pecadores, me empujó hacia el interior, por delante de ellas tres.

—May, ¿dónde te habías metido? —preguntó la señora Arkwright al tiempo que se secaba las manos en un paño de cocina—. Hace un mes que no te veo el pelo.

—He estado en Blackpool.

—Vaya, ¿ganaste algo?

—Canté tres veces bingo.

—No.

La señora Arkwright estaba asombrada y de mal humor.

La conversación continuó un rato y la señora Arkwright se quejó de que el negocio iba mal, de que tendría que cerrar, de que los bichos ya no daban dinero.

—Espero que el verano sea cálido, así saldrán...

Mi madre se mostró visiblemente angustiada.

—¿Recordáis la ola de calor de hace dos años? Ah, entonces sí que hice negocio. Cucarachas, arañas, ratas, lo que se os ocurra. Envenené todo tipo de bichos. Ya nada es como antes.

Guardamos un silencio respetuoso durante un par de minutos, hasta que mi madre tosió y dijo que debíamos continuar nuestro camino.

—Tomad, lleváoslas para la chiquitina —dijo la señora Arkwright. Se refería a mí. Después de revolver detrás del mostrador, sacó varias latas de formas distintas—. Para guardar canicas y llenarlas de lo que sea —comentó.

—Gracias —dije, y sonreí.

—Vaya, eso está muy bien. —Me sonrió y, limpiándose con firmeza la mano en la mía, nos acompañó hasta la puerta.

—Mira, May. —Le mostré las latas.

—Tía May —me espetó mi madre.

May las observó.

—«Lepismas» —leyó—. «Espolvoree generosamente detrás de fregaderos, inodoros y otros sitios húmedos.» ¡Oh, qué bonito! ¿Y esta de qué es? «Piojos, chinches, etcétera. Eficacia garantizada o le devolvemos el dinero.»

Llegamos a casa: Buenas noches, May; buenas noches, Alice, que Dios os bendiga. Mi padre ya se había acostado porque trabajaba en el primer turno. Mi madre tardaría varias en irse a la cama.

Desde que los conozco, mi madre se acuesta a las cuatro y mi padre se levanta a las cinco. Hasta cierto punto eso estaba bien porque si me levantaba en plena noche no me quedaba sola. Casi siempre comíamos huevos fritos con beicon y mi madre me leía un fragmento de la Biblia.

Así comenzó mi educación: me enseñó a leer con el Deuteronomio y me contó la vida de los santos, que eran muy malos y se entregaban a deseos

indecibles. No eran dignos de adoración; esa era una herejía más de la Iglesia católica y yo no debía dejarme engañar por la labia de los curas.

—Pero si nunca he visto un cura.

—El lema de las niñas es DEBES ESTAR PREPARADA.

Aprendí que llueve cuando las nubes chocan con un edificio alto, por ejemplo un campanario o una catedral; el impacto las perfora y todos los que están debajo se mojan. Por eso en los viejos tiempos, cuando los únicos edificios altos eran los sagrados, se decía que la limpieza va unida a la devoción. Cuanto más piadosa es una ciudad, más edificios altos tiene y más llueve.

—Por eso son tan áridos los sitios donde viven los Infieles —me dijo mi madre. Miró al vacío y le tembló el bolígrafo—. Pobre pastor Spratt.

Descubrí que en el mundo natural todo es un símbolo de la Gran Lucha entre el bien y el mal.

—Piensa en las mambas —me dijo mi madre—. En las distancias cortas corren más que los caballos.

Dibujó la carrera en un papel. Quería decir que el mal puede triunfar a corto plazo, pero no durante mucho tiempo. Estábamos muy contentas y entonamos nuestro himno favorito: «No cedáis a la tentación».

Cuando pedía a mi madre que me enseñara francés, se le nublaba el rostro y decía que no era posible.

—¿Por qué?

—Estuvo a punto de ser mi perdición.

—¿Qué quieres decir? —repetía yo siempre que tenía ocasión.

Mi madre se limitaba a menear la cabeza y mascullaba que yo era muy pequeña, que lo averiguaría demasiado pronto, que era un mal asunto.

—Algún día —dijo por fin—, te hablaré de Pierre. —Acto seguido encendió la radio y pasó de mí durante tanto rato que volví a la cama.

Muchas veces empezaba a contarme una historia y en mitad del relato saltaba a otro tema; por eso nunca supe qué fue del Paraíso Terrenal cuando dejó de estar junto a la costa de la India y durante casi una semana me quedé en «seis por siete cuarenta y dos».

—¿Por qué no voy a la escuela? —le pregunté.

La escuela me inspiraba curiosidad porque mi madre afirmaba que era un Caldo de Cultivo. Yo ignoraba qué quería decir, pero suponía que era algo malo, como las Pasiones Contra Natura. «Te llevarán por mal camino», era la única respuesta que me daba.

Yo reflexionaba sobre todo esto en el retrete, que estaba fuera de la casa. Detestaba tener que ir por la noche a causa de las arañas que salían de la carbonera. Daba la impresión de que papá y yo siempre estábamos en el retrete, yo tarareando sentada sobre las manos y él de pie, supongo. Mi madre se enfadaba mucho.

—Vamos, date prisa, no se tarda tanto.

Era el único sitio donde se estaba en paz. Compartíamos el dormitorio porque mi madre estaba construyendo un cuarto de baño en el fondo de la casa y, si lograba encajar el tabique, haría un cuartito para mí. Iba muy despacio porque, según decía, tenía muchas preocupaciones. A veces la señora White iba a ayudarla con la lechada, pero acababan oyendo a Johnny Cash o escribiendo un folleto sobre el Bautismo por Inmersión Total. Al final terminó la obra, pero tardó tres años.

Entretanto seguían mis lecciones. Estudié horticultura y plagas de jardín a través de las babosas y los catálogos de semillas de mi madre. Comprendí los Procesos Históricos gracias a las profecías del Apocalipsis y a *The Plain Truth*, una revista que mi madre recibía todas las semanas.

—Elías vuelve a estar entre nosotros —afirmaba.

Así aprendí a interpretar las señales y los prodigios que el descreído jamás

llegaría a entender.

—Te hará falta cuando vayas de misiones —me recordaba mi madre.

Una mañana que madrugamos para escuchar a Iván Popov, que hablaba desde el otro lado del Telón de Acero, por el buzón cayó un grueso sobre de color castaño. Mi madre pensó que eran cartas de agradecimiento de quienes habían asistido a nuestra cruzada por la Curación de los Enfermos en el ayuntamiento. Rasgó el sobre y torció el gesto.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

—Trata de ti.

—¿Qué pasa conmigo?

—Tengo que llevarte a la escuela.

Salí zumbando al retrete y me senté sobre las manos. Por fin el Caldo de Cultivo.

Éxodo

—¿Por qué quieres que vaya? —le pregunté la noche anterior.

—Porque si no vas me meterán en la cárcel. —Cogió el cuchillo—.
¿Cuántas rebanadas quieres?

—Dos. ¿Qué les pondrás?

—Paté de carne, y no te quejes.

—Si te meten en la cárcel luego saldrás. A san Pablo lo llevaron a la cárcel una y otra vez.

—Ya lo sé. —Cortó el pan con tal firmeza que por los lados solo salió un hilillo de paté de carne—. Pero los vecinos no lo saben. Come y calla.

Me puso el plato delante. Tenía un aspecto horrible.

—¿Por qué no comemos patatas fritas?

—Porque no tengo tiempo de hacerlas. Debo remojar me los pies, plancharte el chaleco y aún no he tocado las peticiones de plegarias. Además, no hay patatas.

Fui a la sala en busca de algo que hacer. Oí que mi madre encendía la radio de la cocina.

«Y a continuación un programa sobre la vida familiar de los caracoles», dijo una voz.

Mi madre soltó un chillido.

—¿Lo has oído? —me preguntó, y asomó la cabeza por la puerta de la cocina—. La vida familiar de los caracoles, qué abominable, es como decir que descendemos del mono.

Reflexioné. El señor y la señora Caracol en casa un miércoles lluvioso por la noche; él dormitaba tranquilamente mientras ella leía un libro sobre niños

problemáticos. «Doctor, estoy muy preocupada. Es tan apocado que no sale de su concha.»

—No, mamá, no es lo mismo —respondí.

No me oyó. Se había metido en la cocina y despotricaba contra las interferencias mientras intentaba sintonizar el World Service. Fui a su lado.

—El demonio está en el mundo, pero no en esta casa —aseguró, y clavó la mirada en el cuadro del Señor que colgaba encima del horno. Era una acuarela de nueve pulgadas de lado, que el pastor Spratt había pintado para mi madre antes de partir con la Cruzada de la Gloria rumbo a Wigan y a África.

Se titulaba *El Señor dando de comer a los pájaros* y mi madre la había colgado sobre el horno porque pasaba la mayor parte del tiempo en la cocina, haciendo cosas para los fieles. El cuadro ya estaba un poco baqueteado y el Señor tenía una mancha de huevo en un pie, pero no la tocábamos por temor a que se desprendiera la pintura.

—Ya está bien —dijo mi madre—. Vete.

Cerró la puerta de la cocina y apagó la radio. La oí tararear «Se dicen cosas gloriosas de Ti».

«Eso es todo», pensé.

Y lo era.

La mañana siguiente fue un frenesí de actividad. Mi madre me sacó de la cama gritando que eran las siete y media, que no había pegado ojo en toda la noche y que papá se había ido a trabajar sin la fiambarrera. Vertió en el fregadero una cacerola de agua hirviendo.

—¿Por qué no te acostaste? —le pregunté.

—No valía la pena si tres horas después tenía que levantarme contigo.

Echó un chorro de agua fría en la caliente.

—Pues podrías haberte acostado temprano —señalé mientras intentaba con gran esfuerzo quitarme la camiseta del pijama. Lo había confeccionado una anciana que hizo el cuello del mismo tamaño que las mangas. Por eso siempre me dolían los oídos. Una vez me quedé sorda tres meses a causa de las vegetaciones: nadie se enteró.

Estaba en la cama una noche, reflexionando sobre la gloria del Señor, cuando de pronto me di cuenta de que la vida había enmudecido. Había ido a la iglesia, como de costumbre, y había cantado con el mismo ímpetu de siempre, pero durante un rato me pareció que yo era la única que emitía sonidos.

Supuse que me encontraba en un estado de éxtasis, algo bastante común en nuestra iglesia, y más tarde descubrí que mi madre había supuesto lo mismo. Cuando May le preguntó por qué yo no respondía a nadie, mi madre contestó:

—Es el Señor.

—¿Y qué tiene que ver el Señor? —May estaba desconcertada.

—Sus caminos son inescrutables —declaró mi madre, y siguió andando.

Sin que yo me enterara, en nuestra iglesia corrió la voz de que me encontraba en estado de éxtasis y nadie debía dirigirme la palabra.

—¿Por qué creéis que le ha ocurrido? —preguntó la señora White.

—No es tan raro. Tiene siete años. Ya sabes... —May hizo una pausa efectista—. Es un número sagrado, en el que ocurren cosas raras; fíjate en Elsie Norris.

Elsie Norris, o Elsie la Atestiguadora, como la llamaban, era un gran estímulo para nuestra congregación. Cada vez que el pastor pedía un testimonio de la bondad del Señor, Elsie se incorporaba de un salto y gritaba: «Oíd lo que el Señor ha hecho por mí esta semana».

Necesitaba huevos y el Señor se los había enviado.

Había sufrido un cólico y el Señor se lo había quitado.

Rezaba dos horas todos los días:

por la mañana, a las once,

y por la tarde, a las siete.

Aficionada a la numerología, antes de leer la Palabra de Dios tiraba los dados para que la guiaran.

«Un dado para el capítulo y el otro para el versículo», rezaba su lema.

En una ocasión le preguntaron qué hacía con los libros de la Biblia que tenían más de seis capítulos.

—Yo tengo mis caminos y el Señor los suyos —respondió secamente.

Me caía muy bien porque tenía un montón de cosas interesantes en casa. Por ejemplo, un órgano que no sonaba si no accionabas los pedales. Cada vez que la visitaba, Elsie tocaba «Guíame, luz bondadosa». Ella pulsaba las teclas y yo le daba a los pedales porque Elsie era asmática. Coleccionaba monedas extranjeras y las guardaba en una caja de cristal que olía a aceite de linaza. Según decía, el olor le recordaba a su difunto marido, que había jugado al críquet en el Lancashire y lo utilizaba para los bates.

«Lo llamaban Stan Mano Dura», comentaba cada vez que iba a verla. Nunca recordaba lo que le contaba a la gente. Nunca recordaba cuánto hacía que tenía el pastel de frutas. En una ocasión me ofreció la misma porción de pastel cinco semanas seguidas. Por suerte, jamás se acordaba tampoco de lo que le decían, de modo que cada semana ponía la misma excusa:

—He tenido un cólico.

—Rezaré por ti.

Lo mejor de todo era el collage del Arca de Noé que tenía: los dos progenitores Noé se asomaban por la borda para contemplar el diluvio, mientras los otros Noé intentaban atrapar a un conejo. Para mí lo más divertido era un chimpancé de quita y pon, hecho de estropajo de aluminio.

Al final de la visita Elsie me dejaba jugar cinco minutos con él. Yo le inventaba todo tipo de historias, pero por lo general acababa ahogándolo.

Un domingo el pastor informó a todos de que yo estaba impregnada del Espíritu. Habló unos veinte minutos acerca de mí y ni me enteré; seguí leyendo la Biblia y pensando que era un libro larguísimo. Mi aparente modestia convenció a todo el mundo.

Pensé que nadie me dirigía la palabra y los demás llegaron a la conclusión de que yo no les hablaba. La noche en que me di cuenta de que no oía nada, bajé y escribí en un papel: «Madre, el mundo es puro silencio».

Ella asintió y siguió leyendo el libro que había recibido por correo esa mañana. Se lo había enviado el pastor Spratt y describía la vida de los misioneros. Se titulaba *En otros continentes también Lo conocen*.

Como no logré llamar su atención, cogí una naranja y volví a la cama. Tenía que comprobarlo por mí misma.

Para mi cumpleaños alguien me había regalado una flauta y un cancionero. Me recosté sobre las almohadas y toqué un par de versos de «Auld Lang Syne», el poema de Robert Burns.

Me vi mover los dedos, pero no oí ningún sonido.

Probé con «Little Brown Jug».

Nada.

Desesperada, interpreté la sección rítmica de «Ol' Man River».

Nada.

Y nada podía hacer hasta el día siguiente.

Por la mañana salté de la cama decidida a contarle a mi madre qué me pasaba.

En casa no había nadie.

El desayuno me esperaba en la cocina, con una breve nota.

«Querida Jeanette:

»Hemos ido al hospital a rezar por la tía Betty. Tiene la pierna muy descoyuntada.

»Besos, mamá.»

Pasé el día lo mejor que pude y al final decidí salir a pasear. Ese paseo fue mi salvación. Me crucé con la señorita Jewsbury, que tocaba el oboe y dirigía el coro de la Hermandad femenina. Era muy lista.

«Pero no es santa», había declarado en una ocasión la señora White. La señorita Jewsbury debió de saludarme y supongo que yo no le respondí. Hacía mucho tiempo que no iba a la iglesia porque había estado de gira por las Midlands con la Orquesta Sinfónica de la Salvación. Por eso no sabía que al parecer yo estaba impregnada del Espíritu. Se detuvo delante de mí y abrió y cerró la boca —muy grande a causa del oboe—, además de juntar las cejas en el centro de la frente. La agarré de la mano y la llevé a correos. Cogí un bolígrafo y en el reverso de un formulario de solicitud de subsidio familiar escribí:

«Querida señorita Jewsbury:

»No oigo nada».

Me miró espantada, me quitó el bolígrafo y escribió:

«¿Qué piensa hacer tu madre? ¿Por qué no estás en la cama?».

Como ya no quedaba espacio en el formulario de solicitud de subsidio familiar, usé una hoja de «Con quién contactar en caso de urgencia».

«Querida señorita Jewsbury:

»Mi madre no lo sabe. Está en el hospital con la tía Betty. Anoche estuve en la cama.»

La señorita Jewsbury se me quedó mirando pasmada. Me miró tanto rato que estuve a punto de volver a casa. De pronto me cogió de la mano y me llevó corriendo al hospital. Cuando llegamos, mi madre y otras mujeres

estaban alrededor de la cama de la tía Betty entonando estribillos. Mi madre nos vio y puso cara de sorpresa, pero no se movió. La señorita Jewsbury le dio unos toquecitos en el codo y gesticuló con la boca y las cejas. Mi madre negó con la cabeza una y otra vez. Al final la señorita Jewsbury gritó tanto que hasta yo la oí.

—Esta niña no está impregnada del Espíritu —vociferó—, sino sorda.

Todos se volvieron a mirarme. Me puse como un tomate y me quedé mirando la jarra de agua de la tía Betty. Lo peor era no saber qué ocurría. Se acercó un médico, muy enfadado, y él y la señorita Jewsbury agitaron los brazos. Las Fieles habían retomado los cánticos como si tal cosa.

El doctor y la señorita Jewsbury me llevaron corriendo a una fría sala llena de aparatos y me tendieron en una camilla. El médico me dio golpecitos en diversas partes y meneó la cabeza.

Y reinaba el silencio más absoluto.

Entonces llegó mi madre, que pareció entender qué sucedía. Firmó un impreso y me escribió otra nota.

«Querida Jeanette:

»No te pasa nada. Estás un poco sorda, nada más. ¿Por qué no me lo dijiste? Voy a casa a por tu pijama.»

¿Qué se proponía? ¿Por qué me dejaba en el hospital? Me eché a llorar. Mi madre se espantó, rebuscó en el bolso y me dio una naranja. La pelé a modo de consuelo, y al verme más tranquila todos se miraron y salieron.

Desde que nací daba por supuesto que el mundo funcionaba de manera muy simple, como una versión ampliada de nuestra iglesia. De pronto descubrí que en ocasiones hasta la iglesia era confusa. Todo un problema. Sin embargo, no lo abordaría hasta muchos años después. El problema de ese momento consistía en qué sería de mí. El hospital Victoria era enorme y aterrador, y no podía consolarme cantando porque no me oía. No había nada

que leer, salvo una hoja de consejos dentales y el folleto de instrucciones del equipo de radiología. Con la cáscara de la naranja intenté construir un iglú, pero se me desmoronaba, y cuando por fin logré que se tuviera en pie me faltó el esquimal, por lo que tuve que inventarme la historia de «Cómo devoraron al esquimal», lo que me entristeció aún más. Siempre pasa lo mismo con las distracciones: te implicas.

Mi madre regresó y una enfermera me puso el pijama y nos llevó a las dos a la sala infantil. Era horripilante, con paredes de color rosa claro y cortinas con animales. No eran animales de verdad, sino bichos peludos que jugaban con pelotas de colores. Pensé en la morsa que acababa de inventarme. Era mala, se había comido al esquimal; aun así, era mejor que esas criaturas. La enfermera había tirado mi iglú a la basura.

No podía hacer nada, salvo contemplar mi destino y estarme quieta. Mi madre regresó dos horas después con mi Biblia, un libro para colorear de la Unión Bíblica y un pedazo de plastilina, que la enfermera me quitó. Puse mala cara y ella escribió en una tarjeta: «No está bien, podrías tragártela». La miré y contesté: «No pienso tragármela, la quiero para fabricar cosas. Además, no es tóxica, lo dice en el reverso». Le mostré el envoltorio. Frunció el ceño y negó con la cabeza. Miré a mi madre en busca de apoyo, pero estaba ocupada escribiéndome una carta muy larga. La enfermera me arregló la cama y se guardó la controvertida masilla en el bolsillo del uniforme. Me di cuenta de que nada lograría que cambiara de idea.

Olfateé: desinfectante y puré de patatas. Mi madre me dio un codazo, dejó la carta en la mesilla y vació una enorme bolsa de naranjas en el cuenco que había junto a la jarra de agua. Esbocé una sonrisa lánguida con la esperanza de conseguir su apoyo, pero se limitó a darme unas palmaditas en la cabeza y se marchó. Me quedé sola. Me acordé de Jane Eyre, que afrontó numerosos contratiempos y siempre actuó con valentía. Mi madre me leía la novela cada

vez que se sentía apenada; decía que le infundía valor. Leí su carta; lo de siempre: no te preocupes, recibirás muchas visitas, arriba el ánimo, te prometo que trabajaré en el cuarto de baño y que no permitiré que la señora White me lo impida. Iría a verme pronto, o bien enviaría a su marido. Al día siguiente me operarían. Al leer esto dejé caer la carta sobre la cama. ¡Al día siguiente! ¿Y si me moría? ¡Tan joven y prometedora! Pensé en mi funeral y en las lágrimas derramadas. Quería que me enterraran con mi muñeca negra de trapo y con mi Biblia. ¿Debía dejar instrucciones por escrito? ¿Podía contar con que las tuvieran en cuenta? Mi madre estaba al tanto de todo lo relativo a enfermedades y operaciones. El médico le había dicho que una mujer en su estado no debía caminar y ella le había respondido que aún no le había llegado la hora y que, a diferencia de él, al menos sabía adónde iba. Mi madre había leído en un libro que el número de personas que mueren bajo los efectos de la anestesia es mayor que el de las que se ahogan practicando esquí acuático.

«Sabrás que, si el Señor te trae de regreso, es porque quiere encomendarte una tarea», le dijo a May antes de que le extirparan los cálculos biliares. Me deslicé bajo las mantas y recé para que el Señor me trajera de regreso.

La mañana de la operación, las enfermeras sonreían, me arreglaban la cama y apilaban las naranjas para crear una torre simétrica. Dos brazos peludos me auparon y me ataron a una fría camilla. Las ruedas chirriaban y el hombre que la empujaba iba demasiado rápido. Pasillos, puertas dobles y dos pares de ojos que miraban por encima de las ceñidas mascarillas blancas. Una enfermera me sostuvo la mano mientras alguien me colocaba un bozal sobre la nariz y la boca. Inspiré y vi una larga fila de esquiadores acuáticos que caían y no volvían a levantarse. Después no vi nada.

—Gelatina, Jeanette.

¡Lo sabía! Había muerto y los ángeles me daban gelatina. Abrí los ojos

convencida de que vería dos alas.

—Venga, come —me animó la voz.

—¿Eres un ángel? —pregunté esperanzada.

—No exactamente. Soy médico. Pero ella sí es un ángel, ¿verdad, enfermera?

El ángel se ruborizó.

—Vuelvo a oír —afirmé sin dirigirme a nadie en particular.

—Cómete la gelatina —dijo la enfermera.

Me habría consumido de tristeza sola el resto de la semana si Elsie no hubiera ido a visitarme tras averiguar dónde me encontraba. Yo sabía que mi madre no aparecería hasta el fin de semana porque estaba a la espera de que el fontanero fuera a revisar la grifería que ella había instalado. Elsie acudió a diario y me contó chistes que me hicieron reír e historias que me animaron. Decía que los cuentos ayudan a comprender el mundo. Prometió que, cuando me recuperara, me enseñaría los rudimentos de la numerología para que la ayudase. Me estremecí de emoción porque sabía que a mi madre no le parecía bien. En su opinión, la numerología lindaba con la demencia.

—No te preocupes —afirmó Elsie—. Funciona.

Así pues, lo pasamos bomba planificando lo que haríamos cuando yo me pusiera bien.

—Elsie, ¿cuántos años tienes? —le pregunté.

—Recuerdo la Gran Guerra, y no pienso decirte ni una palabra más. —A renglón seguido me contó que había conducido una ambulancia sin frenos.

Al final mi madre fue a verme a menudo, pero era una época de mucho ajetreo en la iglesia. Estaban organizando la campaña de Navidad. Si no podía ir al hospital, enviaba a mi padre, por lo general con una carta y un par de naranjas.

«La única fruta», solía decir.

Macedonia de frutas, pastel de fruta, fruta con nata, ponche de frutas. Fruta del diablo, fruta de la pasión, fruta podrida, fruta prohibida, fruta de los domingos.

Las naranjas son la única fruta. Llené de cáscaras mi pequeño cubo y las enfermeras lo vaciaron de mala gana. Escondí las cáscaras bajo la cama y las enfermeras me regañaron y suspiraron.

Elsie Norris y yo nos comíamos una naranja todos los días: media cada una. Como Elsie no tenía dientes, hacía ruido al mascar. Yo me echaba los gajos en la boca como si fueran ostras, hasta el fondo de la garganta. La gente solía mirarnos, pero nos daba igual.

Cuando no leía la Biblia ni contaba anécdotas, Elsie se dedicaba a los poetas. Me habló de Swinburne y sus problemas y de la angustia de William Blake.

—Nadie hace caso de los excéntricos —afirmaba.

Cuando me invadía la tristeza, me leía *El mercado de los duendes*, escrito por una tal Christina Rossetti, a la que en una ocasión un amigo regaló un tarro con un ratón en vinagre.

De todos los amores de Elsie, su favorito era W. B. Yeats. Decía que Yeats conocía la importancia de los números y el enorme influjo que la imaginación tiene en el mundo.

—Lo que parece una cosa bien puede ser otra —me dijo, y me acordé del iglú que había construido con cáscaras de naranja—. Si piensas en algo durante bastante tiempo, lo más probable es que ocurra. —Se dio unas palmaditas en la cabeza—. Todo está en la mente.

Mi madre creía que si se rezaba por algo durante bastante tiempo al final ocurría. Le pregunté a Elsie si era lo mismo.

—Puesto que Dios está en todas las cosas, todo se reduce siempre a lo mismo —contestó pensativa.

Sospeché que mi madre discreparía pero, como no estaba presente, daba igual.

Con Elsie jugaba al parchís y al ahorcado. Tomó la costumbre de leerme un poema antes de irse al acabar la hora de visita.

Uno contenía los siguientes versos:

*Todas las cosas caen y vuelven a construirse
y quienes las reconstruyen están alegres.*

Comprendí esas palabras porque llevaba varias semanas trabajando en el iglú de cáscaras de naranja. Algunos días sentía una gran desilusión y otros rozaba el triunfo. Constituía una hazaña de equilibrio y buena vista. Elsie siempre me alentaba y me aconsejaba que no hiciera caso de las enfermeras.

—Con plastilina habría sido más fácil —me quejé un día.

—Pero menos interesante —apostilló.

Cuando por fin salí del hospital, había recuperado el oído y había recobrado la confianza (gracias a Elsie).

Pasé un par de días en su casa, hasta que mi madre regresó de Wigan, adonde había ido a examinar la contabilidad de la Sociedad de Ayuda a las Almas Perdidas.

—He encontrado una partitura nueva —me contó Elsie en el autobús—. Tiene un interludio en el que salen siete elefantes.

—¿Cómo se llama?

—*La batalla de Abisinia.*

Que, naturalmente, es un famosísimo fragmento de sentimientos victorianos, como el príncipe Alberto.

—¿Alguna otra novedad?

—Pues no, en este momento el Señor y yo no nos estorbamos. Como todo

va a rachas, he aprovechado para pintar un poco, ahora que puedo. Nada especial, solo unos toques en los zócalos, ¡pero es que cuando estoy con el Señor no tengo tiempo para nada más!

En cuanto llegamos a casa se puso misteriosa y me pidió que esperara en el salón. La oí moverse y mascullar. Después oí un chillido. Por fin abrió la puerta lanzando sonoros resoplidos.

—Que Dios me perdone, pero es un latazo —dijo entre jadeos. Depositó sobre la mesa una caja muy grande—. Venga, ábrela.

—¿Qué tiene dentro?

—Eso no importa, ábrela.

Le quité el envoltorio.

Era una caja de madera de forma abombada que contenía tres ratones blancos.

—Sadrac, Mesac y Abed-nego en el horno de fuego. —Al sonreír me mostró las encías—. Fíjate, he pintado las llamas con mis propias manos.

El fondo de la caja estaba pintado de un naranja rabioso que representaba lenguas de fuego.

—Hasta podría ser Pentecostés —apunté.

—Sí, claro, tiene muchas funciones —coincidió.

Los ratones no se dieron por aludidos.

—Y también he hecho esto. —Revolvió en el bolso y sacó dos figuras de madera contrachapada. Aunque estaban pintadas de colores vivos, por las alas se deducía que una era un ser celestial. Me miró exultante—. Nabucodonosor y el ángel del Señor.

En ángel tenía en la base unas pequeñas ranuras que servían para encajarlo en lo alto de la cúpula sin molestar a los ratones.

—Es precioso —comenté.

—Ya lo sé. —Asintió y dejó caer un pedacito de queso junto al ángel.

Esa tarde preparamos bollitos y nos sentamos delante de la lumbre. Elsie tenía una chimenea antigua con retratos de hombres famosos y de Florence Nightingale en los azulejos. Allí estaban Clive de la India, Palmerston y sir Isaac Newton, con la barbilla chamuscada en el punto donde las llamas subían demasiado. Elsie me enseñó sus dados sagrados, comprados en La Meca hacía cuarenta años. Los guardaba en una cajita, detrás de la campana de la chimenea, por si entraban ladrones.

—Algunos dicen que soy idiota, pero en este mundo hay más de lo que se ve. —Aguardé en silencio—. Está este mundo —golpeó gráficamente la pared— y este otro mundo —se dio una palmada muy fuerte en el pecho—. Si queremos encontrarles sentido, tenemos que reparar en ambos.

—No lo entiendo. —Suspiré y pensé en qué pregunta debía plantear para aclararme, pero se había quedado dormida con la boca abierta y, además, había que dar de comer a los ratones.

Mientras pasaban las horas sin que Elsie se despertara, me consolaba pensando que tal vez lo averiguaría una vez que fuera a la escuela. Al despertarse Elsie había olvidado su explicación del universo y quiso construir un túnel para los ratones. En la escuela tampoco encontré muchas explicaciones: el asunto se volvió cada vez más complejo. Al cabo de tres trimestres fui presa de la desesperación. Había aprendido bailes folclóricos y rudimentos de costura y bordado, y poco más. En bailes folclóricos treinta y tres niños canijos con playeras negras y bombachos verdes intentaban seguir el ritmo de la Señora, que, de todas maneras, siempre bailaba con el Profe y no miraba a nadie más. Poco después se prometieron, lo cual no nos ayudó en nada, porque empezaron a participar en concursos de baile de salón y dedicaron nuestras clases a practicar pasos mientras nosotros arrastrábamos los pies siguiendo las instrucciones grabadas. Lo peor eran las amenazas, tener que coger de la mano a alguien a quien odiabas. Nos movíamos de aquí

para allá retorciendo los dedos de nuestros compañeros y prometiendo horrores indecibles en cuanto acabara la clase. Harta de que me intimidaran, me convertí en una experta en inventar las torturas más primarias bajo el disfraz de una tierna santidad. «¿Yo, señorita? No, señorita. Señorita, yo no he sido.» Pero siempre era yo. Lo que más aterraba a las niñas era la propuesta de una inmersión total en el pozo negro que había detrás de Hierros Forjados Rathbone; y a los niños, cualquier cosa que tuviera que ver con su pilila. Por eso al cabo de tres trimestres me escondía en las bolsas de los zapatos y me deprimía. El cuarto donde dejábamos las bolsas de los zapatos era oscuro y pestilente, siempre olía fatal, incluso al comienzo del curso.

—Es imposible librarse del olor a pies —oí decir con amargura al portero.

La mujer de la limpieza meneó la cabeza: a lo largo de su vida había quitado más olores que comidas calientes había tomado. Incluso había trabajado en el zoológico, «y ya sabe que los animales apestan», pero el olor a pies había podido con ella.

—Este producto se come el pulimento del suelo —dijo agitando un bote rojo—, pero no afecta a los pies.

Una semana después de iniciadas las clases ya no lo notábamos y, además, era un buen escondite. Los maestros no se acercaban, salvo para examinarlo desde varios pasos de distancia. El último día del trimestre... Unos días antes la escuela había organizado una excursión al zoológico de Chester. Por lo tanto, todos íbamos vestidos de domingo y competíamos por ver quién llevaba los calcetines más limpios y los bocadillos más impresionantes. Envidiábamos las latas de refresco, pues la mayoría llevaba zumo de naranja en un Tupperware. El Tupperware se calentaba y nos quemaba los labios.

—Tienes pan moreno. —Por encima de los asientos asoman tres cabezas—. ¿Y eso qué es? Tiene pedacitos de algo. ¿Eres vegetariana?

Procuro no darme por enterada cuando toquetean mis bocadillos. La

inspección general de sándwiches prosigue de asiento en asiento y los murmullos de envidia alternan con las carcajadas. Los de Susan Green eran de palitos de pescado fríos porque su familia era muy pobre y se comían las sobras por muy asquerosas que fueran. La última vez había traído bocadillos de salsa porque ni siquiera tenían sobras. El cuerpo de inspectores llegó a la conclusión de que los mejores eran los de Shelley: relucientes panecillos blancos rellenos de huevos al curry, con una pizca de perejil. Además tenía una lata de limonada. El zoo no era muy interesante y nos obligaron a caminar en parejas. Nuestra fila zigzagueaba. Los zapatos nuevos se ponían perdidos de arena y serrín, sudábamos y nos pegábamos al compañero. Stanley Farmer se deslizó a escondidas en el estanque de los flamencos y nadie llevaba dinero para comprar figuras de animales. Una hora antes de lo previsto subimos en tromba al autocar y volvimos a casa entre sacudidas. Al chófer le dejamos de recuerdo tres bolsas de plástico llenas de vómito y cientos de envoltorios de caramelos. Era lo único de lo que podíamos desprendernos.

—Nunca más —comentó con un suspiro la señorita Virtue mientras bajamos a la calle como un rebaño—. Nunca más me arriesgaré a pasar una vergüenza semejante.

En ese momento la señorita Virtue ayudaba a Shelley a terminar su vestido de fiesta de verano. «Son tal para cual», me dije.

Me consolaba pensar en el campamento de verano que nuestra iglesia organizaba todos los años. En esa ocasión nos llevarían muy lejos: a Devon. Mi madre estaba emocionadísima porque el pastor Spratt había prometido que la visitaría en uno de sus contados viajes a Inglaterra. Estaba previsto que celebrara el primer oficio dominical en la carpa evangélica de las afueras de Cullompton. En esos momentos el pastor Spratt recorría Europa con su exposición. Se había convertido rápidamente en uno de los misioneros más

famosos y de mayor éxito de los enviados por nuestro grupo ecuménico. A nuestra sede central llegaban cartas de agradecimiento de tribus que vivían en sitios cuyo nombre éramos incapaces de pronunciar y que se regocijaban en el Señor y en la salvación recién descubierta. Para celebrar la conversión número diez mil del pastor, le habían costeado unas largas vacaciones y una gira con su colección de armas, amuletos, ídolos y métodos primitivos de anticoncepción. La exposición se llamaba «Salvados solo por la gracia». Yo únicamente había visto el folleto, pero mi madre conocía todos los detalles. A espaldas del pastor Spratt habíamos planeado una minuciosa campaña dirigida a los agricultores de Devon. En el pasado siempre habíamos aplicado las mismas técnicas, ya fuera en una carpa o en un ayuntamiento, sin tener en cuenta el sitio. Pero la secretaria de campaña recibió de la sede central un folleto informativo en el que se comentaba que el Segundo Advenimiento podía producirse en cualquier momento y que debíamos consagrar nuestros esfuerzos a la salvación de las almas. Según el folleto informativo, concebido especialmente por el Consejo de Mercadotecnia del Movimiento Carismático, las personas son distintas y cada una requiere un enfoque diferente. Tenías que lograr que la salvación fuese relevante para ellas, para sus mentes. Por lo tanto, si visitabas un pueblo marineró, utilizabas metáforas marinas para transmitir el mensaje. Más importante aún: si te dirigías a las personas por separado, debías determinar lo antes posible qué era lo que más deseaban y lo que más temían en la vida. De esta forma el mensaje se volvía relevante de inmediato. El Consejo organizó fines de semana de instrucción para quienes se dedicaban a la Buena Lucha y repartió gráficos a fin de que siguiéramos los progresos y nos motiváramos. El pastor Spratt había escrito una recomendación personal en la parte posterior de los folletos informativos, en los que aparecía una foto en la que se le veía, mucho más joven, bautizando al jefe de una tribu. Por lo tanto, nuestro objetivo consistía en demostrar que

el Señor era relevante para los agricultores de Devon. Mi madre, que era la encargada de las provisiones del campamento, ya había empezado a comprar latas grandes de judías y salchichas de Frankfurt.

—Todo ejército marcha si tiene el estómago lleno —me dijo.

Confiábamos en conseguir el suficiente número de conversiones para abrir una iglesia en Exeter.

—Me acuerdo de cuando aquí construimos el salón evangélico —dijo mi madre con nostalgia—. Todos arrimamos el hombro y solo trabajamos con obreros renacidos. —Había sido una época difícil pero alegre, de ahorrar para el piano y los himnarios, de rechazar las tentaciones de diablo, que animaba a salir de vacaciones—. Claro que por aquel entonces tu padre era jugador.

Al final obtuvieron una subvención de la oficina central para acabar el tejado y pagar la bandera que ondearía en lo alto. Qué emoción el día que izaron la tela con la frase BUSCAD AL SEÑOR bordada en letras rojas. Todas las iglesias tenían banderas confeccionadas por misioneros inválidos. Era una manera de ayudarles a estirar la pensión y de brindarles satisfacción espiritual. El primer año mi madre recorrió todos los pubs y clubes animando a los borrachos a incorporarse a la iglesia. Se sentaba al piano y cantaba «¿Tenéis sitio para Jesús?». Según me contó, era enternecedor. Los hombres lloraban con la jarra de cerveza en la mano y dejaban de jugar al billar mientras ella cantaba. Era regordeta y bonita y la apodaban la Bella Jesús.

—Tuve más de una proposición —reconoció—, y no todas eran devotas.

Fuera como fuese, la iglesia creció y aún hoy muchos hombres se paran en la calle al ver a mi madre y se quitan el sombrero para saludar a la Bella Jesús.

A veces pienso que se casó de forma precipitada. Después de lo mal que lo pasó con Pierre no quiso más disgustos. Cuando me sentaba a su lado a mirar el álbum de fotos de los antepasados de rostro severo, mi madre siempre

hacía una pausa en dos páginas que en el índice se titulaban «Antiguos amores». En ellas figuraba Pierre, además de otros, entre ellos mi padre.

—¿Por qué no te casaste con este o con este otro? —le preguntaba curiosa.

—Porque eran rebeldes. —Suspiraba—. Bastante me costó encontrar uno que solo fuese jugador.

—¿Y por qué ya no lo es? —quise saber, e intenté imaginar a mi padre, tan dócil, con el aspecto de los hombres que había visto en las películas.

—Porque se casó conmigo y encontró al Señor.

Mi madre suspiró y me contó la historia de cada uno de los Antiguos Amores: Percy el Loco, que conducía un descapotable y le propuso que se fuera a vivir con él a Brighton; Eddy, el criador de abejas, que llevaba gafas con montura de pasta... En el ángulo inferior de la página había una foto amarillenta de una mujer bonita con un gato en brazos.

—¿Y esta quién es? —La señalé con el dedo.

—¿Esta? Ah, la hermana de Eddy. No sé por qué la puse aquí —respondió, y volvió la página.

La siguiente vez que abrimos el álbum, la foto había desaparecido.

Así es que se casó con mi padre y lo reformó, y él construyó la iglesia y jamás se enfadó. Me parecía un hombre bueno, a pesar de que apenas hablaba. Como es lógico, el padre de mi madre montó en cólera. Le dijo que se había casado con un hombre de clase inferior, que debería haberse quedado en París, y de inmediato rompió la relación con ella. Por eso mi madre nunca tenía bastante dinero y al cabo de un tiempo logró olvidar que lo había tenido. «La iglesia es mi familia», respondía cada vez que le preguntaba por las personas que aparecían en el álbum de fotos. La iglesia también era mi familia.

Al parecer, en la escuela no aprendía ni ganaba nada, ni siquiera el sorteo

para dejar de ser monitora del comedor. Los monitores debían cerciorarse de que todo el mundo tenía un plato y de que en la jarra del agua no había restos de comida. Eran los últimos a los que se servía y recibían las raciones más pequeñas. Me había tocado tres veces seguidas y en clase me gritaban porque siempre olía a salsa. Llevaba manchas de salsa en la ropa y mi madre me obligaba a ponerme toda la semana el mismo delantal escolar porque decía que no valía la pena que pareciera limpia mientras tuviese que realizar esa tarea. Estaba sentada en el cuarto de las bolsas de los zapatos, con el delantal salpicado de hígado y cebolla. Otras veces intentaba limpiarme, pero ese día me sentía muy desdichada. Después de seis semanas de vacaciones con la iglesia, me resultaría aún más difícil soportarlo. Mi madre tenía razón: aquello era un Caldo de Cultivo. Y no podía decirse que no me hubiese esforzado. Al principio había hecho lo imposible por integrarme y ser buena. El otoño anterior, antes de empezar, nos habían asignado un proyecto. Teníamos que escribir una redacción con el título «Qué he hecho en las vacaciones de verano». Ardía en deseos de que me saliera bien, consciente de que los demás pensaban que no sabía leer ni nada por no haber asistido antes a la escuela. Redacté el texto despacio, con mi mejor caligrafía, orgullosa porque otros solo sabían escribir con letra de imprenta. Leímos las redacciones en voz alta antes de entregárselas a la maestra. Eran todas iguales: pesca, natación, picnics, Walt Disney. Treinta y dos redacciones sobre jardines y huevos de rana. Por mi apellido figuraba al final de la lista y me moría de impaciencia. La maestra era de esas mujeres que querían que su clase fuese feliz. Nos llamaba corderitos y me había dicho que no me preocupase si algo me resultaba difícil. «Pronto te adaptarás», dijo para tranquilizarme.

Quería complacerla y, temblando de expectación, empecé a leer el texto.

—«Estas vacaciones he ido a Colwyn Bay con el campamento de la

iglesia.»

La maestra asintió y sonrió.

—«Hacía mucho calor y a la tía Betty, que ya tenía la pierna descoyuntada, le dio una insolación y creímos que se moría.»

La maestra puso cara de preocupación; la clase aguzó el oído.

—«Pero se recuperó gracias a mi madre, que pasó la noche en vela luchando con todas sus fuerzas.»

—¿Tu madre es enfermera? —inquirió la maestra con serena simpatía.

—No, pero sana a los enfermos.

La maestra frunció el ceño.

—Bien, continúa.

—«Cuando la tía Betty mejoró, fuimos en autocar a Llandudno a dar testimonio en la playa. Toqué la pandereta y Elsie Norris llevó el acordeón, pero un chico le tiró arena y se quedó sin fa sostenido. En otoño montaremos un mercadillo benéfico para pagar la reparación.

»Cuando regresamos de Colwyn Bay, los vecinos de al lado habían tenido otro crío, pero hay tantos que no sabemos de quién es. Mi madre les regaló patatas del huerto y le dijeron que no quieren caridad y las arrojaron por encima del muro.

La clase estaba muy callada. La maestra me miró.

—¿Algo más?

—Sí, otras dos caras.

—¿Sobre qué?

—Poca cosa. Cuento que alquilamos los baños para celebrar el oficio del bautismo después de la cruzada de la Curación de los Enfermos.

—Muy bien, pero creo que ya no tenemos tiempo. Guarda la redacción en tu caja de ejercicios y pinta hasta la hora del patio.

La clase soltó una risilla.

Me senté lentamente, sin saber bien qué ocurría, pero segura de que pasaba algo. Cuando llegué a casa le dije a mi madre que no quería volver a la escuela.

—Tienes que ir —respondió—. Toma, cómete esta naranja.

Durante varias semanas intenté ser lo más corriente posible. Pareció funcionar, hasta que empezó la clase de costura. Tocaba los miércoles, después de la de pastel de salchichas y tarta de crema y frambuesa. Hacíamos punto de cruz y de cadeneta y teníamos que pensar un proyecto. Decidí bordar un dechado para Elsie Norris. La niña que se sentaba a mi lado quería hacer uno para su madre: PARA MAMÁ, CON CARIÑO; la del otro lado, una felicitación de cumpleaños. Cuando me tocó, dije que quería bordar un texto.

—¿Qué te parece DEJAD QUE LOS NIÑOS SE ACERQUEN A MÍ? —sugirió la señorita Virtue.

Esa frase no iba con Elsie. A ella le gustaban los profetas.

—No —respondí con firmeza—, es para mi amiga y le gusta leer a Jeremías. Pensaba bordar EL VERANO ACABÓ, MAS NOSOTROS NO ESTAMOS A SALVO.

Aunque la señorita Virtue era una mujer diplomática, tenía sus prejuicios. Cuando llegó el momento de apuntar todos los dechados, escribió los demás enteros y junto al mío puso «Texto».

—¿Por qué? —le pregunté.

—Podrías ofender a los demás —respondió—. ¿Qué color prefieres: amarillo, verde o rojo?

Nos miramos.

—Negro —contesté.

Sí, ofendí a los demás. Sin intención, pero con gran efecto. Un día la señora Sparrow y la señora Spencer se presentaron en la escuela henchidas de

cólera. Llegaron durante el recreo, ambas con bolso y sombrero, y vi que giraban sobre el cemento con los labios apretados. La señora Spencer llevaba guantes.

Algunos compañeros sabían qué ocurría. Junto a la verja cuchicheaba un grupito. Un alumno me señaló. No me di por aludida y seguí jugando a la peonza de látigo. El grupo creció, una niña que tenía sidral en la boca me gritó; no entendí qué decía, pero los demás se desternillaron. Después se acercó un chico y me pegó en el cuello; luego se acercó otro, y otro. Me golpearon y se alejaron corriendo.

—A que no me pillas —gritaron cuando apareció la maestra.

Me sentí desconcertada, furiosa y asqueada. Di a un niño con el látigo, que era pequeñito. Lanzó un chillido.

—Seño, seño, me ha pegado.

—Seño, seño, le ha pegado —entonaron los demás a coro.

La señorita me agarró por la nuca y me metió a rastras en el edificio.

En el patio sonó la campana, se oyó ruido de puertas y de pisadas; luego, silencio. Ni un ruido en aquel pasillo.

Estaba en la sala de profesores.

La señorita se volvió hacia mí; tenía cara de cansada.

—Extiende la mano.

La extendí.

La señorita cogió una regla. Pensé en el Señor. Se abrió la puerta de la sala de profesores y entró la señora Vole, la directora.

—Vaya, veo que Jeanette ya está aquí. Haz el favor de esperar un momento fuera.

Retiré mi palma sacrificial, la hundí en el bolsillo y pasé entre las dos mujeres.

Salí justo a tiempo de ver las figuras de la señora Spencer y la señora

Sparrow, que se batían en retirada con el rostro morado de indignación, como ciruelas maduras.

En el pasillo hacía frío. Oía voces bajas al otro lado de la puerta, pero no ocurría nada. Empecé a golpear el radiador con el compás, intentando que un pedazo de plástico alabeado pareciera una vista aérea de París.

La noche anterior habíamos celebrado en la iglesia un encuentro de oración y la señora White había tenido una visión.

—¿Qué ha visto? —le preguntamos entusiasmados.

—Ah, algo muy sagrado —respondió la señora White.

Los planes para la campaña navideña estaban muy avanzados. El Ejército de Salvación se había prestado a compartir con nosotros el espacio para el belén que tenían asignado delante del ayuntamiento y se rumoreaba que a lo mejor el pastor Spratt volvía con algunos Infieles convertidos.

—Solo nos cabe tener esperanzas y rezar —afirmó mi madre, que se puso a escribirle una carta.

Yo había ganado otro concurso de preguntas sobre la Biblia y, con gran alivio por mi parte, me habían elegido narradora del Espectáculo de la Catequesis. Los últimos tres años había sido María y ya no se me ocurría qué añadirle al papel. Además, implicaba actuar con Stanley Farmer.

Aquello era una realidad clara, cálida y me hacía feliz.

En la escuela solo reinaba la confusión.

Me había sentado en el suelo y cuando por fin se abrió la puerta solo vi medias de lana y zapatos cómodos de la marca Hush Puppies.

—Nos gustaría hablar contigo —dijo la señora Vole.

Me incorporé a toda prisa y entré en la sala de profesores sintiéndome como Daniel.

La señora Vole tomó un tintero y me miró con atención.

—Jeanette, creemos que tienes problemas en la escuela. ¿No quieres

contárnoslos?

—Estoy bien. —Me rebullí, a la defensiva.

—Digamos que nos parece que estás muy obsesionada con Dios.

No levanté la mirada del suelo.

—Por ejemplo, tu dechado tenía un tema muy inquietante.

—Era para mi amiga y a ella le gustó —espeté, y recordé cómo se había iluminado el rostro de Elsie cuando se lo di.

—¿Y quién es tu amiga?

—Se llama Elsie Norris y me regaló tres ratones en el horno de fuego.

La señora Vole y la señorita se miraron.

—¿Por qué en tu libro de animales has escrito sobre abubillas y tejones y, en una ocasión, si no me equivoco, sobre camarones?

—Mi madre me enseñó a leer —dije desesperada.

—Sí, tu capacidad lectora es insólita, pero no has respondido a mi pregunta.

¿Cómo iba a hacerlo?

Mi madre me había enseñado a leer el Deuteronomio porque abundan los animales (en su mayoría inmundos). Cada vez que leíamos «Mas no debéis comer de los que rumian y no tienen la uña hendida», mi madre me dibujaba todos los seres mencionados. Caballos, conejos y patitos eran animales imprecisos y fabulosos, pero yo lo sabía todo sobre pelícanos, tejones, perezosos y murciélagos. Esta debilidad por lo exótico me ha creado muchos problemas, lo mismo que a William Blake. Mi madre dibujaba insectos alados y las aves del aire, pero mis animales predilectos eran los del fondo del mar, los moluscos. Tenía una buena colección recogida en la playa de Blackpool. Mi madre tenía un rotulador azul para las olas y tinta marrón para el cangrejo de lomo escamoso. Los bogavantes eran de boli rojo y nunca dibujaba gambas porque le gustaba comerlas con un panecillo. Creo que la

cuestión le preocupó durante mucho tiempo. Al final, después de mucho rezar y de consultar a un gran hombre del Señor que vivía en Shrewsbury, coincidió con san Pablo en no llamar profano a lo que Dios ha purificado. A partir de entonces fuimos todos los sábados a la marisquería de Molly. El Deuteronomio tiene sus contras: está plagado de Abominaciones y Cosas Impronunciables. Cada vez que leíamos algo acerca de un cabrón o de alguien con los testículos machacados, mi madre pasaba la página y decía: «Dejémoslo en manos del Señor», pero en cuanto ella se iba, yo miraba de reojo. Me alegré de no tener testículos. Parecían como intestinos volcados hacia fuera y a los hombres de la Biblia siempre se los cortaban y no podían ir a la iglesia. Horroroso.

—Estoy esperando —me apremió la señora Vole.

—No lo sé —respondí.

—Pasemos a un asunto aún más serio. ¿Por qué aterrorizas, sí, me has oído bien, por qué aterrorizas a los otros niños?

—No es cierto —protesté.

—Entonces, ¿puedes explicarme por qué han venido las señoras Spencer y Sparrow esta mañana para decirme que sus hijos tienen pesadillas?

—Yo también las tengo.

—Eso no viene a cuento. Has hablado del Infierno a mentes tiernas.

Era cierto. No podía negarlo. Les había referido los horrores del demonio y el sino de los condenados. Para ilustrarlo casi estrangulo a Susan Hunt, pero fue un accidente y después le regalé mis pastillas contra la tos.

—Lo siento mucho —dije—. Me pareció que les interesaría.

La señora Vole y la señorita menearon la cabeza.

—Puedes irte —concluyó la señora Vole—. Enviaré unas líneas a tu madre

Estaba muy deprimida. ¿Por qué habían montado semejante cirio? Era mejor

conocer ahora la existencia del Infierno que arder más tarde en él. Pasé por delante del collage del conejo de Pascua de la clase tres y me acordé del collage del Arca de Noé que tenía Elsie, el del chimpancé de quita y pon.

Mi lugar en la vida estaba claro: al cabo de diez años podría ir a la escuela para misioneros.

La señora Vole cumplió su promesa. Escribió a mi madre sobre mis inclinaciones religiosas y le pidió que intentara moderarme. Mi madre soltó una carcajada de desprecio y, como premio, me llevó al cine. Ponían *Los diez mandamientos*. Le pregunté si Elsie podía acompañarnos y dijo que no.

A partir de aquel día todos me evitaron en la escuela. De no ser por la certeza de que tenía razón, me habría sentido muy apenada. Dadas las circunstancias, olvidé lo ocurrido, estudié lo mejor que pude —que no era mucho— y pensé en nuestra iglesia. Le conté a mi madre cómo habían ido las cosas.

—Estamos destinadas a ser discriminadas —afirmó.

Ella tampoco tenía muchos amigos. La gente no entendía la mentalidad de mi madre; yo tampoco, pero la quería porque siempre sabía con precisión por qué ocurrían las cosas.

Cuando llegó el día de la entrega de premios, le pedí el dechado a Elsie y lo presenté en la clase de bordado. Sigo pensando que era una obra maestra en su género: letras negras, borde blanco y, en el ángulo inferior, una recreación mía de los despavoridos condenados. Como Elsie lo había enmarcado, parecía una obra profesional.

La señora Virtue estaba delante del escritorio recogiendo los trabajos.

—Irene, sí... Vera, sí... Shelley, sí... —Shelley era escultista.

—Señora Virtue, aquí tiene el mío —dije al dejarlo sobre el escritorio.

—Sí —respondió, queriendo decir No—. Lo acepto si así lo deseas pero,

con toda sinceridad, dudo que sea el tipo de trabajo que espera el jurado.

—¿Qué quiere decir? Tiene de todo: aventura, patetismo, misterio...

Me interrumpió.

—Quiero decir que tu empleo del color es limitado, que no aprovechas el potencial de los hilos. Mira la «Escena aldeana» de Shelley, por ejemplo, y fíjate en la variedad, en los colores.

—Ella ha usado cuatro y yo tres.

La señora Virtue frunció el ceño.

—Además, aparte de ti nadie ha empleado el negro.

La señora Virtue se sentó.

—He utilizado un contrarrelieve mítico —afirmé señalando a los despavoridos condenados.

La señora Virtue apoyó la cabeza en las manos.

—¿De qué hablas? Si te refieres a esa mancha sucia de abajo...

Me enfurecí. Por suerte hacía poco había leído que sir Joshua Reynolds había insultado a Turner.

—Que usted no sepa qué es no significa que no lo sea.

Cogí la «Escena aldeana» de Shelley.

—Esto no parece una oveja; es blanco y esponjoso.

—Jeanette, vuelve a tu pupitre.

—Pero...

—¡VUELVE A TU PUPITRE!

¿Qué podía hacer? Mi maestra de bordado tenía un problema de vista. Solo reconocía las cosas según las previsiones y el entorno. Si estás en un determinado sitio, esperas ver determinadas cosas: ovejas y colinas, mar y peces. Si en el supermercado apareciera un elefante, la señora Virtue no lo vería o lo llamaría señora Jones y hablaría con él de croquetas de pescado. De

todos modos, lo más probable es que hiciera lo que hace la mayoría ante algo que no comprende: aterrorizarse.

Lo que constituye un problema no es la cosa ni el entorno en el que la encontramos, sino la conjunción de ambos: algo inesperado en un lugar habitual o algo habitual en un lugar inesperado. Comprendí que mi dechado estaba bien en la sala de estar de Elsie Morris y mal en mi clase de costura. La señora Virtue debería haber tenido la imaginación suficiente para elogiarme por el esfuerzo de poner el dechado en su contexto o la clarividencia necesaria para darse cuenta de la controversia acerca de si las cosas tienen un valor no solo absoluto, sino también relativo; así pues, tendría que haberme concedido el beneficio de la duda.

Lo cierto es que se enfadó y me culpó de que le doliera la cabeza. Como sir Joshua Reynolds, que siempre se quejaba de que Turner le producía dolor de cabeza.

No gané ningún premio con el dechado y me quedé muy decepcionada. El último día de clase se lo devolví a Elsie y le pregunté si aún lo quería.

Me lo arrebató y lo colgó de la pared con gran determinación.

—Está al revés, Elsie —señalé.

Buscó a tientas las gafas y lo contempló.

—Sí, pero al Señor le da igual. De todos modos, lo pondré bien para los que no saben cómo va.

Acomodó el cuadro con sumo cuidado.

—Creía que quizá ya no te gustaría.

—Niña infiel, hasta el Señor fue despreciado; no cuentes con que la chusma lo aprecie.

(Elsie llamaba chusma a los no conversos.)

—A veces no vendría mal —osé decir, mostrando mi propensión hacia el relativismo.

Elsie se enfadó muchísimo. Era absolutista y no soportaba a quienes creían que las vacas no existían a menos que las vieran. Una vez creado algo, valía para toda la eternidad. Y su valor no subía ni bajaba.

Según ella, la percepción era una superchería. ¿Acaso no había afirmado san Pablo que vemos en un espejo, en enigma, y Wordsworth que vemos a través de imágenes fugaces?

—Esta porción de pastel de frutas —dijo agitándola entre un mordisco y el siguiente—, este pastel no necesita que me lo coma para ser comestible. Existe sin mí.

Aunque no era un buen ejemplo, entendí a qué se refería. Quería decir que crear era un fundamento y apreciar, un complemento. Una vez creada, la criatura se separaba del creador y no necesitaba ayuda para existir plenamente.

—Come pastel —añadió con tono jovial.

Me abstuve porque, aunque Elsie se equivocara desde el punto de vista filosófico, sin duda su afirmación de que el pastel existía sin nosotras era cierta. A buen seguro en ella cabía todo un municipio, con sus propios valores y su estilo peculiar de cotilleo.

Durante años hice lo imposible por ganar un premio; hay quienes desean mejorar el mundo y lo desprecian. No lo logré. Hay una fórmula, un secreto, no sé qué, que por lo visto conocen los escultistas y quienes han ido a escuelas de pago. Los acompaña toda la vida, si bien comienza con el cultivo de jacintos, pasa por ser el encargado de repartir los vasos de leche en la escuela y concluye con un premio de la Universidad de Cambridge por ganar una competición deportiva de ámbito regional.

Mis jacintos eran de color rosa. Los dos. Titulé el conjunto «La Anunciación» (hay que tener un tema). Elegí ese nombre porque las flores

estaban unidas y me recordaron a María e Isabel poco después de la visita del ángel. Me pareció un maridaje muy inteligente de horticultura y teología. Debajo añadí una breve explicación y el versículo correspondiente para que lo consultara quien quisiera, pero no gané. Concedieron el premio a un par de jacintos blancos desparramados que tenían el título de «Níveas Hermanas». Me llevé «La Anunciación» a casa y se la di a nuestro conejo para que se la comiera. Después me inquietó un poco pensar que tal vez fuera una herejía y que el animalillo se pondría enfermo. Más tarde intenté ganar el concurso de pintura de huevos de Pascua. Había tenido tan poco éxito con los temas bíblicos que decidí probar algo nuevo. No podía ser de estilo prerrafaelita porque Janey Morris era delgada y un huevo no servía para representarla.

¿Coleridge y el hombre de Porlock?

Aunque Coleridge era rollizo, me pareció que al cuadro le faltaría dramatismo.

—Está claro —afirmó Elsie—. Wagner.

Confeccionamos una caja de cartón para montar la escena. Elsie se ocupó del fondo mientras yo hacía las piedras con cáscaras de huevo. Pasamos toda la noche trabajando en los personajes por culpa de los detalles. Habíamos escogido el fragmento más emocionante: «Brunilda se enfrenta a su padre». Yo hice a Brunilda y Elsie se encargó de Odín. El casco de Brunilda era un dedal con minúsculas alas de plumas, sacadas de la almohada de Elsie.

—Le falta la lanza —dijo Elsie—. Te daré un palillo pero no le cuentes a nadie para qué lo uso.

Como último toque, me corté unos mechones y los convertí en el cabello de Brunilda.

Odín era una obra maestra: un huevo moreno de dos yemas con una galleta Ritz como escudo y un parche dibujado sobre un ojo. Le hicimos un carro con una caja de cerillas pero quedó demasiado pequeño.

—Es el énfasis dramático —aseguró Elsie.

Al día siguiente lo llevé a la escuela y lo dejé con los demás trabajos. No había comparación posible. Imaginaos mi espanto al ver que no ganaba. No era una niña egoísta y, como comprendía la naturaleza del genio, me habría quitado el sombrero ante el talento de otro, pero no ante tres huevos cubiertos con algodón y titulados «Conejitos de Pascua».

—No es justo —le comenté a Elsie un rato después, durante la reunión de la Hermandad femenina.

—Ya te acostumbrarás.

—Además, los conejos no son santos —intervino la señora White, que me había oído contar lo ocurrido.

No desesperé. Hice *Un tranvía llamado deseo* con limpiapipas, un cojín con un bordado de Bette Davis en *La extraña pasajera*, un Guillermo Tell de papiroflexia con una manzana de verdad y, lo mejor, una escultura en patata de Henry Ford ante el edificio Chrysler de Nueva York. Se mirara como se mirase, la lista era impresionante, pero fui tan ilusa e insensata como el rey Canuto, que mandó retroceder a la marea. Nada de lo que hice impresionó a nadie y en cambio enfurecí a mi madre por haber abandonado los temas bíblicos. Le gustó mucho *La extraña pasajera* porque habían estrenado la película en la época de su noviazgo, pero consideró que debería haber hecho en papiroflexia la Torre de Babel, pese a que le comenté que era muy difícil.

—El Señor caminó sobre las aguas —se limitó a decir cuando intenté explicárselo.

Ella tenía otras preocupaciones. Habían devorado a un montón de misioneros, lo que significaba que debía dar explicaciones a las familias.

—Aunque sea por el Señor —dijo—, no es nada fácil.

Cuando los hijos de Israel abandonaron Egipto, durante el día les guió una columna de nubes y por la noche una columna de fuego. Para ellos, al parecer, no supuso ningún problema. Para mí representó un problema descomunal. La columna de nubes era una bruma intrincada e irresoluble. No entendía las reglas básicas. El mundo cotidiano era un universo de Ideas Extrañas, sin forma y, por consiguiente, vacío. Me consolaba lo mejor que podía reorganizando la versión que me daban de los hechos.

Un día aprendí que Tetraedro es una figura geométrica que se forma extendiendo una goma elástica sobre una serie de clavos.

Pero Tetraedro es un emperador...

El emperador Tetraedro vivía en un palacio hecho de gomas elásticas. A la derecha, ingeniosas fuentes despedían chorros elásticos, sutiles como la seda; a la izquierda, diez juglares tocaban laúdes elásticos día y noche.

Todos querían al emperador.

Por la noche, cuando los perros flacos dormían y la música arrullaba a todos salvo a los más vigilantes, el imponente palacio permanecía cerrado y a salvo del malvado Isósceles, enemigo jurado del gentil Tetraedro. Por la mañana los guardianes abrían los portalones —de modo que los llanos se inundaban de luz—, para que llevaran obsequios al emperador.

Muchos le llevaban regalos: telas tan sutiles que un cambio de temperatura las disolvía; telas tan fuertes que con ellas podían construirse ciudades enteras.

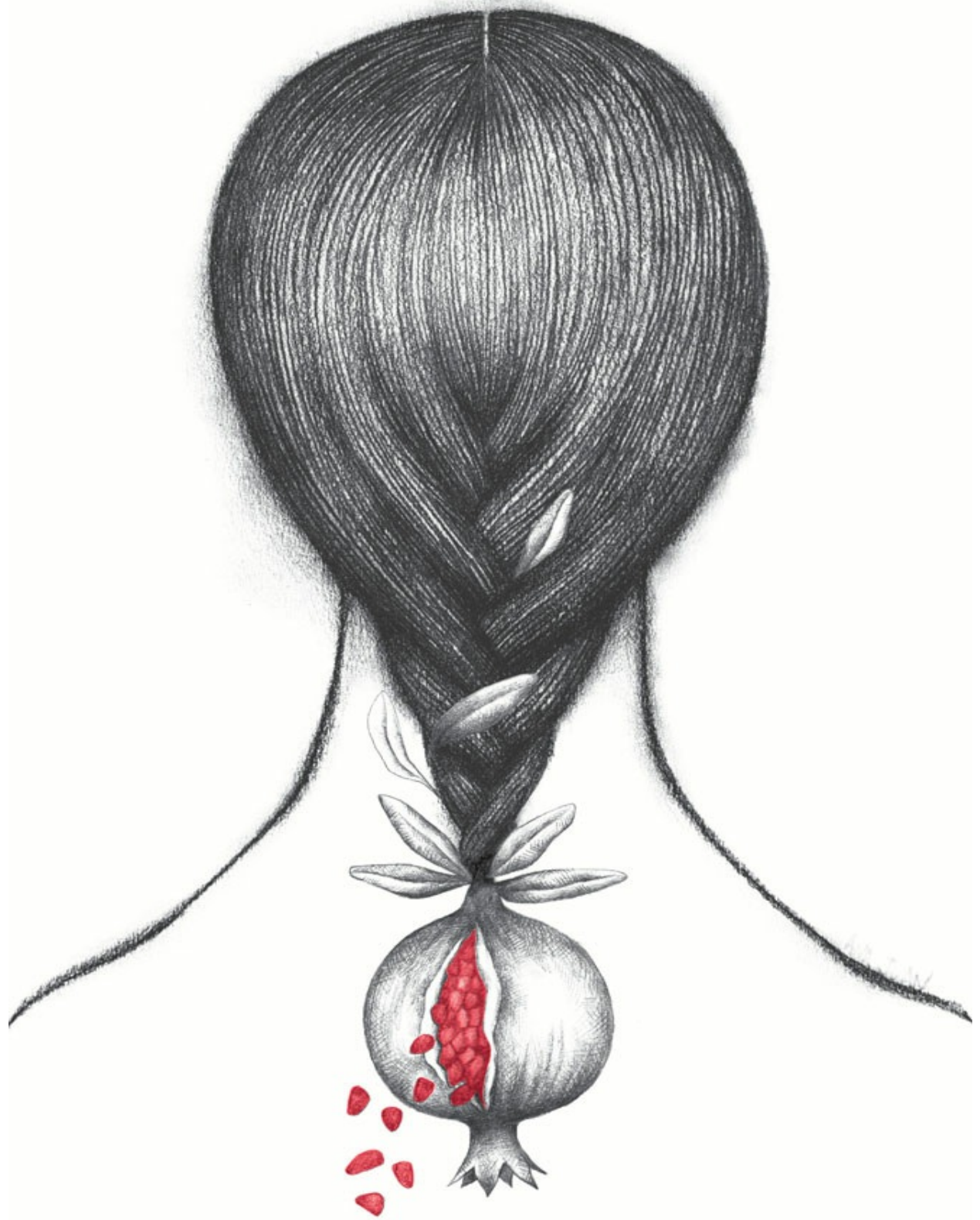
Y cuentos de amor y locura.

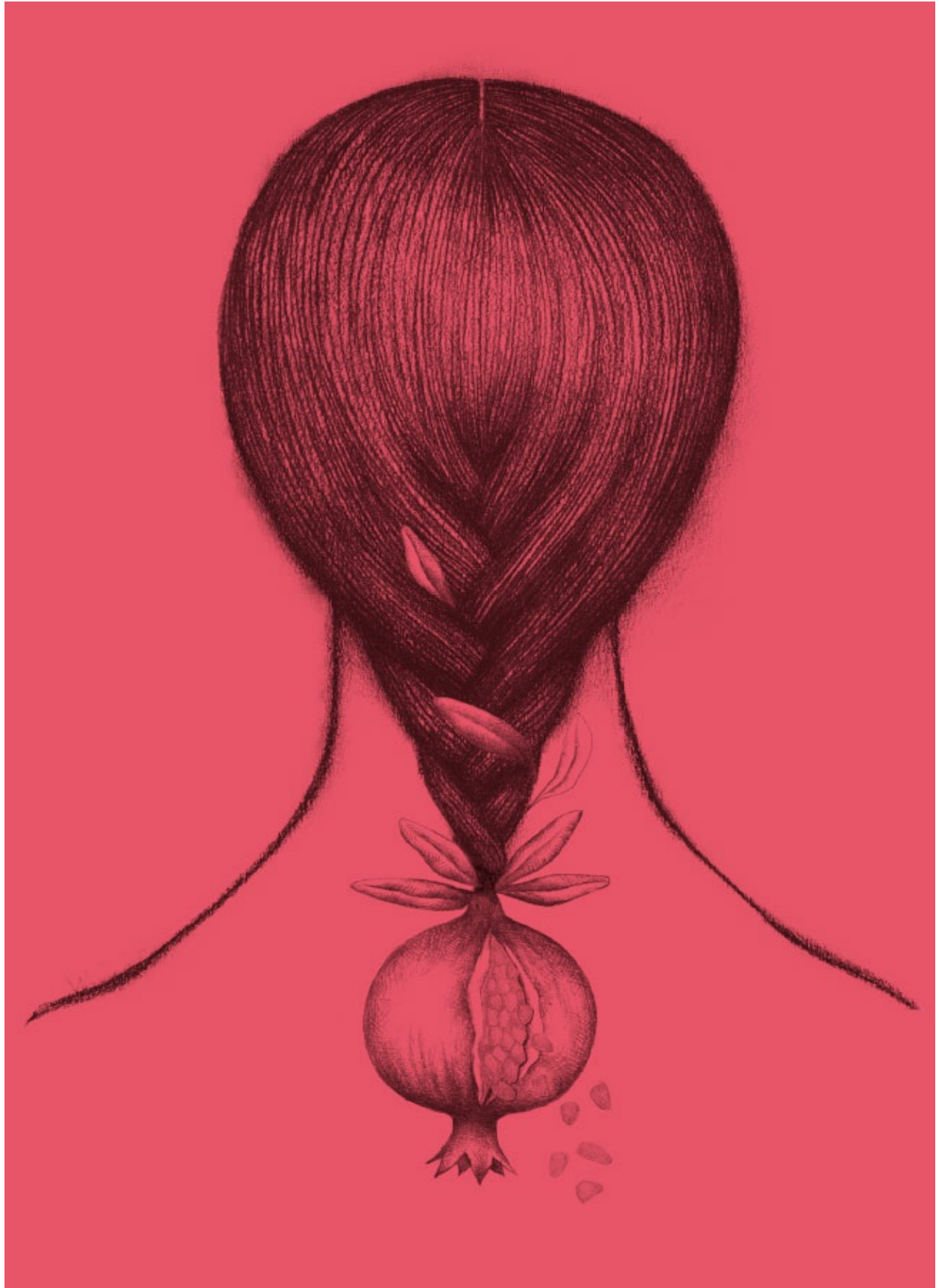
Un día una bella mujer regaló al emperador un circo giratorio dirigido por enanos.

Los enanos representaron todas las tragedias y muchas comedias. Las interpretaron todas a la vez, y fue una suerte que Tetraedro tuviera tantas caras, pues de lo contrario habría fallecido de cansancio.

Las interpretaron todas a la vez y el emperador podía verlas todas a un tiempo, si así lo deseaba, caminando alrededor del teatro.

Dio vueltas y vueltas, y así aprendió algo muy valioso: que ninguna emoción es definitiva.





Levítico

En casa los Infieles constituían una preocupación constante. Mi madre los veía en todas partes, sobre todo en la casa de al lado. Aunque la atormentaban como solo saben hacerlo los descreídos, mi madre tenía sus métodos.

Detestaban los himnos religiosos y a ella le gustaba tocar el piano, un piano vertical ya viejo con candelabros herrumbrosos y teclas amarillas. Cada una de nosotras tenía un ejemplar del *Himnario de la Redención* (cartoné y tela, tres chelines). Mi madre cantaba y yo la acompañaba. El primer himno que aprendí fue una extraordinaria composición victoriana titulada «Pide al Salvador que te ayude».

Un domingo por la mañana, nada más volver de la Comunión, oímos ruidos extraños, como gritos de socorro, procedentes de la casa de al lado. Yo no hice caso, pero mi madre se quedó de piedra detrás de la radiogramola y cambió de color. La señora White, que había ido con nosotras para escuchar el World Service, pegó la oreja a la pared.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Ni idea —respondió con un sonoro susurro—, pero, sea lo que sea, no es santo.

Mi madre seguía inmóvil.

—¿No tendrá una copa para servir vino? —preguntó la señora White.

Mi madre se escandalizó.

—Solo es con fines medicinales —se apresuró a añadir la señora White.

Mi madre fue hasta un armario alto y bajó una caja del estante superior. Era su Despensa de Guerra; todas las semanas compraba una lata y la guardaba allí, por si llegaba el Holocausto. Contenía sobre todo cerezas negras en almíbar y sardinas de oferta.

—Yo jamás las utilizo —dijo con segundas.

—Yo tampoco —replicó a la defensiva la señora White, y se apoyó en la pared.

Mientras mi madre tapaba el televisor, la señora White se deslizaba pegada al zócalo.

—Acabamos de pintar esa pared —señaló mi madre.

—De todas maneras, ya no se oye nada —dijo entre jadeos la señora White.

En ese momento, de la casa de al lado llegó otra ráfaga de gemidos.

Esta vez, muy claros.

—¡Están fornicando! —exclamó mi madre, que corrió a taparme los oídos.

—Aparta —grité.

La perra empezó a ladrar y papá, que el sábado había trabajado en el turno de noche, bajó con solo el pantalón del pijama puesto.

—Vístete —chilló mi madre—. Los de al lado ya están otra vez.

Le mordí la mano.

—Déjame en paz las orejas. Yo también quiero oír.

—¡Y en domingo! —exclamó la señora White.

De repente, en la calle, la furgoneta de los helados.

—Ve a comprar dos cucuruchos y un corte para la señora White —me ordenó mi madre poniéndome una moneda de diez chelines en la mano.

Salí corriendo. Ignoraba qué era fornicar, pero había visto la palabra en el Deuteronomio y sabía que era pecado. ¿Y por qué era tan escandaloso? La mayoría de los pecados se cometen con discreción para evitar que te descubran. Compré los helados y decidí no apresurarme. Cuando volví, mi madre había abierto la tapa del piano y hojeaba el *Himnario de la Redención* con la señora White.

Repartí los helados.

—Ha parado —comenté contenta.

—De momento —repuso mi madre con cara seria.

En cuanto nos los comimos, se limpió las manos en el delantal.

—Ya sé cuál cantaremos: «Pide al Salvador que te ayude». Señora White, haga de barítono.

A mi juicio, la primera estrofa era muy hermosa:

*No cedáis a la Tentación, porque ceder es pecado,
cada Victoria os ayudará a conseguir otra.*

*Luchad con valentía, someted las Oscuras Pasiones,
acudid siempre a Jesús, Él estará a vuestro lado.*

La canción tenía un fervoroso estribillo que emocionó de tal modo a mi madre que abandonó por completo la notación del *Himnario de la Redención* y creó sus propios acordes utilizando todo el teclado. No se salvó ni una sola nota. Cuando llegamos a la tercera estrofa, los de al lado empezaron a golpear la pared.

—Oíd a los Infieles —gritó eufórica mi madre, y pisó a fondo el pedal sostenuto—. Cantémoslo otra vez.

Entonamos el himno mientras los Infieles, enloquecidos por la Palabra, buscaban a toda prisa objetos contundentes con los que aporrear la pared.

Algunos salieron corriendo al patio trasero y gritaron por encima del muro:

—¡Parad ese maldito jaleo!

—¡También en domingo! —exclamó pasmada la señora White.

Mi madre se apartó del piano de un salto y corrió al patio trasero para citar la Biblia. Se encontró cara a cara con el primogénito, que tenía el rostro lleno de espinillas.

—Que Dios me ampare —rezó, y en el acto le vino a la memoria un

fragmento del Deuteronomio—: «El Señor os castigará con los forúnculos de Egipto y con las úlceras, el escorbuto y el escozor de los que no podréis sanar.» —(Versión estándar revisada.)

Entró corriendo en casa y cerró de un golpetazo la puerta trasera.

—A ver, ¿quién quiere comer algo? —Sonrió.

Mi madre se consideraba una misionera del frente interior. Decía que el Señor no la había enviado a las regiones tropicales, como al pastor Spratt y su Cruzada de la Gloria, sino a las calles y los caminos apartados de Lancashire.

—El Señor siempre me ha guiado —me dijo—. Mira mi Obra en Wigan.

Poco después de su conversión, de la que habían pasado muchos años, mi madre recibió un sobre extraño con matasellos de Wigan. Desconfió, consciente de que el demonio tienta a los recién salvados. En Wigan solo conocía a un antiguo amor, que había amenazado con suicidarse cuando ella se casó con otro.

«Allá tú», le había dicho mi madre, que se negó a cartearse con él.

Al final la curiosidad fue más fuerte y mi madre abrió el sobre. No era una misiva de Pierre, sino de un tal reverendo Eli Bone, de la Sociedad de Ayuda a las Almas Perdidas.

En el membrete aparecía un conjunto de almas reunidas en torno a una montaña y, debajo, un breve texto en forma de arco que rezaba: AGARRADAS A LA PIEDRA.

Mi madre siguió leyendo.

Antes de abandonar Wigan camino de África, el pastor Spratt había recomendado a mi madre a la Sociedad. Buscaban una tesorera. La última, la señora Maude Butler (de soltera Richards), acababa de contraer matrimonio y estaba a punto de mudarse a Morecambe, donde tenía previsto abrir una casa

de huéspedes para los afligidos, con precios especiales para quienes colaboraban con la Sociedad.

«Es una oferta muy atractiva», señalaba el reverendo.

Mi madre se sintió muy halagada y decidió aceptar la invitación del reverendo de pasar unos días en Wigan a fin de conocer mejor la Sociedad. Como en ese momento mi padre estaba trabajando, le dejó las señas y una nota que decía: «Estoy ocupada con el Señor en Wigan».

Regresó al cabo de tres semanas y en adelante acudió con regularidad a casa del reverendo Bone a revisar las cuentas y a hacer campaña para conseguir nuevos miembros. Era una buena mujer de negocios y bajo su dirección la Sociedad de Ayuda a las Almas Perdidas casi duplicó el número de socios.

El formulario de suscripción se acompañaba de ofertas tentadoras: descuentos en la compra de himnarios y de otro material religioso; un boletín que en cada número incluía un regalo; un disco gratis en Navidad; y, por supuesto, los descuentos en la casa de huéspedes de Morecambe.

Mi madre proponía con regularidad un regalo interesante, exclusivo para los miembros de la Sociedad. Un año fue un ejemplar del Apocalipsis plegable y fácil de limpiar, para que los benditos estuvieran seguros de las señales y presagios que rodearán al Segundo Advenimiento. Otro año fue una hucha de donativos para las misiones, hecha por los miembros de una tribu. Mi favorito era un termómetro de exterior con una escala móvil. En un lado del sólido chisme de baquelita había un sencillo medidor de temperatura; en el otro, una escala móvil con el número de conversiones que se lograrían en un año si cada persona, empezando por ti, llevara dos almas al Señor. Según la escala móvil, en solo diez años el mundo entero podía volverse creyente. Representaba un gran estímulo para los timoratos y mi madre recibió muchas cartas de agradecimiento.

Una vez al año, antes de la temporada alta, la Sociedad de Ayuda a las Almas Perdidas se reunía un fin de semana en la casa de huéspedes de Morecambe. La temporada alta caía más o menos por Pascua, después de las enfermedades simuladas que se contraían durante los rigores del invierno. Claro que a veces había una avalancha inesperada en enero, pero sorprende lo que aguanta la gente en cuanto sabe que el fin está al caer. Mi madre, siempre interesada por el Fin, tanto personal como colectivo, tenía una amiga que confeccionaba la mayor parte de las coronas fúnebres de la costa de Fylde.

«Se acerca nuestra hora», decía todos los inviernos, y cada invierno se compraba un abrigo. «Ahora podemos permitirnoslo. Ahora la gente vive mucho más y al final nadie quiere jaleo. —Meneaba la cabeza—. No, los negocios ya no son lo que eran.»

A veces venía a visitarnos y traía sus alambres, esponjas y catálogos.

—Por extraño que parezca, siempre quieren lo mismo, nunca piden nada atrevido, aunque en una ocasión hice un violín de claveles para el marido de una música.

Mi madre asintió en señal de comprensión.

La mujer tomó un sorbo de té.

—El de la reina Victoria sí que fue todo un funeral. —Cogió una galleta de chocolate de la parte inferior de la pila—. Entonces yo era joven, claro, pero a mi madre se le pelaron los dedos hasta el hueso de tanto preparar coronas. Y aquellas sí que eran coronas. Corazones y flores, diademas, blasones..., aún figuran en el catálogo. —Lo alcanzó y mostró las páginas amarillentas—. Ya nadie los quiere. —Cogió otra galleta—. Cruces y más cruces, es lo único que hago —añadió con amargura—. No es justo para una persona con mi preparación.

—¿No puede hacer bodas también? —le pregunté.

—Bodas, ¡bah! ¿Para qué quiero bodas?

—Para variar —contesté.

—¿Y qué crees que quieren en las bodas? —me desafió.

Yo no lo sabía, nunca había asistido a ninguna. La mujer me miró con un destello en los ojos.

—Cruces —dijo, y se sirvió más té.

El fin de semana que fuimos a Morecambe para la fiesta de la Sociedad, nos la encontramos.

—He venido por motivos de trabajo —nos informó.

Al parecer había estallado una epidemia en un internado cercano. Muchos alumnos habían expirado y, como era lógico, sus padres querían coronas.

—Como homenaje, la escuela quiere dos raquetas de tenis con sus colores. Utilizo ramas de mimosa y rosas; aunque es difícil, me gusta el desafío.

—Y el dinero no le vendrá mal —dijo mi madre.

—Me permitirá pagar el cuarto de baño, no da para más. Una mujer de mi preparación sin cuarto de baño, qué vergüenza.

Me ofrecí a ayudarla y, como aceptó, fuimos juntas al invernadero.

—Toma, pónelos. —Me entregó unos guantes sin dedos—. Empieza a seleccionar las rosas.

La mujer tenía los dedos enrojecidos y salpicados de polvo de mimosa.

—¿Qué crees que le gustaría a tu madre? —me preguntó a modo de conversación.

—Supongo que algo espectacular. Creo que le encantaría la Biblia abierta por el Apocalipsis.

—Bueno, ya veremos...

La mujer y yo congeniamos. Años después, cuando busqué un trabajo para los sábados, me echó un cable. Se había asociado con un empresario de

pompas fúnebres a fin de ofrecer el servicio completo a precios extraordinarios.

—Este oficio no perdona —comentó.

Entre los dos conseguían muchos encargos y a menudo necesitaban que le echase una mano. Yo ayudaba a amortajar y maquillar. Al principio era muy torpe. Me pasaba con el colorete y pintarrajeaba los pómulos.

—Un respeto, por favor —decía la mujer—. Los muertos tienen su orgullo.

Siempre elaborábamos una lista de control con las instrucciones del entierro y al cabo de poco tiempo asumí esa tarea. Hacía la ronda para cerciorarme de que los muertos tenían cuanto querían. Algunos solo pedían un devocionario, su Biblia o la alianza matrimonial, pero también los había realmente bizantinos. Pusimos álbumes de fotos, mejores galas, novelas preferidas y, una vez, una novela escrita por el finado. La obra narraba una semana en una cabina telefónica con un pijama llamado Adolf Hitler. La heroína era un pedazo de cuerda con un nudo.

—¡Vaya gente! —exclamó la mujer al leerla.

De todos modos, la pusimos. Me acordé de Rossetti, que arrojó sus últimos poemas al hoyo donde enterraron a su esposa y seis años después tuvo que solicitar una autorización al ministro del Interior para recuperarlos. El trabajo me gustaba. Aprendí mucho de maderas y flores y me encantaba lustrar las asas como toque final.

—Siempre lo mejor —decía la mujer.

Un año la Sociedad organizó una conferencia extraordinaria en nuestra ciudad. Durante semanas mi madre hizo campaña para conseguir una cuantiosa concurrencia. May y Alice repartieron invitaciones en los buzones y se anunció que la señorita Jewsbury tocaría el oboe. Se trataba de una reunión abierta para informar y fomentar la incorporación de nuevos

miembros. El único sitio que encontramos para celebrarla fue el Rechabite Hall, en la esquina de Infant Street

—¿Crees que estará bien? —inquirió angustiada May.

—Más vale no mirar a fondo —respondió mi madre.

—¿Son santos? —intervino la señora White.

—Eso ha de decidirlo el Señor —aseguró mi madre con firmeza.

La señora White se sonrojó y después vimos que se había tachado de la lista de voluntarias para preparar bollos.

La conferencia estaba programada para un sábado, día en que siempre había mercado cerca de Infant Street, por lo que mi madre me dio una caja de naranjas y me ordenó que pregonara la noticia a los cuatro vientos. Las pasé canutas. La mayoría de los feriantes me dijeron que estorbaba, que habían pagado para estar allí, que yo no había puesto ni un chelín y otras lindezas por el estilo. Los improperios no me preocupaban, ya estaba acostumbrada y no me los tomaba a pecho, pero llovía y quería hacer las cosas bien. Al final la señora Arkwright, de Factory Bottoms, se compadeció de mí. Los fines de semana montaba un puesto de comida para animales domésticos y, si el caso era urgente, daba consejos sobre bichos.

«Me gusta la variedad», decía.

Me permitió meter la caja de naranjas bajo el toldo para que repartiera las octavillas sin terminar calada hasta los huesos.

—A tu madre le falta un tornillo —repitió una y otra vez.

Tal vez tuviera razón, pero yo no podía hacer nada para remediarlo.

Cuando dieron las dos me alegré porque ya podía entrar en el edificio con los demás.

—¿Cuántas octavillas has repartido? —me preguntó mi madre, que rondaba junto a la puerta.

—Todas.

Se aplacó.

—¡Bravo!

Entré de prisa al oír que empezaba a sonar el piano. Era una sala lúgubre con muchas imágenes de los apóstoles. El sermón versó sobre la perfección y en ese momento desarrollé mi primera divergencia teológica.

El hombre afirmó que la perfección era algo a lo que debíamos aspirar. Era el atributo de la Divinidad, el atributo del hombre antes de la Caída. Aunque solo podía materializarse en la otra vida, teníamos una idea de la perfección, una idea turbadora e imposible que era, al mismo tiempo, una bendición y una maldición.

—La perfección es la ausencia de defectos —anunció.

Érase una vez una mujer que vivía en el bosque y que era tan hermosa que bastaba verla para que los enfermos sanaran y para presagiar buenas cosechas.

También era muy sabia, pues conocía bien las leyes de la física y la naturaleza del universo. Su mayor deleite era hilar y cantar mientras hacía girar la rueca. Entretanto, en una zona del bosque que se había transformado en ciudad, un gran príncipe deambulaba pesaroso por los pasillos de palacio. Muchos lo consideraban un buen príncipe y un valioso gobernante. Además era apuesto, aunque un poco irascible.

Mientras caminaba, hablaba con su fiel compañera: una oca vieja.

—Ojalá encontrara esposa. —Suspiró—. ¿Cómo voy a gobernar este reino sin una esposa?

—¿Por qué no delegáis el poder? —propuso la oca, anadeando lo mejor que podía.

—No digas tonterías —le espetó el príncipe—. Soy un príncipe de verdad.

La oca se sonrojó.

—El problema —prosiguió el príncipe— es que hay muchas chicas, pero ninguna tiene ese algo especial.

—¿Y en qué consiste? —preguntó entre jadeos la oca.

El príncipe miró a lo lejos y se echó en la hierba.

—Señor, lleváis las calzas descosidas —le susurró su compañera con cierta incomodidad.

El príncipe no se dio por enterado.

—Ese algo especial... —Rodó sobre la hierba, se apoyó en un codo e indicó a la oca que hiciera lo propio—. Quiero una mujer sin tacha interior ni exterior, sin ningún defecto. Quiero una mujer perfecta.

Hundió el rostro en la hierba y se echó a llorar.

La oca, conmovida por semejante arranque, se alejó arrastrando las patas, a ver si encontraba a algún consejero. Tras una larga búsqueda se topó con varios que jugaban al bridge bajo los robles reales.

—El príncipe quiere una esposa.

Todos la miraron a un tiempo.

—El príncipe quiere una esposa —repitió—, y debe ser una mujer sin tacha interior ni exterior, sin ningún defecto. Debe ser perfecta.

El consejero más joven tocó el bugle y transmitió la petición.

—Por una esposa —gritó—. Que sea perfecta.

Durante tres años los consejeros recorrieron el país, en vano. Encontraron muchas mujeres bellas y virtuosas, que el príncipe rechazó.

—Príncipe, sois un insensato —le dijo un día la oca—. Lo que queréis no existe.

—Tiene que existir porque es lo que quiero —afirmó el príncipe.

—Antes moriréis. —La oca se encogió de hombros y se dispuso a regresar al comedero.

—No antes que tú —le espetó el príncipe, y le cortó la cabeza.

Transcurrieron otros tres años y el príncipe empezó a escribir un libro para pasar el rato. Lo tituló *El sagrado misterio de la perfección* y lo dividió en tres partes.

Primera parte: la filosofía de la perfección. El Santo Grial, la vida sin mácula, la aspiración final en el monte Carmelo. Santa Teresa y el castillo interior.

Segunda parte: la imposibilidad de la perfección. La búsqueda incesante en esta vida, el dolor, la mayoría que escoge la segunda mejor opción. Cómo se extiende la corrupción de estos. La importancia de ser sincero.

Tercera parte: la necesidad de producir un mundo lleno de seres perfectos. Por consiguiente, la posibilidad del cielo en la tierra. La raza perfecta. Una exhortación a la perseverancia.

El príncipe, muy satisfecho con su libro, mandó entregar un ejemplar a todos los consejeros para que no le hicieran perder el tiempo con segundas mejores opciones. Uno de ellos se llevó el suyo a un rincón remoto del bosque para leerlo en paz. No era universitario y la prosa del príncipe era muy densa.

Mientras estaba tendido bajo un árbol, por la izquierda le llegó un cántico. Curioso y amante de la música, se incorporó para averiguar quién producía el sonido. En un calvero vio a una mujer que hilaba y se acompañaba canturreando.

El consejero pensó que era lo más hermoso que había visto en su vida.

«Y sabe coser», pensó.

Se acercó a ella e hizo una reverencia.

—Bella doncella...

—Si queréis charlar, tendréis que volver en otro momento, pues estoy

trabajando contrarreloj.

El consejero se quedó anonadado.

—Soy miembro de la corte —le informó.

—Y yo estoy trabajando contrarreloj. Si queréis, venid a comer.

—Regresaré a mediodía —afirmó él con resolución, y partió enseguida.

En el ínterin, el consejero preguntó sobre la mujer a cuantos se cruzaron en su camino. ¿Cuántos años tenía? ¿De qué familia procedía? ¿Tenía personas a su cargo? ¿Era inteligente?

—¿Inteligente? —bufó un anciano—. Es perfecta.

—¿Habéis dicho perfecta? —lo acució el consejero sacudiéndolo por los hombros.

—Sí —gritó el anciano—, he dicho perfecta.

A mediodía el consejero llamó a la puerta de la mujer.

—Hay sopa de queso —le informó ella tras invitarlo a pasar.

—Eso no importa —replicó él—, tenemos que ponernos en camino. Os llevaré ante el príncipe.

—¿Y para qué? —preguntó la mujer al tiempo que se servía un cucharón de sopa.

—Tal vez quiera casarse con vos.

—No pienso casarme.

El consejero la miró espantado.

—¿Por qué no?

—Es algo que no me interesa. ¿Queréis sopa o no la queréis?

—No —gritó el joven consejero—. Volveré.

Tres días después una gran agitación conmovió el bosque. Habían llegado el príncipe y su séquito. El monarca había perdido el uso de las piernas de pasar tanto tiempo sentado y había que trasladarlo en litera. Al ver a la mujer,

que como la vez anterior estaba hilando, abandonó el jergón de un salto y exclamó:

—¡Estoy curado! ¡Tiene que ser perfecta! —E hincándose de rodillas le suplicó que fuera su esposa.

Los cortesanos se miraron sonrientes. Por fin se acabarían las tonterías y podrían vivir felices y comer perdices.

La mujer sonrió al príncipe arrodillado y le acarició el cabello.

—Sois un encanto, pero no quiero casarme con vos.

La corte en pleno soltó un gemido de espanto.

Después, silencio.

El príncipe se puso en pie con dificultad y sacó del bolsillo un ejemplar de su libro.

—Tenéis que serlo, he escrito sobre vos.

La mujer volvió a sonreír y leyó el título. Frunció el ceño, hizo una señal al príncipe y lo introdujo en su hogar.

Tres días y tres noches permaneció la corte acampada, con el alma en un hilo. De la choza no escapó el menor sonido. Al cuarto día salió el príncipe, agotado y sucio. Convocó a sus principales consejeros y les contó todo lo ocurrido con pelos y señales.

Sí, la mujer era perfecta, no cabía la menor duda, pero tenía defectos. Él, el príncipe, se había equivocado. Era perfecta porque era un perfecto equilibrio de cualidades y virtudes. Era simétrica en todos los aspectos. Le había dicho que en realidad la búsqueda de la perfección era la búsqueda del equilibrio, de la armonía. Le había mostrado Libra, la balanza, y Piscis, el pez, y por último había extendido las manos.

—La clave está aquí —había dicho—. Aquí, en este primer equilibrio personal. Existen dos principios: el peso y el contrapeso.

—Pues claro —intervino un consejero—, se refiere a la esfera del Destino

y a la rueda de la Fortuna.

El príncipe se volvió de inmediato.

—¿Y vos cómo lo sabéis? —inquirió.

El consejero se ruborizó.

—Es algo que me contó mi madre y que acabo de recordar.

—En cualquier caso —dijo el príncipe—, la cuestión es que estoy equivocado, de modo que tendré que escribir otro libro y pedir públicamente disculpas a la oca.

—Señor, eso no es posible —declararon los consejeros a la vez.

—¿Por qué?

—Porque sois príncipe y, por lo tanto, nadie debe saber que habéis cometido un error.

Esa noche el príncipe caminó por el bosque con la esperanza de encontrar la solución. Al dar las doce oyó un ruido a sus espaldas, desenvainó la espada y se encontró cara a cara con su principal consejero.

—¡Lucien! —exclamó (porque era Lucien).

—Señor, tengo la solución —anunció el consejero, e hizo una profunda reverencia. Y durante cuarenta y cinco minutos le habló al oído.

—¡No, no puedo! —exclamó el príncipe.

—Señor, debéis hacerlo, vuestro reino está en peligro.

—Nadie me creerá —gimoteó el príncipe, sentado en un tronco.

—Os creerán, deben creerlos, siempre os creen —respondió el consejero sin alterarse—. Confiad en mí.

—¿He de hacerlo? —preguntó el príncipe, frenético.

—Sí —respondió con firmeza el consejero.

Durante la noche el príncipe dirigió su corazón hacia el mal. Al alba retumbó un trompetazo y todos los cortesanos y los aldeanos se reunieron para oír al príncipe.

Plantado en medio de sus súbditos, recién bañado, pidió a la mujer que se presentara.

Cuando la mujer salió de la choza, las primeras luces la iluminaron y brilló en el calvero como un faro. Provocó murmullos de asombro, pues esa mañana estaba más bella que nunca. El príncipe tragó saliva e inició el discurso.

—Buenas gentes, todos sabéis que he buscado la perfección e imagino que muchos habréis leído mi libro. Vine aquí con la esperanza de poner fin a mi búsqueda, pero ahora sé que no es posible encontrar la perfección, sino que hay que forjarla; ahora sé que en esta tierra no existe la ausencia de defectos.

—La perfección existe —intervino la mujer con voz clara y firme.

—Esta mujer —prosiguió el príncipe— ha hecho cuanto ha estado en su mano para convencerme de que la perfección y la ausencia de defectos no son lo mismo. Decidme, ¿se tomaría tantas molestias si no tuviera defectos?

—Yo no me he tomado ninguna molestia —replicó la mujer con la misma firmeza de antes—. Fuisteis vos quien vino en mi busca.

Entre el gentío se oyó un murmullo de desaprobación. De pronto un hombre gritó:

—¡Pero ella os ha curado!

—Artes paganas —replicó el principal consejero—. Apresad a ese hombre. Maniataron al hombre y se lo llevaron.

—Pero ella es intachable —gritó otro.

—Os equivocáis, tengo muchos defectos —afirmó la mujer con calma.

—Esa prueba ha salido de su propia boca —declaró a voces el principal consejero.

La mujer avanzó un paso y se detuvo ante el príncipe, que empezó a temblar de manera incontrolable.

—Lo que queréis no existe —aseguró la mujer.

—Esa prueba ha salido de su propia boca —repitió el principal consejero.

Sin darse por aludida, la mujer siguió hablando con el príncipe, que estaba pálido como un muerto.

—Lo que existe está contenido en el ámbito de vuestras manos.

El príncipe se desmayó.

—¡El Mal, el Mal! —exclamó el consejero—. No abandonaremos nuestra labor.

—Antes moriréis. —La mujer se encogió de hombros y se dispuso a regresar a su casa.

—No antes que vos —declaró a voz en grito el príncipe al recobrar el conocimiento—. Cortadle la cabeza.

La decapitaron.

La sangre se convirtió al punto en un lago, donde se ahogaron los consejeros y la mayor parte de los cortesanos. El príncipe logró salvarse trepando a un árbol.

«Este asunto es bastante tedioso —pensó—. Con todo, he puesto fin a un gran mal. Ahora debo proseguir mi búsqueda, pero, ay, ¿quién me aconsejará?»

En ese momento oyó un ruido a sus pies. Al mirar hacia abajo vio a un vendedor de naranjas.

—¡Qué buena idea! —exclamó el príncipe—. Compraré una docena para el trayecto de regreso a casa. ¡Eh, vos, viejo! —gritó—. Ponedme una docena de naranjas.

El anciano sacó doce y las metió en una bolsa.

—¿Vendéis algo más? —le preguntó el príncipe, que se sentía más animado.

—Lo lamento, solo tengo naranjas —respondió el vendedor.

—Qué pena —repuso el príncipe con un suspiro—, quería algo para leer

durante el regreso a casa.

El anciano se sorbió los mocos.

—¿No tenéis revistas?

El anciano negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera folletos de instrucciones?

El anciano se sonó la nariz.

—¡Vaya! Entonces me pondré en marcha —concluyó el príncipe.

—Esperad un momento —dijo el anciano de repente—. Tengo esto. — Sacó del bolsillo un libro encuadernado en piel—. No sé si os interesará. Trata de cómo crear una persona perfecta, del hombre que lo logra, pero no sirve de nada si no se tiene el equipo necesario.

El príncipe se lo arrebató de las manos.

—Es un poco raro —prosiguió el anciano—, porque el hombre que lo consigue acaba con un tornillo atravesado en el cuello...

Pero el príncipe ya se había ido.

Números

Era primavera, aún quedaban restos de nieve en el suelo y yo estaba a punto de casarme. Llevaba un vestido de un blanco immaculado y una corona de oro. A medida que avanzaba por el pasillo, la corona me pesaba cada vez más y más me costaba caminar con el vestido. Pensé que todos me señalarían con el dedo, pero nadie se enteró.

Logré llegar al altar. El pastor era un hombre rollizo y se volvía cada vez más gordo, como cuando haces globos con los chicles. Por fin llegamos al momento de «Puede besar a la novia». Mi flamante marido se volvía hacia mí y en este punto se abría un abanico de posibilidades. Unas veces era ciego, otras un cerdo, otras mi madre, otras el jefe de correos, y en una ocasión fue un traje sin nada dentro. Se lo contaba a mi madre, que lo atribuía a que había cenado sardinas. La noche siguiente comía salchichas y tenía el mismo sueño.

Una vecina de la calle nos contó que se había casado con un cerdo. Le pregunté por qué lo había hecho y me respondió: «No te percatas hasta que es demasiado tarde».

Exactamente.

Sin duda ella descubrió en la vida lo que yo había descubierto en mis sueños. Se había casado con un cerdo sin darse cuenta.

A partir de entonces vigilé al marido. Costaba adivinar que era un cerdo. No carecía de inteligencia, pero tenía los ojos muy juntos y la piel de color rosa intenso. Intenté imaginarlo desnudo. Horroroso.

Los demás hombres también dejaban mucho que desear. El jefe de correos era calvo como una bola de billar y tenía las manos demasiado regordetas

para manipular los botes de caramelos. Me llamaba cielo, lo cual, según mi madre, era bonito. Y además me regalaba caramelos, lo que era aún mejor.

Un día me dijo que tenía unos nuevos.

«Corazones de caramelo para mi dulce corazoncito», dijo, y se echó a reír. Aquel día estuve a punto de estrangular a la perra a causa de la ira y mi madre, desesperada, me sacó a rastras de casa. De dulce yo no tenía nada. Pero era una niña, ergo era dulce, y ahí estaban los caramelos para demostrarlo. Miré la bolsa. Amarillo, rosa, azul cielo y naranja, todos en forma de corazón y con inscripciones como:

«Maureen ama a Ken».

«Jack y Jill, para siempre.»

Camino de casa me zampé los «Maureen ama a Ken». Me sentía desconcertada. Todo el mundo me decía que encontraría al hombre adecuado.

Lo decía mi madre, lo que me desconcertaba.

Lo decía mi tía, lo cual resultaba aún más desconcertante.

El jefe de correos lo decía en los caramelos que vendía.

Sin embargo, ahí estaban el misterio de la mujer casada con el cerdo, el chico granujiento que agarraba a las niñas por la espalda y mi sueño.

Esa tarde fui a la biblioteca. Tomé el camino más largo para esquivar a las parejas. Hacían ruidos raros que parecían de dolor y las chicas siempre estaban aplastadas contra la pared. En la biblioteca me sentí mejor; podía confiar en las palabras y mirarlas hasta comprenderlas, no cambiaban en mitad de una frase, como hace la gente, de modo que era más fácil detectar las mentiras. Encontré un libro de cuentos y leí uno titulado «La bella y la bestia».

En el relato, una joven hermosa se convierte en la prenda de un trato desventajoso que ha cerrado su padre. En consecuencia, ha de casarse con una horrible bestia o deshonorar para siempre a su familia. Como es buena,

obedece. La noche de bodas se mete en la cama con la bestia y, compadecida al ver que todo es muy feo, le da un besito. La bestia se transforma al punto en un apuesto príncipe y a partir de entonces viven felices y comen perdices.

Me pregunté si la mujer casada con el cerdo había leído el cuento. En caso afirmativo, debía de haberse llevado una gran desilusión. Por no hablar de mi tío Bill, que era feísimo y peludo, y según la ilustración los príncipes metamorfoseados no son peludos.

Cerré el libro lentamente. No cabía duda de que había topado con una terrible conspiración.

En el mundo hay mujeres.

En el mundo hay hombres.

Y hay bestias.

¿Qué haces si te casas con una bestia?

Un beso no siempre resuelve el problema.

Y las bestias son sagaces. Se disfrazan como nosotros.

Como el lobo de «Caperucita Roja».

¿Por qué nadie me había advertido? ¿Acaso nadie más lo sabía?

¿Acaso en el orbe entero las mujeres, con toda su inocencia, se casaban con bestias?

Procuré serenarme. El pastor era hombre, pero llevaba falda, lo que lo volvía peculiar. Debía de haber más como él. ¿Habría suficientes? Esa era mi preocupación. Había muchas mujeres y la mayoría contraía matrimonio. Si no podían casarse entre sí —y me parecía que no era posible, porque debían tener bebés—, por fuerza algunas tendrían que desposarse con bestias.

Pensé que hasta mi familia había tenido mala suerte.

Si hubiera existido algún modo de adivinarlo, habríamos podido aplicar un sistema de racionamiento. No era justo que toda una calle estuviera llena de bestias.

Por la noche fuimos a casa de mi tía a jugar al escarabajo. Formaba parte del equipo de la iglesia y le venía bien practicar. Mientras ella repartía las cartas, le pregunté:

—¿Por qué hay tantos hombres que en realidad son bestias?

Se echó a reír.

—Eres muy joven para hablar de estos temas.

Mi tío nos oyó, se acercó y pegó su cara a la mía.

—Si no, no nos querríais —dijo, y me restregó el mentón, que pinchaba, contra la mejilla. Le odié.

—Basta ya, Bill. —Mi tía lo apartó de un empujón—. No te preocupes, tesoro, ya te acostumbrarás —me tranquilizó—. Cuando me casé, reí una semana, lloré un mes y me resigné de por vida. Es distinto, eso es todo, ellos tienen sus costumbres.

Miré a mi tío, que estaba enfrascado en el boleto de las quinielas.

—Me has hecho daño —lo acusé.

—Qué va. —Sonrió—. Solo ha sido una expresión de afecto.

—Siempre dices lo mismo —intervino mi tía—. Cierra el pico o lárgate.

El tío Bill se escabulló. Casi creí que tendría rabo.

Mi tía extendió los naipes.

—Ya tendrás tiempo de buscarte un chico.

—No me interesa.

—Una cosa es lo que queremos y otra muy distinta lo que conseguimos. No lo olvides —añadió mi tía, que dejó una jota en la mesa.

¿Intentaba decirme que sabía de la existencia de las bestias? Me deprimí mucho y puse al revés las patas del escarabajo y armé un buen lío. Al final mi tía se puso en pie y suspiró.

—Más vale que te vayas a casa.

Fui a buscar a mi madre, que estaba en la sala escuchando a Johnny Cash.

—Vamos, hemos terminado.

Se puso el abrigo sin prisas y cogió su Biblia pequeña, la de viaje. Echamos a andar por la calle.

—Necesito hablar contigo. ¿Tienes tiempo?

—Sí —respondió—. Comamos una naranja.

Intenté contarle mi sueño, la teoría sobre las bestias y lo mucho que detestaba al tío Bill. Mientras caminábamos ella tarareaba «Qué buen amigo tenemos en Jesús» y me pelaba una naranja. Acabó de mondarla en el mismo instante en que terminé de hablar. Me quedaba una pregunta.

—¿Por qué te casaste con papá?

Me miró a los ojos.

—No seas tonta.

—No soy tonta.

—Teníamos que tener algo por ti y, además, es un buen hombre, aunque reconozco que no se esfuerza. No te preocupes, estás consagrada al Señor y te matricularé en la escuela para misioneros en cuanto podamos. Acuérdate de *Jane Eyre* y de St. John Rivers. —Y se quedó con la mirada perdida.

Claro que los recordaba, pero mi madre ignoraba que yo ya sabía que había reescrito el final. Aparte de la Biblia, *Jane Eyre* era su libro preferido y me lo leyó infinidad de veces cuando yo era pequeña. Aunque aún no había aprendido a leer, sabía dónde había que pasar la página. Años después, alfabetizada y curiosa, decidí leerlo por mi cuenta. Fue una especie de peregrinación nostálgica. Aquel terrible día, en un rincón de la biblioteca descubrí que Jane no se casa con St. John, sino que vuelve con el señor Rochester. Fue como el día en que, buscando una baraja, encontré los documentos de adopción. Desde entonces no he vuelto a jugar a las cartas ni a leer *Jane Eyre*.

Seguimos caminando en silencio. Mi madre pensó que había satisfecho mi

curiosidad y yo desconfié de ella y me pregunté adónde debía acudir para averiguar lo que deseaba saber.

El día de la colada me escondí en el cubo de la basura para oír lo que decían las mujeres. Nellie apareció con su pedazo de cuerda en el callejón de atrás y lo colgó de un clavo a otro. Saludó con la mano a Doreen, que subía trabajosamente la colina con la bolsa de la compra, y la invitó a una taza de té y a charlar. Los miércoles Doreen hacía cola en la carnicería para comprar carne picada de oferta. Eso la ponía de mal humor porque estaba afiliada al Partido Laborista y creía en la igualdad de derechos y deberes. Para empezar le contó a Nellie que la mujer que tenía delante había comprado filetes. Nellie meneó la cabeza, pequeña y copetuda, y comentó que ella también lo pasaba mal desde la muerte de Bert.

—Bert —dijo Doreen con desprecio—, ese ya estaba muerto diez años antes de que lo amortajaran. —Ofreció una gominola a Nellie.

—No me gusta hablar mal de los muertos —repuso inquieta Nellie—. Nunca se sabe.

Doreen soltó un bufido y se sentó con gran trabajo en el escalón de la puerta trasera. Llevaba una falda muy ceñida, aunque siempre decía que había encogido.

—¿Qué tal si hablamos mal de los vivos? Mi Frank se trae algo entre manos.

Nellie respiró hondo y cogió otra gominola. Preguntó si se trataba de la mujer que servía pastelillos de carne y guisantes en el pub. Doreen respondió que no estaba segura pero que, pensándolo bien, eso explicaría por qué Frank olía a salsa cada vez que llegaba tarde a casa.

—No tendrías que haberte casado con él —la regañó Nellie.

—Cuando nos casamos no sabía cómo era. —Le habló a Nellie de la guerra, le contó que a su padre le había caído bien Frank y que parecía una

unión sensata—. Aun así, debí sospechar. ¿Qué clase de hombre viene a cortejarte y acaba de copas con tu padre? Me ponía de punta en blanco para jugar al whist con su madre y una amiga de la mujer.

—¿No te llevaba por ahí?

—Sí, claro —respondió Doreen—. Todos los sábados por la tarde íbamos al canódromo.

Las dos mujeres permanecieron calladas un rato.

—Claro que los niños ayudaron —prosiguió Doreen—. Durante quince años pasé de él.

—De todas maneras, no estás tan mal como Hilda, la de enfrente —afirmó Nellie para consolarla—. El suyo se bebe hasta el último penique y ella no se atreve a acudir a la policía.

—Si el mío me pusiera la mano encima lo mandaría encerrar —aseguró Doreen muy seria.

—¿De veras?

Doreen guardó silencio y rascó la tierra con el zapato.

—Fumemos un cigarrillo y hablemos de Jane —propuso Nellie.

Jane era la hija de Doreen, acababa de cumplir los diecisiete y era muy aplicada.

—Si no se echa novio, la gente hablará. Se pasa la vida en casa de Susan, haciendo deberes. Al menos eso me cuenta.

Nellie señaló que a lo mejor Jane salía a escondidas con un chico cuando decía que iba a casa de Susan. Doreen negó con la cabeza.

—Está allí, lo he comprobado con la madre de Susan. Si no tienen cuidado, la gente pensará que son como las dos de la papelería.

—Pues a mí me caen bien —aseguró Nellie con firmeza—. Además, ¿quién sabe lo que hacen?

—La señora Fergeson, que vive enfrente, las vio comprar una cama..., una

cama de matrimonio.

—¿Y eso qué demuestra? Bert y yo compartíamos la cama y no hacíamos nada en ella.

Doreen dijo que le parecía muy bien, pero que el caso de dos mujeres era distinto.

¿Distinto de qué?, me pregunté dentro del cubo de la basura.

—Tu Jane puede ir a la universidad y salir de aquí; es inteligente.

—Frank no lo consentirá, él quiere nietos, y si no me pongo en marcha se quedará sin cena y se irá al pub, a comer pastelillos de carne y guisantes. No me gustaría darle una excusa.

Se puso en pie con dificultad y Nellie empezó a tender la colada. Tras comprobar que no había peligro salí con sigilo del cubo de la basura, tan confundida como antes y cubierta de hollín.

Por suerte estaba destinada a convertirme en misionera. Durante una temporada dejé de lado el problema de los hombres y me concentré en la lectura de la Biblia. Pensaba que con el tiempo me enamoraría como todo el mundo. Varios años después, sin pretenderlo, me enamoré.

Mi madre dijo que teníamos que ir al centro.

—Yo no voy.

—Ponte el impermeable.

—No voy. Está lloviendo.

—Lo sé, y no pienso mojarme sola.

Me arrojó el impermeable y se miró al espejo para arreglarse el pañuelo de la cabeza. De una patada saqué a la perra de su cesta e intenté ponerle la correa. Mi madre me observaba con el rabillo del ojo.

—Déjala en casa. La pisotearían.

—Pero...

—¡Déjala aquí!

Agarró la bolsa de la compra con una mano, a mí con la otra y me arrastró hasta la parada del autobús sin dejar de quejarse de mi ingratitud. Al subir al vehículo vimos a May acompañada de Ida, la mujer que llevaba la papelería proscrita con aquella otra y que jugaba a los bolos en el equipo local.

—Mira, aquí vienen Louie y la chiquitina —exclamó May encantada.

—De chiquitina, nada —repuso Ida—. Ya tiene catorce años. Tomad un pastelillo de almendras. —Nos tendió una bolsa arrugada.

—Gracias —dijo mi madre, y sacó un dulce.

—¿Vais al centro? —preguntó May.

Mi madre asintió con la cabeza.

—Ya os digo yo que, si queréis comprar fruta, no encontraréis nada barato, solo porquería traída de España.

—Vamos a por carne picada —dijo mi madre, que se dobló sobre el bolso. No le gustaba hablar de dinero.

—Ya os digo yo que es lo único que hay —repitió May—. Lo digo tal como lo pienso.

Se inclinó hacia delante de tal modo que con los senos me aprisionó el cabello contra el respaldo del asiento.

—May —grité.

—Tía May —me corrigió mi madre.

—¿Por qué no quedamos a las tres en Trickett para tomar una taza de leche malteada Horlick? —Satisfecha, May se echó hacia atrás y dejó de tirarme del cuero cabelludo—. Mira, Louie, la niña está mudando el pelo. —Dio un codazo a mi madre y cogió los mechones que se le habían adherido al abrigo.

—Cosa de la edad —intervino Ida—. No es nada.

El autobús entró en el boulevard. (Mi madre lo llamaba así por sus recuerdos de París.) May e Ida se dirigieron a la casquería y mi madre fue al

quiosco de periódicos, donde se enteró de que se habían olvidado de guardarle la revista *Band of Hope*. Fui lo bastante insensata para pedirle que me comprara un impermeable nuevo.

—El que tienes durará más que tu padre —me espetó.

Fuimos al mercado. Mi madre siempre conseguía carne picada barata porque el carnicero había sido novio suyo. Opinaba que era un demonio, lo cual no le impedía aceptar la carne. Mientras el hombre la envolvía, me enganché el impermeable en un garfio y le arranqué la manga.

—¡Mamá! —gemí mostrándole el roto.

—¡Santo cielo! —exclamó.

Sacó celo del bolso y comenzó a enrollarme la cinta adhesiva en el brazo. En ese momento vimos a la señora Clifton, que daba lecciones de canto y compraba en Marks and Spencer.

—¿Qué le pasa a Jeanette en el brazo? —preguntó.

—Nada, un problemilla con la manga —respondió mi madre, que se esforzaba por no sulfurarse.

—Pues parece que necesita un impermeable nuevo.

Mi madre se pasó la bolsa de la compra a la otra mano.

—Qué va —salté yo—. Este me encanta.

La mujer me miró con desagrado.

—En mi opinión...

—Esta misma tarde compraremos un impermeable —aseguró mi madre—.

Adiós.

Y dejamos plantada a la señora Clifton junto a la panceta.

—Eres una calamidad —masculló mi madre en cuanto pudo—. ¿Qué diría tu abuelo?

—Está muerto.

—Eso no viene al caso.

—Esa mujer es una estirada y no me cae bien.

—Calla, tiene una casa preciosa.

Sin darme la oportunidad de seguir protestando, me obligó a entrar en una tienda de restos de serie y ropa usada.

—No tienen impermeables —afirmé mirando aliviada a mi alrededor.

—Claro que sí —repuso ufana mi madre.

Revolvió tras una pila de cajas de cartón con la palabra EXCEDENTES escrita en un lateral, como ovejas marcadas con hierro.

—Pruébate este.

Me lo puse.

Era enorme.

—Mira, tiene gorro.

Arrojó un pedazo de plástico informe hacia el sitio donde supuso que yo tenía la mano.

—¿Cómo se pone? —Me sentía atrapada.

—Te lo pongas como te lo pongas, impedirá que te mojes.

Me acordé de una película titulada *El hombre de la máscara de hierro*.

—Es un poco grande —osé opinar.

—Ya crecerás.

—Pero, mamá...

—Nos lo quedamos.

—Pero, mamá...

Era de color rosa vivo.

Nos encaminamos en silencio hacia la pescadería.

La odié.

Miré las gambas.

También eran rosas de arriba abajo.

A mi lado había una mujer con un pastel de bizcocho rosa y amarillo.

El glaseado era rosa y estaba adornado con pequeñas rosas del mismo color.

Se me revolvió el estómago.

En ese momento un niño pequeño vomitó. Su madre le propinó un sopapo.

«Le está bien empleado», pensé con maldad.

Me planteé tirar el gorro en el vómito, pero sabía que mi madre me obligaría a llevarlo de todas formas.

Me sentía fatal. Cuando Keats se sentía fatal, se ponía una camisa limpia.

Pero él era un poeta.

No habría reparado en Melanie si no hubiese dado la vuelta al puesto de pescado para mirar el acuario.

Melanie quitaba las espinas a los arenques sobre una gran losa de mármol. Utilizaba un cuchillo delgado con manchas y arrojaba las tripas a un cubo de latón. Depositaba el pescado limpio sobre papel de cera y cada cuatro ejemplares ponía una ramita de perejil.

—Me gustaría hacer eso —comenté.

Ella sonrió y continuó con su tarea.

—¿A ti te gusta?

Como siguió muda, me deslicé hacia el otro lado del acuario tan discretamente como puede hacerlo una persona con un impermeable de plástico rosa. Apenas veía porque el gorro me tapaba los ojos.

—¿Puedo llevarme un poco de carnada? —le pregunté.

Melanie me miró y le vi los ojos, que eran de un precioso color gris, como el gato de los vecinos de al lado.

—En el trabajo no tengo amigos.

—Y yo no soy tu amiga —puntalicé con poca cortesía.

—No, pero pensarán que lo eres —respondió.

—Entonces será mejor que lo sea.

Me miró unos instantes y se volvió.

—Vamos, deprisa —me apremió mi madre, que apareció de pronto rodeando la bandeja de los caracoles de mar.

—¿Me compras otro pez para el acuario?

—Apenas nos alcanza el dinero para dar de comer a los que tenemos sin necesidad de sumar una boca más. Esa maldita perra ya nos sale bastante cara.

—Solo uno pequeñito, un pececillo de colores.

—He dicho que no. —Y echó a andar hacia Trickett.

Me pareció injusto. Si me hubiese enseñado a leer como aprendían los demás niños, yo no tendría esas obsesiones. Me daría por satisfecha con un conejo doméstico y un insecto palo, que es un bicho muy raro.

Miré hacia atrás.

Melanie había desaparecido.

Cuando entramos en Trickett, vimos que May e Ida ya habían llegado.

Ida rellenaba la quiniela y comía helado de vainilla con sirope de frambuesa.

—Mira, ahí están. —Dio un codazo a May al vernos entrar.

Mi madre se derrumbó en la silla.

—Estoy derrengada.

—Tómame una taza de Horlick. —May llamó a gritos a la camarera, que dejó el cigarrillo en un cenicero y cruzó el local con desgana. Llevaba las gafas colocadas en un ángulo extraño y pegadas con esparadrapo—. ¿Qué has hecho? Hace un momento estaban bien.

—Mona les puso encima el último pedido de hamburguesas —respondió de mal humor tras apoyarse en la pared—. Hoy en día las congelan hasta dejarlas como ladrillos. —Pasó un paño de cocina por la mesa—. Como

ladrillos. No es natural. —Limpió el cenicero—. No tengo nada contra los congelados, pero tampoco hay que pasarse.

—Desde luego —coincidió May—. Desde luego.

—Esta mañana ha venido la señora Clifton —prosiguió la camarera—. Menuda idiota; es de lo más vulgar y se cree qué sé yo qué.

(Mi madre se sonrojó.)

—Le he dicho: Doreen, lo que compras en tu ínclito Marks and Spencer te sale aquí por la mitad.

Ida murmuró unas palabras de asentimiento.

—¿Y sabéis qué me ha contestado?

May dijo que no lo sabía pero que se lo imaginaba.

—Me ha dicho, como una pija: «Señora Grimsditch, me gusta meter en el congelador productos que me consta que son buenos».

—¡Anda, vaya tía! —exclamó May—. ¿Te ha llamado señora Grimsditch? ¿Qué tiene de malo Betty?

—Eso digo yo, ¿qué tiene de malo Betty? —intervino Ida.

Y todas repitieron esas palabras en voz baja.

Mi madre empezaba a desesperarse.

—Señora Grimsditch... —intentó decir.

—¿Qué tiene de malo Betty? —La camarera se volvió con cara de pocos amigos.

Mi madre miró a Ida en busca de ayuda, pero esta estaba atareada rellenando el boleto de la quiniela.

—Liverpool contra los Rovers —le dijo a May—. ¿Tú qué crees?

—Venga —dijo Betty—. ¿Qué queréis? No dispongo de todo el día. Tengo un montón de vasos por fregar.

Mi madre estaba visiblemente nerviosa.

—La gente escupe y hace otras cosas en ellos. Se te revuelve el estómago.

—Me miró—. ¿Te gustaría trabajar los sábados?

A mi madre se le iluminó la cara.

—Claro que sí.

—Podría empezar ahora mismo, ¿no, Betty? —propuso Ida sin levantar la vista del boleto.

—Eso digo yo —respondió Betty—. Ahí están los vasos.

Puse manos a la obra mientras mi madre, Ida y May rellenaban la quiniela y bebían Horlick. El trabajo no me desagradaba y no había muchos escupitajos en los vasos; además, así tenía tiempo de pensar en el puesto de pescado y en Melanie.

Volví una semana tras otra, solo para mirar.

Y una semana Melanie ya no estaba.

Así pues, lo único que pude hacer fue mirar y remirar los caracoles de mar.

Los caracoles de mar son extraños y tranquilizadores.

Desconocen por completo la vida comunitaria y se reproducen de manera muy silenciosa.

Pero poseen un profundo sentido de la dignidad personal.

Incluso tendidos boca abajo en una bandeja con vinagre, rezuman nobleza.

No puede decirse lo mismo de todo el mundo.

«¿Por qué me siento así?», me pregunté. Me disponía a ir a comprar una patata asada para consolarme cuando vi a Melanie, que rodeaba el puesto de pescado. Fui derecha hacia ella. Se sorprendió un poco.

—Hola. Creía que ya no estabas.

—Ya no estoy. Ahora trabajo en la biblioteca los sábados por la mañana.

¿Qué podía decir yo? ¿Cómo podía retenerla?

—¿Te apetece una patata asada? —le pregunté a la desesperada.

Sonrió, respondió que sí y fuimos a comérnoslas al banco que hay a la

puerta de Woolworth's. Me había puesto muy nerviosa y las palomas se zamparon casi toda la mía. Melanie habló del tiempo y de su madre y dijo que no tenía padre.

—Yo tampoco —dije, para animarla—. Bueno, no mucho.

Le hablé de nuestra iglesia y le conté que mi madre y yo estábamos consagradas al Señor. Al principio sonó raro, pero me di cuenta de que se debía a que estaba nerviosa. Le pregunté si iba a la iglesia y contestó que sí, aunque la suya no era muy animada, de modo que la invité a acudir a la nuestra al día siguiente.

Al final me armé de valor para preguntarle:

—Melanie, ¿por qué te pusieron un nombre tan curioso?

Se sonrojó.

—Porque al nacer parecía un melón.

—No te preocupes —la tranquilicé—, ya no lo pareces.

La primera vez que Melanie acudió a nuestra iglesia no fue muy bien. Me había olvidado de que el pastor Finch nos visitaría durante su gira regional. Llegó en una vieja camioneta Bedford con un dibujo de los despavoridos condenados en un lateral y, en el otro, el de las huestes celestiales. En las puertas traseras y en el capó había escrito en letras verdes: ¿CIELO O INFIERNO? TÚ ELIGES. Orgulloso de su minibús, refirió los numerosos milagros producidos tanto en el interior como en el exterior. Tenía seis asientos, de modo que el coro viajaba con él y aún quedaba espacio para los instrumentos musicales y para un enorme botiquín de primeros auxilios por si el demonio decidía prender fuego a alguien.

—¿Y qué hace usted con las llamas? —le preguntamos.

—Utilizo un extintor —respondió.

Nos quedamos muy impresionados.

Había una cruz plegable que se fijaba a las puertas traseras y una pila

diminuta para que el pastor se lavara las manos después de cada operación.

—El agua es esencial —nos recordó—. Del mismo modo que Cristo ordenó a los cerdos que se arrojaran al mar, yo enjuago al demonio bajo ese grifo.

Una vez que admiramos el minibús durante el tiempo suficiente, el pastor Finch nos guió hasta la iglesia y pidió al coro que interpretara la última canción que había compuesto.

—Me la envió el Señor en el momento en que salía de la estación de servicio de Sandbach.

Se titulaba «No necesitas espirituosos cuando el Espíritu está en ti». La primera estrofa rezaba...

*Algunos hombres se dan al whisky y algunas mujeres a la ginebra,
pero no hay mayor éxtasis que empaparse del espíritu.
Algunos hombres prefieren la cerveza y otros el vino,
pero si quieres estar bien abre tu boca al Espíritu.*

El coro interpretó esa y las otras estrofas —seis en total—, y nos dieron una hoja para que cantáramos el estribillo, acompañados por el pastor Finch a los bongós.

El estribillo decía...

*No quiero whisky ni ginebra con martini seco ni ron con Coca-Cola.
No es el cóctel de coñac sino una mezcla espiritual lo que me enciende.*

Lo pasamos bomba. Danny sacó la guitarra y tocó los acordes. May interpretó con la pandereta los doce compases de la canción. Al poco

formamos una larga fila y, repitiendo el estribillo una y otra vez, dimos vueltas alrededor de la iglesia siguiendo el sentido de las agujas del reloj.

—El Señor trabaja con ímpetu —jadeó el pastor Finch golpeando los bongós con la palma de las manos—. ¡Alabado sea Dios!

—Roy, no te fatigues —le aconsejó preocupada la señora Finch, que se esforzaba por seguir el ritmo al piano—. Que alguien le quite los bongós.

Nadie le hizo caso y solo paramos cuando la señora Rothwell se cayó.

Entonces me di cuenta de que Melanie no se había sumado al grupo.

—Y ahora el sermón —pregonó el pastor Finch, y nos dispusimos a pasarlo lo mejor posible.

Nos habló de las actividades de su gira, de las almas que había salvado y de las almas buenas que, pese a estar subyugadas por el demonio, habían vuelto a encontrar la paz.

—No me gusta presumir, pero el Señor me ha concedido un don muy poderoso —nos recordó.

Asentimos con un murmullo. Nos quedamos consternados cuando mencionó la epidemia de demonios que incluso en ese momento se propagaba por el noroeste. Lancashire y Cheshire se contaban entre las más afectadas; el día anterior, sin ir más lejos, el pastor había purificado a toda una familia del barrio de Cheadle Hulme.

—Estaban infestados. —Recorrió con la mirada a los silenciosos feligreses—. Sí, infestados. ¿Queréis saber por qué? —Retrocedió un paso. Nadie hizo el menor ruido—. Por las pasiones contra natura.

Un estremecimiento sacudió a los reunidos. No todos sabíamos con exactitud a qué se refería, pero todos teníamos la certeza de que era aterrador. Miré a Melanie de reojo; me pareció que estaba a punto de vomitar.

«Debe de ser el Espíritu», pensé, y le apreté la mano. Dio un respingo y me miró. Sí, sin duda era el Espíritu.

Al final de aquel magnífico sermón, el pastor Finch hizo un llamamiento. Instó a los pecadores a alzar la mano y a pedir perdón en el acto. Inclínamos la cabeza para rezar y de vez en cuando miramos con el rabillo del ojo para ver si daba resultado. De pronto noté que una mano se posaba en la mía. Era Melanie.

—Voy a hacerlo —masculló, y levantó la otra mano.

—Sí, veo esa mano —dijo el pastor.

Un murmullo de júbilo recorrió la iglesia. Como no se ofreció nadie más, al final del oficio Melanie recibió muchísimas atenciones. No es que las quisiera.

—Me siento muy mal —me confió.

—No te preocupes —le dijo Alice al pasar por nuestro lado—. Es homeopático.

Pobre Melanie. No entendía nada, solo sabía que necesitaba a Jesús. Me pidió que fuera su consejera y accedí a ir a su casa todos los lunes, cuando su madre acudía al club donde trabajaba. Salimos juntas, yo en una nube y ella con una bolsa llena de opúsculos sobre los dones del Espíritu y con consejos para los nuevos conversos. Al llegar al ayuntamiento, el pastor Finch pasó a toda pastilla por nuestro lado, con la radio evangélica a todo volumen, las ventanillas abiertas de par en par y, en el techo de la furgoneta, una bandera que ondeaba triunfal.

—Es la bandera de la Salvación —le dije a Melanie—. La iza cada vez que alguien se salva.

—Tomemos el autobús —me pidió afligida.

En adelante fui a casa de Melanie todos los lunes. Leíamos juntas la Biblia y solíamos dedicar media hora a la oración. Yo estaba encantada. Melanie era mi amiga y, sin contar a Elsie, yo no estaba acostumbrada a ese tipo de relación. Por algún motivo, esto era diferente. En casa hablaba de Melanie a

todas horas y mi madre nunca decía nada. Un día me arrinconó en la cocina y me dijo que teníamos que hablar en serio.

—Me parece que te gusta un chico de la iglesia.

—¿Qué? —pregunté perpleja.

Se refería a Graham, un nuevo converso, que se había mudado de Stockport a nuestra ciudad. Yo le enseñaba a tocar la guitarra e intentaba que comprendiera la importancia del estudio asiduo de la Biblia.

—Ya es hora de que te hable de Pierre y de lo cerca que estuve de acabar mal —añadió con gran solemnidad. Sirvió una taza de té para cada una y abrió un paquete de galletas Royal Scot. Yo estaba embelesada—. No es algo de lo que me sienta orgullosa y solo te lo contaré una vez.

Mi madre había sido muy testaruda y había conseguido un trabajo de profesora en París, algo que en sus tiempos era muy audaz. Vivía cerca de la rue St. Germain, comía cruasanes y llevaba una vida impoluta. Por aquel entonces no estaba con el Señor, pero se había puesto el listón muy alto. Un día de sol, desprevenida, empezó a caminar hacia el río y conoció a Pierre. Mejor dicho, Pierre saltó de la bicicleta, le ofreció sus cebollas y dijo que era la mujer más bella que había visto.

—Como es natural, me sentí halagada.

Intercambiaron las señas y empezaron a cortejarse. Mi madre experimentó una sensación hasta entonces desconocida: efervescencia, zumbidos y un poco de mareo. No solo con Pierre, sino en cualquier parte y a cualquier hora.

—Supuse que era el amor.

Le extrañó porque Pierre no tenía muchas luces y apenas hablaba, salvo para decirle que era muy guapa. ¿Acaso era apuesto? Pues no; mi madre hojeó revistas y se dio cuenta de que no lo era. Aun así, la sensación no desapareció. Una velada tranquila, tras una tranquila cena, Pierre la abrazó y le suplicó que pasara la noche con él. Empezó la efervescencia y, mientras él

la estrechaba, mi madre tuvo la certeza de que jamás amaría a otro; y, sí, se quedaría, y después se casarían.

—Que Dios me perdone, pero lo hice.

Embargada por la emoción, se interrumpió. Le rogué que terminara de contármelo y le ofrecí el paquete de Royal Scot.

—Aún falta lo peor.

Conjeturé qué sería lo peor mientras mi madre masticaba la galleta. Tal vez yo no fuera una criatura del Señor, sino hija de un francés.

Dos días después, presa de la ansiedad y la culpa, mi madre fue al médico. Se tendió en la camilla y el doctor le palpó el estómago y el pecho y le preguntó si alguna vez tenía mareos o una sensación de efervescencia en el vientre. Mi madre le contó tímidamente que estaba enamorada y que solía sentirse rara, pero que ese no era el motivo de su visita.

—Es posible que esté enamorada —opinó el médico—, pero también tiene una úlcera de estómago.

Imaginaos el espanto de mi madre. Se había entregado a causa de una simple enfermedad. Se tomó las pastillas recetadas, siguió la dieta y desoyó las súplicas de Pierre para que le permitiera visitarla. Huelga decir que cuando volvieron a verse, por casualidad, no sintió nada, nada de nada, y poco después se marchó de Francia para evitarlo.

—Entonces, ¿soy...? —empecé a preguntar.

—Eso no viene al caso —se apresuró a decir mi madre.

Guardamos silencio unos minutos.

—Conque ten mucho cuidado: lo que parece el corazón puede ser otro órgano.

«Puede serlo, madre, ya lo creo», pensé. Se levantó y me dijo que buscara algo que hacer. Decidí ir a ver a Melanie y, apenas puse la mano en el picaporte, me llamó para lanzarme una última advertencia.

—No permitas que nadie te toque Ahí Abajo. —Señaló a la altura del bolsillo del delantal.

—No, mamá —respondí humildemente, y hui.

Anocheecía cuando llegué a casa de Melanie. Atajaba por el cementerio y a veces robaba un ramo de flores de las tumbas recientes. Melanie se ponía contenta, pero debo reconocer que nunca le dije de dónde las sacaba. Me preguntó si quería quedarme a dormir porque su madre no estaba y a ella no le gustaba quedarse sola. Respondí que llamaría por teléfono a una vecina y, tras muchas dificultades, logré el beneplácito de mi madre, a quien tuvieron que ir a buscar al huerto, donde estaba recogiendo lechugas. Como de costumbre, leímos la Biblia y después comentamos lo mucho que nos alegrábamos de que el Señor nos hubiera unido. Melanie me acarició la cabeza durante mucho rato, nos abrazamos y sentí que me ahogaba. Luego me asusté pero no pude parar. Algo se movía en mi barriga. Tenía un pulpo en las entrañas.

Cayó la noche y amaneció; otro día.

En adelante lo hicimos todo juntas y me quedé en su casa siempre que pude. Mi madre pareció alegrarse de que viera menos a Graham y durante una temporada no mencionó la cantidad de tiempo que pasaba con Melanie.

—¿Crees que esto es una Pasión Contra Natura? —le pregunté en una ocasión.

—No lo parece. Según el pastor Finch, eso es malísimo.

«Melanie debe de tener razón», pensé.

Nos ofrecimos voluntarias para organizar el banquete de la Fiesta de la Cosecha y trabajamos de firme en la iglesia durante todo el día. Cuando todos llegaron y empezaron a pasar el pastel de patatas, nos asomamos al balcón y los miramos. Nuestra familia. Estábamos a salvo.

La mesa está preparada para el festín y los comensales discuten sobre la mejor receta de oca. De vez en cuando un temblor sacude la araña de luces y en el sorbete caen diminutos pedacitos de yeso. Los comensales miran hacia arriba con más interés que preocupación. Hace frío, mucho frío. Las mujeres son las que más sufren. Llevan desnudos los hombros, blancos como huevos duros. Afuera, bajo la nieve, el río está embalsamado. Son los elegidos y en el vestíbulo el ejército duerme sobre jergones de paja.

Afuera se agolpan las teas.

Las risas se cuelan en el vestíbulo. Los elegidos siempre han sido así.

Envejecer, morir y empezar otra vez. Ni te enteras.

Padre e Hijo. Padre e Hijo.

Siempre ha sido así, nada se inmiscuye.

Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Afuera los rebeldes asaltan el Palacio de Invierno.

Deuteronomio

El último libro de la ley

El tiempo es un gran atemperador. La gente olvida, se harta, envejece, se marcha. En Inglaterra hubo una época en que todos estaban muy ocupados construyendo embarcaciones de madera y yendo a combatir a los turcos. Cuando esa actividad perdió interés, los campesinos que quedaban regresaron cojeando y los nobles que quedaban conspiraron entre sí.

Por descontado que esta no es toda la historia, pero es lo que pasa con las historias: las convertimos en lo que queremos. Es una manera de explicar el universo mientras el universo queda sin explicar; es una manera de mantenerlo vivo y de no enclaustrarlo en el tiempo. Todo aquel que narra una historia la cuenta de una forma distinta, solo para recordarnos que todos la vemos de un modo diferente. Algunos dicen que podemos encontrar cosas verídicas, otros dicen que es posible demostrar todo tipo de cosas. No les creo. Lo único cierto es que todo es muy complicado, como una cuerda llena de nudos. Aunque todo está presente, resulta difícil dar con el principio e imposible desentrañar el final. Lo mejor que puedes hacer es admirar el embrollo y, si acaso, hacerle más nudos. La historia debería ser una hamaca en la que mecerse y un juego para jugar, tal como juegan los gatos. Clavarle las uñas, morderla, reorganizarla, y que a la hora de irse a la cama siguiera siendo un ovillo lleno de nudos. A nadie debería molestarle. Algunos ganan mucho dinero con eso. A los editores les va bien y los niños, si son listos, pueden llegar a descollar. Esta reducción de las anécdotas que llamamos historia es un pasatiempo universal para los días de lluvia.

La gente gusta de distinguir entre la narración no basada en hechos y la historia fáctica. Procede así para saber en qué creer y en qué no creer. Es muy curioso. ¿Por qué nadie cree que la ballena se comió a Jonás, cuando cada día

Jonás come ballenas? Veo a la gente tragándose las trolas más inverosímiles, ¿y por qué? Porque es historia. Saber en qué creer tiene sus ventajas. Dio lugar a la construcción de un imperio y mantuvo a la gente donde le correspondía: en el brillante reino del monedero...

A menudo la historia es un modo de negar el pasado. Negar el pasado es abstenerse de reconocer su integridad. Encajarlo, forzarlo, obligarlo a funcionar, chuparle el espíritu hasta que adquiere el aspecto que creemos que debería tener. A nuestra modesta manera, todos somos historiadores. Y, de una forma espantosa, Pol Pot fue más honrado que los demás. Decidió prescindir por completo del pasado. Prescindir de la impostura de considerar el pasado con respeto y objetividad. En Camboya había que arrasar ciudades, desechar mapas, acabar con todo. Ni documentos ni nada. Un mundo feliz. El viejo mundo se horrorizó. Aunque señalamos con el dedo, las pulgas grandes tienen en la espalda pulgas pequeñas que les pican.

La gente nunca ha tenido el menor inconveniente en prescindir del pasado cuando se vuelve demasiado difícil. La carne arde, las fotos se queman y el recuerdo..., ¿qué es el recuerdo? Los devaneos imperfectos de los imbéciles que no entienden la necesidad de olvidar. Y si no podemos prescindir de él, lo alteramos. Los difuntos no claman. Existe cierto atractivo en lo que está muerto. Conserva todas las cualidades admirables de la vida y ni un ápice del desorden agotador asociado a las cosas vivas. La caca, las quejas y la necesidad de afecto. Puedes subastarlo, guardarlo en un museo, coleccionarlo. Es mucho más seguro ser coleccionista de curiosidades, porque si eres curioso has de esperar y esperar a ver qué ocurre. Has de aguardar en la playa hasta que hace frío e invertir en una barca con fondo de cristal, que es más cara que una caña de pescar y te sitúa en la senda de los elementos. Los curiosos siempre corren peligro. Si eres curioso, cabe la

posibilidad de que nunca vuelvas a casa, como los hombres que ahora viven con las sirenas en el fondo del mar.

O como quienes encontraron la Atlántida.

Cuando los Padres Peregrinos se hicieron a la mar, muchos opinaron que estaban locos. Ahora la historia ha concluido lo contrario. Los curiosos que son exploradores deben traer algo más que recuerdos o un relato; deben traer patatas, tabaco o, mejor aún, oro.

Pero la felicidad no es una patata.

Y El Dorado es algo más que oro español, razón por la cual no podía existir. Quienes regresaron estaban desquiciados por una visión que carecía de sentido. Por eso, sensato como es, el coleccionista de curiosidades se rodea de cosas muertas y piensa en el pasado cuando estaba vivo, se movía y tenía ser. El coleccionista de curiosidades vive en una estación de ferrocarril abandonada con un vídeo de varios trenes. Es el muerto viviente original.

De modo que el pasado, por ser pasado, solo es maleable si antes fue flexible. Antes podía cambiar de idea y ahora solo puede someterse al cambio. La lente puede teñirse, inclinarse o astillarse. Lo importante es que se vea que prevalece el orden... y, si somos caballeros del siglo XVIII y corremos las cortinas mientras nuestro carruaje traquetea por los Alpes, debemos saber qué hacemos al imaginar un orden inexistente para crear una seguridad que no puede existir.

En los relatos existen el orden y el equilibrio.

San Jorge es la historia.

Cuando miro un libro de historia y pienso en el esfuerzo de imaginación necesario para embutir ese mundo rezumante entre dos cartones e imprimirlo, me sorprende. Tal vez ese acontecimiento contiene una verdad incontrovertible. Dios lo vio. Dios lo sabe. Pero yo no soy Dios. Y cuando alguien me cuenta lo que ha visto o ha oído, le creo, y creo al amigo suyo que

también lo vio, pero no de la misma manera, y si junto esos relatos no tendré una maravilla sin fisuras, sino un bocadillo adornado con mi propia mostaza.

La cocina de la civilización retumba en las entrañas. Terminada la Segunda Guerra Mundial, el estreñimiento se convirtió en un grave problema. La dieta era deficiente en fibra, se tomaban demasiados alimentos refinados. Si siempre comes fuera, no sabes lo que ingieres y la información recibida no es patrimonio de nadie.

Podrido y pudriéndose.

Un consejo: si queréis conservar la dentadura, preparad vosotros mismos los bocadillos.





Josué

—Ya está —exclamó mi madre soltando la aspiradora—. Ni una mota de polvo: ha quedado tan limpio que podríamos celebrar un velatorio.

La señora White, que estaba en el vestíbulo, entró agitando un paño de cocina.

—He limpiado los zócalos, pero mi espalda está pidiendo un descanso.

—Ya —respondió mi madre meneando la cabeza—. El Señor nos envía estos padecimientos para ponernos a prueba.

—Al menos sabemos que son sagrados —repuso la señora White.

El salón estaba como una patena. Asomé la cabeza por el vano de la puerta y observé que las sillas lucían las mejores fundas que teníamos, las de la boda de mi madre, regalo de sus amigas de Francia. Los broncecillos brillaban y el cascanueces en forma de cocodrilo, obsequio del pastor Spratt, ocupaba el lugar de honor en la repisa de la chimenea.

«¿Por qué tanto alboroto?», me pregunté. Consulté el calendario y no vi apuntada ninguna reunión en casa, y tampoco esperábamos la visita de un predicador el domingo. Fui a la cocina, donde la señora White preparaba un pastel chato y redondo relleno de uvas pasas y untado con mantequilla.

No reparó en mí.

—Hola —la saludé—. ¿Qué pasa?

La señora White se volvió y profirió un gritito.

—Deberías estar en clase de violín.

—Se ha suspendido. ¿Hay alguien más en casa?

—Tu madre ha salido. —Se la notaba un poco nerviosa, pero eso no era nada excepcional.

—Sacaré a pasear a la perra.

—Yo voy al lavabo —dijo la señora White, y salió por la puerta trasera.

—No hay papel... —comencé a decir, pero ya era tarde.

Echamos a andar por la colina, subimos y subimos hasta que la ciudad se convirtió en una masa plana. La perra se alejó corriendo por una zanja y yo intenté distinguir varios sitios conocidos, como la consulta del dentista y Rechabite Hall. Pensé que esa noche podría ir a ver a Melanie. Le había contado a mi madre cuanto pude, pero no todo. Sospechaba que no me entendería. Además, ni siquiera yo estaba segura de lo que ocurría; era la segunda vez en la vida que me invadía la incertidumbre.

Para mí la incertidumbre era como el cerdo hormiguero para otros: algo raro de lo que no tenía la menor noción pero que reconocía gracias a ilustraciones de segunda mano. La sensación que tenía en la cabeza y el estómago era idéntica a la que había experimentado en aquella Horrible Ocasión, cuando, plantada en la sacristía junto a la tetera grande, había oído decir a la señorita Jewsbury: «Desde luego, debe de sentir una gran incertidumbre». Me disgusté. Incertidumbre era lo que sentían los Infieles y yo era una elegida de Dios.

Aquella Horrible Ocasión fue la vez en que mi madre biológica acudió a reclamarme. Yo intuía algo raro en torno a las circunstancias de mi nacimiento y un día encontré los papeles de adopción en un cajón, escondidos bajo una pila de pantalones de franela. «Meras formalidades —dijo mi madre, que con un gesto de la mano me indicó que dejara de importunarla—. Siempre has sido mía, te recibí del Señor.» No volví a pensar en el tema hasta que un sábado llamaron a la puerta. Mi madre llegó antes que yo porque estaba rezando en el salón. La seguí hasta el vestíbulo.

—Mamá, ¿quién es?

No me respondió.

—¿Quién es?

—Quédate dentro hasta que te avise.

Me alejé lentamente, pensando que eran los testigos de Jehová o el delegado del Partido Laborista. Poco después oí voces, voces coléricas. Al parecer mi madre había invitado a entrar a alguien, lo que era extraño. No le gustaba recibir a Infieles en casa. «Dejan mal ambiente», decía.

Recordé lo que le había visto hacer a la señora White el día de la fornicación. Estiré el brazo hacia el fondo de la Despensa de Guerra, por encima del bote de huevo en polvo, encontré un vaso de vino y lo apoyé en la pared. Dio resultado. Oí hasta la última palabra. Cinco minutos más tarde guardé el vaso, cogí en brazos a la perra y lloré, lloré y lloré.

Al final entró mi madre.

—Se ha ido.

—Sé quién era. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no tiene nada que ver contigo.

—Es mi madre.

No había terminado de decirlo cuando recibí un bofetón que me envolvió la cabeza como una venda. Caí sobre el linóleo y la miré.

—Tu madre soy yo —dijo con suma serenidad—. Ella fue la caja transportadora.

—Quería verla.

—Pues se ha ido y no volverá nunca más.

Dio media vuelta y se encerró en la cocina. Como no podía pensar ni respirar, empecé a correr. Corrí por la calle larga y estrecha, con la ciudad abajo y la colina arriba. Era Pascua y la cruz de la cima destacaba, grande y negra. «¿Por qué no me lo dijiste?», grité a la madera pintada, y la golpeé con las manos hasta que no pude más. Contemplé la ciudad y vi que nada había cambiado. Figuras minúsculas iban de aquí para allá y las chimeneas de las fábricas lanzaban sus acostumbradas y serenas señales de humo. Habían

empezado a montar la feria en el terreno de Ellison. ¿Cómo se atrevían? Habría preferido asistir a un nuevo período glaciario antes que ver esas cosas conocidas.

Cuando aquel día regresé a casa, mi madre veía la tele. Jamás habló de lo ocurrido y yo tampoco lo mencioné.

Puesto que conocer a Melanie era algo mucho más dichoso, ¿por qué me sentía tan inquieta? ¿Por qué no informaba siempre a mi madre de dónde pasaba la noche? Era corriente que los feligreses de nuestra iglesia pasaran horas, días y noches en casa de otros. Hasta que Elsie enfermó, me quedé muchas veces con ella, y supongo que sabía dónde me encontraba las noches en que no me presentaba. A veces Melanie y yo nos quedábamos en casa de Elsie, largas noches insomnes hasta que la luz entraba por la ventana y Elsie nos servía café.

—¿Cómo habláis! —nos regañaba mientras bostezábamos y desayunábamos con movimientos torpes—. Bueno, yo era igual que vosotras.

Ahora que Elsie estaba en el hospital debíamos tener más cuidado. En una ocasión Melanie se quedó a dormir en casa, por lo que mi madre montó en mi habitación el catre de tijera.

—No hace falta —le dije.

—Claro que sí.

Bien entrada la noche, alrededor de las dos, cuando el World Service cerró su transmisión, la oímos subir despacio por la escalera. Yo había aprendido a moverme deprisa. Se detuvo unos instantes junto a mi puerta y de improviso la abrió de par en par. Tan solo tuve tiempo de ver la trencilla del bajo de su bata. Nadie se movió y se fue. Tuvo toda la noche encendida la luz de su dormitorio. Poco después decidí contarle lo que sentía. Le expliqué lo mucho que deseaba estar con Melanie, que me gustaba conversar con ella, que

necesitaba ese tipo de amiga. Y... Y... Nunca logré hablarle de eso y... Mi madre permaneció callada y asintió de vez en cuando, por lo que supuse que algo había entendido. Cuando terminé de hablar le di un beso, lo que supongo que la sorprendió, ya que no solíamos tocarnos, salvo en arranques de ira. «Ve a acostarte», me dijo, y cogió su Biblia.

Desde aquella vez apenas habíamos hablado. Ella estaba ocupada con sus asuntos y yo tenía mis propias preocupaciones. Ese día, por primera vez, mi madre volvía a ser la de siempre, una mujer activa y deseosa de compañía, ya que la señora White estaba en casa. Yo quería averiguar qué la había animado, de modo que eché a andar colina abajo, seguida de nuestra perra, que corría trazando círculos.

—¡Hola! —exclamé mientras me limpiaba los pies en el felpudo.

La casa estaba muy silenciosa. En la mesita del salón reposaban la Biblia y la Caja de las Promesas de mi madre, que había sacado una. Leí el papelito enrollado: «El Señor es tu fuerza y tu escudo». Ya no estaba el abrigo de la señora White, que había dejado el paño de cocina en el respaldo de la silla. Lo llevé a su sitio. En la despensa encontré una nota: «Me quedo en casa de la señora White. Ve a la iglesia por la mañana».

Mi madre jamás dormía en casa ajena, salvo cuando estaba en Wigan. A mí me iba de perillas: podría pasar la noche con Melanie. Puse de comer a la perra, me lavé y salí. Como siempre que no tenía dinero para el autobús, caminé un par de millas a través del cementerio y rodeé la parte posterior de la central eléctrica.

Melanie estaba arreglando el jardín.

—¿Qué planes tiene tu madre para esta noche? —le pregunté.

—Irá al club y se quedará a dormir en casa de la tía Irene.

—¿Y tú qué quieres hacer? —Arranqué un puñado de malas hierbas.

Me sonrió con esos hermosos ojos de color gris gato y tironeó de los guantes de goma.

—Pondré el hervidor al fuego para llenar la bolsa de agua.

Esa noche hablamos mucho de nuestros planes. Melanie deseaba ser misionera, aunque ese era mi destino.

—¿Por qué no te gusta la perspectiva? —me preguntó.

—Porque no me gustan los lugares cálidos. El año pasado pillé una insolación en Paignton.

Guardamos silencio y recorrí el contorno de sus maravillosos huesos y el triángulo que formaban los músculos de su estómago. ¿Qué tiene la intimidad que resulta tan perturbadora?

A la mañana siguiente, durante el desayuno, me comunicó su intención de ir a la universidad a estudiar teología. No me pareció buena idea debido a las herejías modernas. Ella consideraba que debía comprender de qué manera veían el mundo otras personas.

—Pero si sabes que están equivocadas —repliqué.

—Sí, pero puede resultar interesante. Vamos, date prisa, llegaremos tarde a la iglesia. ¿Te toca predicar?

—No —respondí—. Me tocaba, pero hubo un cambio.

Nos afanamos en la cocina y me subí a la escalera para darle un beso.

—Te quiero casi tanto como al Señor. —Reí.

Melanie me miró y se le empañaron los ojos un instante.

—No sé... —murmuró.

Cuando llegamos a la iglesia cantaban el primer himno. Mi madre me miró furibunda e intenté poner cara de circunstancias. Nos sentamos junto a la señorita Jewsbury, que me aconsejó que mantuviera la calma.

—¿Qué quiere decir? —susurré.

—Ven a hablar conmigo más tarde, cuando nadie nos vea —musitó.

Concluí que no estaba en sus cabales. Como de costumbre, la iglesia estaba llena y la gente sonreía o me saludaba con la cabeza cada vez que mi mirada se cruzaba con la de ellos. Eso me complacía. Me encontraba donde más me gustaba estar. Una vez acabado el himno, me arrimé un poquito más a Melanie e intenté concentrarme en el Señor. «De todos modos —pensé—, Melanie es un don del Señor y sería ingrata si la rechazara.» Estaba absorta en esas meditaciones cuando me di cuenta de que ocurría algo inquietante. Reinaba un silencio absoluto y el pastor estaba en la tarima inferior, con mi madre al lado. Ella lloraba. Sentí un dolor abrasador en los nudillos: la sortija de Melanie. La señorita Jewsbury me apremió para que me incorporara y dijo «Mantén la calma, mantén la calma», y caminé hacia la tarima con Melanie. La miré de reojo. Vi que estaba pálida.

—Estas criaturas de Dios han caído bajo el maleficio de Satán —dijo el pastor.

Tenía la mano, ardiente y pesada, en mi nuca. Todos los fieles parecían figuras de cera.

—Estas criaturas de Dios son víctimas de la concupiscencia.

—Un momento... —dije, pero no se dio por enterado.

—Estas criaturas están dominadas por los demonios.

Un grito de terror resonó en la iglesia.

—Yo no lo estoy, y ella tampoco lo está —exclamé.

—Oíd la voz de Satán —dijo el pastor a los feligreses señalándome con el dedo—. Observad cómo los mejores se convierten en los peores.

—¿Qué dice? —le pregunté desesperada.

—¿Acaso niegas que amas a esta mujer con el amor reservado a los esposos?

—No, sí, es decir, claro que la amo.

—Te leeré las palabras de san Pablo —anunció el pastor, y me las leyó, junto con otras muchas acerca de las pasiones contra natura y la marca del demonio.

—Todas las cosas son puras para los puros —le espeté a voces—. Es usted, no nosotras.

El pastor se dirigió a Melanie.

—¿Prometes renunciar a este pecado y rogar al Señor que te perdone?

—Sí.

Melanie temblaba de manera incontrolable. Apenas oí lo que dijo.

—Ve a la sacristía con la señora White. Los presbíteros rezarán por ti. Nunca es tarde para los que se arrepienten de corazón.

El pastor se volvió hacia mí.

—La amo.

—Entonces no amas al Señor.

—Sí, los amo a los dos.

—No es posible.

—Sí lo es, sí lo es. Déjeme en paz.

Me agarró del brazo con firmeza.

—La iglesia no quiere que sufras. Vete a casa y espera a que vayamos a ayudarte.

Salí corriendo a la calle con una gran desazón. La señorita Jewsbury me aguardaba.

—Vamos —dijo con brío—. Tomaremos una taza de café mientras decidimos qué tienes que hacer.

La acompañé sin dejar de pensar en Melanie y su encanto.

Apenas llegamos a su casa, la señorita Jewsbury puso con brusquedad un cazo de agua en el fogón y me mandó sentarme junto a la chimenea. Me castañeteaban los dientes y no podía articular palabra.

—Hace años que te conozco y siempre has sido testaruda. ¿Por qué no has tenido un poquito más de cuidado?

Me limité a mirar las llamas.

—Nadie lo habría descubierto si no hubieses intentado explicárselo a esa madre que tienes.

—Es una buena persona —murmuré mecánicamente.

—Está loca —replicó la señorita Jewsbury con absoluta convicción.

—No le conté todo.

—Es una mujer de mundo, aunque jamás lo reconocería ante mí. Entiende de sentimientos, sobre todo de sentimientos femeninos.

No era un tema en el que yo quisiera entrar.

—¿Quién le contó a usted lo que ocurría? —pregunté de sopetón.

—Elsie.

—¿Elsie? —Era demasiado.

—Quería protegerte y la última vez que enfermó me contó lo que pasaba.

—¿Por qué?

—Porque también es un problema mío.

En aquel momento pensé que el demonio vendría para llevarme. Me mareé.

¿De qué hablaba la señorita Jewsbury? Melanie y yo éramos especiales.

—Bebe esto. —Me entregó una copa—. Es coñac.

—Necesito echarme un rato —dije con un hilo de voz.

Ignoro cuánto tiempo dormí. Las cortinas estaban corridas y notaba una pesadez en los hombros. Al principio no recordaba por qué me dolía la cabeza; luego, una vez que remitió el pánico que me atenazaba el estómago, reviví los acontecimientos de la mañana.

Entró la señorita Jewsbury.

—¿Te encuentras mejor?

—Más o menos —musité.

—Puede que esto te ayude.

Me masajé la cabeza y los hombros. Me di la vuelta para que me frotara la espalda. Bajó la mano cada vez más. Se inclinó sobre mí; noté su aliento en la nuca. De repente me volví y la besé. Hicimos el amor y lo odié y lo odié, pero nada podía detenerme.

Por la mañana entré en casa con sigilo. Pensaba salir de inmediato hacia la escuela con la esperanza de que nadie se enterara. Suponía que mi madre estaba en la cama. Me equivoqué. Percibí un intenso olor a café y voces procedentes del salón. Cuando pasé de puntillas por delante, vi que celebraban un encuentro de oración. Preparé mis cosas y estaba a punto de marcharme. Me atraparon en la puerta.

—Jeanette —exclamó un presbítero, que me arrastró al salón—. El Señor ha respondido a nuestras plegarias.

—¿Dónde has pasado la noche? —me preguntó malhumorada mi madre.

—No me acuerdo.

—Seguro que en casa de la señorita Jewsbury.

—Ah, no es nada pía —intervino la señora White.

—Pues no, no he estado en su casa —les informé.

—¿Y eso qué importa? —dijo el pastor—. Ahora Jeanette está aquí y aún no es demasiado tarde.

—Tengo que ir a la escuela.

—No, no. —El pastor sonrió—. Siéntate.

Con aire ausente, mi madre me ofreció un plato con galletas. Eran las ocho y media de la mañana.

Hasta las diez de la noche los presbíteros no regresaron a sus casas. Durante todo el día oraron por mí, me impusieron las manos, me acuciaron

para que me arrepintiera de mis pecados ante el Señor. «Renuncia a ella, renuncia a ella —repetía el pastor—. Es obra del demonio.»

Mi madre preparó tazas de té y se olvidó de lavar las sucias. El salón estaba lleno de tazas. La señora White se sentó encima de una y se hizo un corte; alguien derramó el té de la suya pero no se inmutó. Seguía resultándome imposible pensar, solo veía el rostro y el cuerpo de Melanie y, de vez en cuando, el perfil de la señorita Jewsbury inclinada sobre mí.

A las diez de la noche el pastor lanzó un gran suspiro y me ofreció la última oportunidad.

—No puedo —dije—. Lisa y llanamente, no puedo.

—Volveremos pasado mañana —comunicó a mi madre—. Entretanto, no le permita salir de esta habitación ni le dé de comer. Necesita perder las fuerzas para volver a ser ella misma.

Mi madre asintió, asintió, asintió y me encerró. Me dio una manta y se llevó la bombilla. Durante las treinta y seis horas siguientes pensé en el demonio y en otras cuestiones.

Sabía que los demonios penetraban por los puntos débiles. Si tenía un demonio, mi punto débil era Melanie, pero Melanie era hermosa y buena y me había amado.

¿Es posible que el amor sea del demonio?

¿Qué tipo de demonio? ¿El demonio marrón que te martillea los oídos? ¿El demonio rojo que baila al son de la chirimía? ¿El demonio acuático que provoca náuseas? ¿El demonio naranja que seduce? Todo el mundo tiene su demonio, de la misma manera que los gatos tienen pulgas.

«Buscan en el sitio equivocado —pensé—. Si quieren atrapar a mi demonio, tendrán que atacarme a mí.»

Me acordé de William Blake.

«Si dejo que se lleven mis demonios, tendré que renunciar a lo que he

encontrado.»

—No puedes hacerlo —dijo una voz junto a mi codo.

El demonio naranja estaba recostado sobre la mesita del café.

«Me he vuelto loca», pensé.

—Es muy probable —convino el demonio sin alterarse—. Aprovéchalo al máximo.

Me dejé caer en el sofá.

—¿Qué quieres?

—Quiero ayudarte a decidir qué quieres. —Saltó a la repisa de la chimenea y se repantigó sobre el cocodrilo de bronce del pastor Spratt—. Como bien has señalado, todo el mundo tiene su demonio, pero no todo el mundo lo sabe ni sabe cómo aprovecharlo.

—Los demonios son malos, ¿verdad? —pregunté preocupada.

—No tanto. Son diferentes, nada más, y complicados. ¿Sabes qué es el aura?

Asentí.

—Pues bien, el demonio que te corresponde depende del color de tu aura. La tuya es naranja y por eso me tienes a mí. El de tu madre es marrón, motivo por el cual es tan estrambótica, y no puede decirse que el de la señora White sea un demonio. Hemos venido para que sigas intacta y de una pieza. Es probable que, si no nos haces caso, acabes partida en dos, o en montones de piezas; todo forma parte de la paradoja.

—En la Biblia siempre os expulsan.

—No creas todo lo que lees.

Como volví a sentirme mal, me quité los calcetines y, para consolarme, me llevé a la boca el dedo gordo de los pies. Sabían a galletas digestivas. Después fui a la ventana y reventé varios capullos de geranio para oír el

chasquido. Cuando me senté, el demonio brillaba mucho y lustraba el cocodrilo con su pañuelo.

—¿Cuál es tu sexo?

—Da igual, ¿no? Al fin y al cabo, ese es tu problema.

—Si me quedo contigo, ¿qué pasará?

—Tendrás una época complicada y diferente.

—¿Vale la pena?

—Te corresponde a ti decirlo.

—¿Continuaré con Melanie?

El demonio se había esfumado.

Cuando el pastor y los presbíteros regresaron, me encontraba serena, alegre y dispuesta a aceptarlo todo.

—Me arrepiento —dije apenas entraron en el salón.

El pastor se mostró sorprendido.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Quería liquidar el asunto lo antes posible; además, llevaba dos días sin probar bocado. Los presbíteros se arrodillaron para orar e hice lo propio. Uno comenzó a hablar en lenguas desconocidas y en ese momento noté un cosquilleo en la nuca.

—Lárgate —murmuré—. Te verán. —Abrí un ojo para cerciorarme.

—¿Ellos? Qué va —respondió mi demonio—. Hablan mucho y no ven nada.

—No pienso desprenderme de ti; creo que es lo mejor.

—Qué bien —trinó el demonio—. Solo estaba de paso.

Como los presbíteros interpretaban «Qué buen amigo tenemos en Jesús», me pareció que lo más sensato era cantar con ellos. Todo concluyó muy pronto y mi madre había preparado carne al horno.

—Espero que el domingo des testimonio —dijo el pastor mientras me abrazaba.

—Sí —respondí espachurrada—. ¿Qué hará Melanie?

—Se ha ido de viaje y pasará una temporada fuera —intervino la señora White—. Para recuperarse. Ya verás que en unas semanas se encontrará mucho mejor.

—¿Adónde ha ido? —pregunté con tono imperioso.

—No te preocupes —me tranquilizó el pastor—. Está a salvo con el Señor. En cuanto se fueron, me dirigí a casa de la señorita Jewsbury.

—¿Sabes dónde está?

Abrió la puerta de par en par.

—Te lo diré dentro de un ratito.

Melanie estaba en Halifax, en casa de unos parientes. Le dije a mi madre que debía pasar la noche en la iglesia. Pareció comprenderlo y convencí a la señorita Jewsbury de que me llevara en coche las veinticinco millas que me separaban del sitio donde deseaba estar.

—¿Me recogerás a las siete en punto?

La señorita Jewsbury asintió y se mordió el labio.

—Sabes que tengo que verla, comprobar que estoy a salvo.

En cuanto oscureció, llamé al timbre.

—¿Está Melanie? —pregunté a la mujer que abrió la puerta—. Soy una compañera de escuela.

—Sí, pasa.

—No, gracias. Solo quiero darle un mensaje, si sale un momento.

Melanie se asomó. Al verme intentó cerrar la puerta.

—Tengo que hablar contigo —le supliqué—. Sube a tu habitación dentro de media hora; yo subiré ahora mismo y te esperaré.

Melanie asintió y me dejó colar en la casa. La oí despedirse a voz en cuello y cerrar la puerta. Por lo visto, a nadie le sorprendió.

Como me ocurría en todos los momentos de crisis, me quedé dormida.

Tenía delante un enorme circo de piedra, desmoronado en algunas partes, pero aún redondo. En el otro extremo descargaban sobre la hierba camiones abarrotados de hombres y mujeres; la mayoría de ellos estaban mutilados y todos llevaban un número colgado del cuello. Oí decir a un guardián: «Este es vuestro nuevo domicilio». Los prisioneros se marcharon sumisos y silenciosos hacia un impresionante torreón de piedra. En este se abrían pequeños cubículos con números que se correspondían con los de los presos y, en su centro, una escalera de caracol forjada en hierro subía hasta perderse de vista. Ascendí junto con otros muchos y, cada vez que pasábamos por delante de un cubículo, su ocupante nos echaba a empujones. Solo quedaba yo cuando la escalera acabó delante de una puerta de cristal con un letrero que decía: LIBRERÍA: ABIERTO. Entré, vi a una mujer en el mostrador, a varios clientes y curiosos y a un equipo de jovencitas que traducían el *Beowulf*.

«Hola —me saludó la dependienta—. ¿Por qué no empiezas haciendo de curiosa y relevas a una de las chicas cuando haya que rotar?»

«¿Dónde estoy?»

«Donde están todos los que no son capaces de tomar la gran decisión. Esta es la Ciudad de las Oportunidades Perdidas y esta la Sala del Desencanto Final. Verás: puedes subir tanto como quieras, pero si ya has cometido el Error Fundamental acabas aquí, en esta sala. Puedes cambiar de papel, pero nunca de circunstancias. Ya es demasiado tarde para eso, ¡chao!, estoy a punto de convertirme en clienta.»

—Jeanette, creo que tienes fiebre —dijo Melanie.

Estaba sentada a mi lado tomando una taza de té. Se la veía cansada y

arrugada como un globo viejo. Le acaricié la mejilla, pero dio un respingo y se apartó.

—¿Qué te han hecho? —le pregunté.

—Nada. Me arrepentí y me aconsejaron que pasara fuera una semana. No debemos vernos, está mal.

Empezó a tironear de la colcha y no pude aguantar más. Creo que nos quedamos dormidas llorando, pero durante la noche me acerqué a besarla y la besé hasta que ambas sudamos y lloramos con los cuerpos entrelazados y el rostro hinchado. Melanie aún dormía cuando la señorita Jewsbury tocó el claxon.

Luego tuve mononucleosis.

—Es cosa de los Humores —sentenció mi madre.

Por supuesto, los Fieles estaban convencidos de que era Dios, que me purificaba de todos los demonios, y no había duda de que la grey me recibiría con los brazos abiertos en cuanto me recuperara.

—El Señor perdona y olvida —me dijo el pastor.

Tal vez el Señor perdone, pero mi madre no. Mientras yo tiritaba en el salón, registró mi habitación de arriba abajo y encontró las cartas, las tarjetas y mis apuntes, que una noche quemó en el patio trasero. Existen diversos tipos de deslealtad, pero la traición es traición dondequiera que aparezca. Aquella noche, en el patio trasero, quemó mucho más que las cartas. Creo que ella no se daba cuenta. En su mente seguía siendo reina, pero ya no era mi reina ni la Reina Blanca. Los muros protegen y los muros limitan. Caer está en la naturaleza de los muros. Su caída es consecuencia de la fatuidad y del sonido de las trompetas.

La Ciudad Prohibida ha sido saqueada y las altas torres han desaparecido.

Entre el Príncipe Negro y Amiens dista un tiro de piedra y hoy un guijarro derribará a un guerrero. Los viejos babeantes que se acurrucan en cualquiera de esos bancos te contarán dónde se alzaba la casa de su novia, cómo crecía el jardín de su amada y cómo ellos abrían a diario una senda hasta su puerta.

Ella tenía el corazón de piedra.

¿Quién arrojará la primera piedra?

Donde acaba el mundo por el este hallarás un león de piedra, y en el oeste un grifo también de piedra. En el extremo nordeste te desconcertará un torreón de piedra y por el sur hollarás una playa de arena gruesa. No temas. Se trata de los antiguos. Curtidos y sabios como son, has de respetarlos, pero no son la sustancia eterna. El cuerpo que alberga el espíritu es el único dios verdadero.

Está en la naturaleza de la piedra cubrir el hueso.

En un momento u otro se plantea la alternativa: el muro o tú.

Humpty Dumpty se sentó sobre el muro.

Humpty Dumpty se dio un buen batacazo.

La Ciudad de las Oportunidades Perdidas está poblada por quienes eligieron el muro.

Ni la caballería real ni los hombres del rey.

Lograron recomponer a Humpty.

En consecuencia, ¿hay que deambular sin amparo por la tierra?

Hay que distinguir el círculo de tiza del muro de piedra.

¿Hay que vivir sin hogar?

Hay que distinguir la física de la metafísica.

Con todo, comparten muchos principios.

En efecto, pero en las ciudades del interior todo es mudanza.

Un muro para el cuerpo, un círculo para el alma.

—¡Toma! —exclamó mi madre dándome un codazo en las costillas—. Come fruta. Has vuelto a delirar en sueños.

Era un cuenco con naranjas.

Cogí la más grande e intenté mondarla. La piel se resistió con terquedad y al poco yació jadeante, furiosa y derrotada. ¿Por qué no uvas o plátanos? Por fin retiré la corteza, ahuequé las manos y partí la fruta.

—¿Te encuentras mejor? —En el centro estaba sentado el demonio naranja.

—Voy a morir.

—No, tú no. En realidad te estás recuperando, si exceptuamos alguna que otra alucinación sin importancia. Recuerda que ya has elegido y no hay vuelta atrás.

—¿A qué te refieres? Yo no he elegido nada. —Me incorporé con dificultad.

—¡Cógelo! —gritó el demonio, y se esfumó.

En mi mano había un guijarro áspero y marrón.

En verano ya volvía a ser la de siempre. Melanie se fue antes de iniciar el curso universitario y yo preparé los sermones para una misión en tiendas de campaña que habíamos organizado en Blackpool. Nadie mencionó el Incidente ni pareció reparar en que la señorita Jewsbury había cogido el oboe y había desaparecido. Mi madre cantaba una y otra vez «Trayendo las gavillas» y se dedicaba a juntar latas para la Fiesta de la Cosecha. No aceptaba productos perecederos debido al Holocausto y había hecho campaña para convencer a las mujeres de la iglesia de que contribuyeran a crear una gigantesca Despensa de Guerra debajo de la sacristía. «Ya me lo agradecerán cuando llegue el momento», solía decir.

Un sábado soleado nos apretujamos en el autobús y partimos hacia

Blackpool.

—Ojalá estuviera Elsie con su acordeón —dijo con un suspiro la señora Rothwell.

—Está mejor donde está —replicó mi madre con aspereza.

En el pasado esos comentarios me habían tenido sin cuidado, pero ahora no era tan sencillo. A menudo había pensado en interrogarla, en pedirle que me contara cómo veía el mundo. Había supuesto que lo veíamos todo de la misma manera; sin embargo, siempre habíamos habitado planetas distintos. Fui a sentarme al fondo para ayudar a May a rellenar la quiniela. Mi madre lo consideró un desaire y se sumergió en la revista *Band of Hope*.

—Es una arpía de armas tomar —comentó May con amargura.

A esas alturas me sentía inclinada a coincidir con ella.

La primera reunión de aquella noche fue todo un éxito. Me tocó predicar y, como de costumbre, un gran número de personas encontraron al Señor.

—No ha perdido sus dones, ¿verdad que no? —May miró a mi madre con una sonrisa de oreja a oreja.

—La salvé justo a tiempo, esa es la razón —se limitó a responder ella, y regresó a la casa de huéspedes.

Después de que se marchara junto con otras personas, decidimos regocijarnos en el Señor. Sacamos las panderetas y las partituras corales y lo alabamos hasta entrada la noche. Alrededor de las once la puerta de la carpa ondeó y se oyó un gran alboroto fuera.

—¡Es el Espíritu Santo! —exclamó May.

—A mí no me suena a sagrado —opinó la señora White.

—¿Qué hacemos? —me susurró al oído una de las nuevas conversas. La abracé. Era muy tierna.

—Saldré a ver qué pasa —dije para tranquilizar a todo el mundo.

—Si es el Señor, no lo mires —me aconsejó May mientras yo salía.

No era el Señor, sino cinco hombres furiosos que se hospedaban en la pensión de al lado. Llevaban linternas y unos papeles que agitaron ante mí.

—¿Es usted la responsable?

—Sí, digamos que sí. Dirijo el encuentro de oración. Pasen.

Entraron en la carpa conmigo.

—El encuentro de oración nos importa un bledo... —declaró uno.

—Que el Señor te fulmine —le espetó la señora Rothwell, que acababa de despertarse.

—Lo que nos preocupa —prosiguió el hombre lanzándonos una mirada asesina— es que somos gente como es debido que quiere una noche de descanso como es debido. Estamos de vacaciones y no nos gusta que unos meapilas se dediquen a pegar unos golpetazos y unos gritos capaces de despertar a los muertos.

—El último día los muertos caminarán y tú estarás con las cabras —afirmó May con desprecio.

—Escúcheme. —Otro hombre se adelantó y le mostró un papel—. En el reglamento de la pensión dice que después de las once de la noche no se puede hacer ruido. Y ustedes ocupan el terreno de la pensión.

—Únanse a nosotros —propuse.

—Trabajamos todo el año en la Cordelería Británica de Wakefield, maldita sea, y venimos aquí en busca de sosiego, conque paren o nos las pagarán. —Siguieron unos instantes de silencio—. Vamos, muchachos, volvamos a la cama, maldita sea.

—Vaya —musitó la señora White.

—No vale la pena —dije—. Mañana será otro día. Recojamos.

Los fieles guardaron sus instrumentos de alegre sonido y la recién conversa Katy y yo apagamos los faroles.

Regresé a la pensión donde me hospedaba con mi madre, a quien encontré repantigada sobre las almohadas leyendo *Los lugares que el hombre blanco teme hollar*, el último libro del pastor Spratt.

—¿Sabes qué? Dieron a los ratones blancos el mismo alimento que comen los pieles rojas y todos se murieron.

—¿Y?

—Eso demuestra que el Señor provee a los países cristianos.

—Creo que tampoco habrían sobrevivido comiendo estofado.

—Da gracias al Señor por su bondad. Ahora quiero dormir. —Apagó su lamparita y empezó a roncar.

En lo que a mí se refería, tenía otras cosas en que pensar.

Al día siguiente debíamos reunirnos al pie de la torre para repartir propaganda de la reunión de la noche. May, nuestra mujer anuncio, cargaba un cartel que decía: BUSCAD AL SEÑOR MIENTRAS PUEDE SER HALLADO.

Nos fue muy bien para ser una sesión de reparto de folletos, pues tuvimos tres conversiones callejeras y algunas personas se comprometieron a regresar por la noche.

—Tenemos la tarde libre —informó el pastor.

—¿Y si vamos al zoo? —preguntó animada May—. Quiero ver los monitos.

—Ella subirá conmigo a la torre —anunció mi madre secamente—. Hay una exposición de grandes estrellas del cine.

—Voy a dar una vuelta por el paseo marítimo —comunicué a ambas, y me alejé.

Katy estaba sentada en una tumbona y Katy miraba el sol.

Katy comía un helado y Katy tenía un divertido arrebol.

—Hola. —Me senté a su lado—. ¿Te hospedas por aquí?

—No, he venido en tranvía. Quería llegar con tiempo para lo de esta noche.

—No vives muy lejos de nuestra iglesia, ¿verdad?

—No, vivimos en Oswaldtwistle; en autobús no se tarda nada.

—Entonces nos veremos.

Se me quedó mirando unos segundos y decidí que era mejor ir a inspeccionar la carpa evangélica...

Fue una semana gloriosa. Muchas de las almas que encontraron al Señor vivían cerca de nuestra iglesia principal y las que residían en lugares más lejanos recibieron cartas de presentación para la casa de oración que tuvieran más próxima. El último día de la campaña celebramos un acto de acción de gracias en la playa, y todo habría salido a la perfección si la señora Rothwell no hubiese decidido comunicarse con el Espíritu. Era vieja y sorda y estaba tan concentrada que no se enteró de que subía la marea.

—¿Estamos todos? —El pastor nos contó a medida que entrábamos en el autobús—. ¿Quién tiene la pancarta?

—Yo —gritó May, que ocupaba un asiento situado encima de una rueda.

—¿Podemos irnos? —preguntó Fred, el chófer que habíamos contratado.

—Falta la señora Rothwell. —Alice señaló el asiento vacío.

Miramos a nuestro alrededor y de milagro divisamos el brazo de la señora Rothwell, que lo agitaba mientras se hundía en el rompiente.

—¿Nos dice adiós con la mano? —preguntó May, inquieta.

—Yo diría que se está ahogando —exclamó Fred al tiempo que se quitaba la chaqueta y la corbata—. No se preocupen: en mis años mozos gané todas las medallas habidas y por haber.

Se zambulló con estrépito entre las olas. De inmediato el pastor puso a rezar a todo el mundo y la señora White arrancó a cantar «Tenemos un

ancla». No habíamos llegado a la tercera estrofa cuando apareció Fred con la señora Rothwell al hombro.

—Fred, se le ven las bragas —observó mi madre, que tironeó del vestido.

—No se preocupe por las bragas. ¿Qué me dice de mis zapatos de gamuza azul?

Estaban destrozados.

—¿La señora Rothwell sigue con nosotros? —los interrumpió el pastor con impaciencia.

—Ay, sí, aquí estoy —gimió la señora Rothwell con la cabeza en el centro de la columna vertebral de Fred—. Pensaba que esta vez alcanzaría la gloria.

—Pues ha hecho señales pidiendo auxilio.

—Qué va, me estaba despidiendo.

—¡Ya os lo decía yo!

—Que alguien le dé una toalla y que este pobre hombre nos lleve a casa —intervino el pastor con la intención de calmar los ánimos.

Fred ocupó su asiento mascullando algo sobre una indemnización y para qué demonios se había molestado y partimos en medio de la súbita humareda del tubo de escape.

La Fiesta de la Cosecha llegó y pasó, mi madre consiguió una cantidad récord de latas para la Despensa de Guerra e incluso sobraron muchas para repartir entre los pobres. No todos quedaron satisfechos.

—¿Para qué quiero cuatro latas de cerezas negras y castañas de agua en salmuera? —protestó la ciega Nellie cuando mi padre le llevó la bolsa—. En los viejos tiempos nos daban pan, fruta y algunas verduras que eran de agradecer. Esto es una modernez.

Mi madre se puso furiosa al enterarse y tachó a Nellie de su lista de plegarias. Papá la apuntó en la suya, con lo que no quedó marginada. A

medida que el viento arreciaba y las noches se alargaban, empezamos a pensar en la Natividad y en el mejor modo de transmitir el mensaje cristiano. Como siempre, tendríamos un puesto junto al belén del ayuntamiento y nos reuniríamos bajo el abeto de los Infieles para cantar villancicos. Así pues, había que ensayar a menudo con el Ejército de Salvación, lo que siempre resultaba problemático porque invariablemente nuestros pandereteros perdían el compás. Aquel año el general propuso que nos limitáramos a cantar.

—Dice que el ruido debe ser alegre —le recordó May.

Cuando el general osó proponer una interpretación menos literal del salmo, se armó la marimorena. Para empezar, era una herejía. En segundo lugar, era descortés. Por último, sembraba la discordia en nuestra grey. Algunos comprendieron el sentido de la propuesta y otros se sintieron ofendidos. Discutimos hasta que se sirvieron el té y las galletas, momento en que el general tomó una decisión: quien quisiera tocar la pandereta podía hacerlo en su propia iglesia, pero no en los ensayos ni durante la interpretación de villancicos.

—En ese caso, me voy —anunció May.

Nos miramos.

—Nos vamos todos —informé al general—. Gracias por el té.

Encontramos a May llorando en el porche del salón de actos de los cuáqueros.

—Venga, cariño, ya está. —Alguien la abrazó.

—No pasa nada.

—Con todo lo que he trabajado... —farfulló May entre sollozos.

—No es más que el Ejército de Salvación, no lo necesitas para nada.

—Vayamos a mi casa y elaboremos un plan —propuso la señora White.

Aquella noche, en casa de la señora White, nos convencimos de que el Señor nos guiaba: el Coro de la Hermandad Femenina y el Coro de Voces

Masculinas se unirían, ocuparíamos el espacio que nos correspondía en el ayuntamiento e incluso saldríamos a las carreteras y los caminos. Contábamos con cuatro pandereteros —enseñados por May—, con mi guitarra y mi mandolina y quizá, si no hacía mucho frío, con el armonio de mi madre.

—No necesitamos trompetas.

El siguiente problema consistió en determinar quién escribiría el guión del auto de Navidad. Se decidió por unanimidad que la tarea recayera en mi madre, por ser una mujer instruida.

—Nunca he conocido a nadie más hábil con los números —comentó May con admiración.

Mi madre se ruborizó, dijo que no podía y aceptó el encargo. Compró papel para escribir a máquina y un diccionario nuevo y nos pidió a papá y a mí que nos arregláramos como mejor pudiéramos. Ella tenía que ocuparse de la obra del Señor. Durante todo el día siguiente emborrónó hojas y suspiró en el salón, rodeada de bocadillos de queso y de fotografías de Belén en invierno. A las cuatro de la tarde depositó en mis manos un sobre grueso y me indicó que lo enviara por correo aéreo.

—Es el último día que se puede mandar algo al pastor Spratt —dijo, y se esfumó.

Yo estaba tan ocupada enseñando doctrina en la clase de estudios bíblicos que apenas le hacía caso. Desde su conversión estival, Katy acudía a nuestra iglesia y había demostrado ser una persona muy divertida. Conmigo era muy servicial y a menudo me pasaba a máquina los sermones que había que publicar en el boletín del barrio. Como hacía siglos que no veía al demonio naranja, tenía la impresión de que volvía a llevar una vida normal.

Pronto llegó el domingo del auto navideño. Los niños habían ensayado durante semanas y mi padre había construido el decorado. Mi madre lucía un

sombrero nuevo y yo me senté junto a Katy, provista con los apuntes de la obra. La iglesia estaba a rebosar de Infieles que habían acudido a ver la función de sus vástagos. Incluso asistió la señora Arkwright, la de la tienda antibichos. «El burrito» salió bien y se representaba la primera escena, «En la posada no hay sitio», cuando se abrió la puerta lateral y entró una figura que procuró no llamar la atención. Entrecerré los ojos en la penumbra. Me resultó conocida.

—Ay, José, tendremos que dormir en el establo.

Había algo en el modo en que la figura se sentó...

—No te preocupes, María, otros también lo pasan mal. —La última palabra se pronunció con gran énfasis.

El halo de cabello se volvía más visible a medida que los pastores se alejaban con los faroles.

Lo último que oí aquella noche fue: «No temas, te traigo noticias muy alegres». En el fondo de la iglesia estaba Melanie.

En cuanto terminó el auto, dejé a mi madre disfrutando de su triunfo y volví a casa. Temblaba de miedo. En lo que a mí se refería, Melanie estaba muerta. Nadie la mencionaba y, puesto que su madre nunca iba a la iglesia, no había necesidad de mantener vivo el recuerdo. A las nueve llamaron a la puerta. Sabía quién era pero, rezando para que se tratara de cantores de villancicos, la abrí tras preparar unas monedas.

—Hola —me saludó—. ¿Puedo entrar?

Me aparté para dejarla pasar. Había engordado y se la veía muy tranquila. Durante la media hora siguiente parloteó sobre sus estudios, sus amistades, sus planes para las vacaciones. ¿Quería ir a pasear algún día con ella?

No.

Me contó que muy pronto su madre se mudaría lejos, al sur. Esa sería la

última vez que Melanie estaría en la casa de detrás de la central eléctrica. Debería ir a despedirme de su madre.

No.

Al final se puso los guantes y la boina y me dio un ligerísimo beso de despedida. No sentí nada. Aun así, en cuanto se fue doblé las piernas, apoyé el mentón en las rodillas y rogué al Señor que me liberara.

Por fortuna, era un período muy activo. Al día siguiente debíamos ir al ayuntamiento a cantar villancicos, siempre y cuando el Ejército de Salvación no lo impidiera. Al principio lo pasamos bomba. May compró cintas para la pandereta y mi madre tocó el armonio bajo el enorme paraguas verde cedido por la Asociación de Pescadores de Caña Cristianos.

—¿Qué tal «Acebo y hiedra»?

—Es muy pagano.

—¿Qué tal «Nosotros, los Reyes Magos»?

—Empezad de una vez.

Nos lanzamos. Aquel día atrajimos una multitud. Algunos vinieron a mofarse, pero la mayoría dejó su aportación en la lata y entonó los villancicos que conocía. Vi a Melanie con una ramita de muérdago. Me saludó por encima de las cabezas, pero fingí no verla. Después llegó el Ejército de Salvación y montó sus atriles. Se presentó con el tambor. La gente se quedó a mirar y, como era de esperar, al cabo de diez minutos había dos grupos interpretando villancicos a voz en cuello. Mi madre le daba al fuelle del armonio y resoplaba y May golpeó la pandereta con tal fuerza que rompió la piel. Quienes se habían congregado junto al organillo situado a un lado del mercado de pescado se acercaron corriendo para ver qué ocurría. Alguien tomó una foto.

—Es el condenado tambor —resolló May—. Tenemos las de perder.

Se oyeron murmullos en nuestro bando y acordamos ir a Trickett para

entrar en calor. Cruzamos la puerta en tromba y vimos a la señora Clifton sentada a solas con una tetera delante.

—¿Le importa que me siente? —preguntó May entre jadeos, y se aupó a un taburete.

—De todos modos ya me iba —dijo la señora Clifton recogiendo sus bolsas de Marks and Spencer—. Vamos, Toto. —Y se alejó al trote con su pequinés.

—¡Qué estirada! —exclamó May con desprecio—. Venga, Betty, sírvenos una taza de Horlick y trae celo para arreglar este condenado instrumento. — Señaló la pandereta rasgada.

—Y pensar que era una tarde tranquila... —comentó Betty indignada al vernos apiñadas en la minúscula cafetería—. Hay té para todas y no pienso preparar una sola comida.

Decidí irme en cuanto apareció mi madre con el paraguas y el armonio. De camino a la parada de autobús noté una mano sobre el hombro y ahí estaba Melanie, serena y sonriente, dispuesta a subir al mismo que yo.

—¿Quieres una naranja? —me preguntó cuando nos sentamos en silencio. Hizo ademán de mondarla. Le sujeté el brazo.

—No la peles. Es que no tardaré en tomar el té. No la desperdicies.

Volvió a sonreír y habló de esto y lo otro hasta que por fin llegamos a mi parada; para la de Melanie aún faltaban varias millas. Me incorporé de un brinco, bajé de un salto y corrí lo más deprisa que pude mientras en la imperial del autobús Melanie me miraba con benevolencia.

A pesar de mi repentino nerviosismo y del temor a volver a enfermar, esa noche tuve que dirigir el estudio de la Biblia. Acudió Katy, que quiso ayudarme al ver mi rostro atribulado.

—Ven a pasar el fin de semana conmigo —me propuso—. Tendremos que dormir en la caravana, pero no tendremos frío.

Hacía mucho que no pasaba unos días fuera de casa. Pensé que me vendría bien.

A orillas del Éufrates se extiende un jardín secreto ingeniosamente amurallado. Dispone de una entrada, pero está custodiada. No tienes forma de entrar. En el interior descubrirás que todas las plantas crecen en sentido circular, como una diana. Cerca del centro hay un reloj de sol y en el centro mismo un naranjo. Esa fruta ha confundido a algunos atletas mientras que otros han curado sus heridas. Todas las verdaderas búsquedas culminan en este jardín, donde de la fruta rajada mana sangre y la fruta partida por la mitad es un cuenco lleno para viajeros y peregrinos. Comer de la fruta significa abandonar el jardín porque la fruta revela otras cosas, otros anhelos. Al atardecer te despides del sitio que amas, sin saber si volverás, con la certeza de que jamás regresarás por el mismo camino. Es posible que algún otro día abras una puerta por casualidad y te encuentres, una vez más, al otro lado del muro.

—Traeré la estufa de gas y así no tendremos frío —dijo Katy.

No tuvimos frío esa noche ni ninguna de las que pasamos juntas durante los años siguientes. Fue mi relación amorosa menos complicada y por eso quise a Katy. No parecía tener preocupaciones y, a pesar de que aún hoy lo niega, creo que planeó lo de la caravana.

—¿Estás segura de que quieres? —murmuré sin la menor intención de contenerme.

—Sí, claro que sí —exclamó.

Enseguida dejamos de hablar del asunto porque el diálogo resultaba muy incómodo. Katy fue una bendición. Tuve el cuidado de no mirarla cuando me tocaba predicar, y eso que siempre se sentaba en el primer banco.

Alcanzamos una dimensión verdaderamente espiritual. Le enseñé muchas cosas y ella consagró todos sus esfuerzos a la iglesia, además de a mí. Fue una buena época. Todas las cosas son puras para los puros...

Había transcurrido un año desde la Pascua con Melanie y mi enfermedad. Volvía a ser Pascua y la Iglesia anglicana subía por la colina con la cruz a cuestas. Melanie regresó el Domingo de Ramos, radiante porque tenía algo importante que anunciar: ese otoño se casaba con un militar. En honor a la verdad, el militar había abandonado la batalla mala por la Buena Batalla, pero en mi opinión era un tipo repugnante. Yo no tenía nada contra los hombres. Por aquel entonces no había motivos para que tuviera nada contra ellos. Las mujeres de nuestra iglesia eran fuertes y organizadas. Si queréis hablar en términos de poder, yo tenía el suficiente para que Mussolini se hubiera sentido feliz. No me oponía a que Melanie se casara; me oponía a que se casara con él. Y Melanie se mostraba serena, serena hasta el extremo de parecer bovina. Me enfadé tanto que intenté hablarle del tema, pero se había dejado el cerebro en Bangor. Me preguntó qué hacía yo.

—¿En qué sentido?

Se puso como un tomate. No tenía la menor intención de contarle a ella ni a nadie lo que había entre Katy y yo. Aunque por naturaleza no era discreta ni me carcomía la culpa, tenía la suficiente memoria para saber adónde me conduciría esa revelación. Melanie se marchó al día siguiente, a casa de su novio y de los padres de este. Antes de partir en su horrible motocicleta del Telón de Acero, él me dio unas palmaditas en el brazo, me dijo que estaba enterado y que nos perdonaba a las dos. Yo solo podía hacer una cosa: junté toda la saliva que pude y le escupí.

Jueces

—No digas que no te aviso —gritó la reina pateando el suelo mientras hablaba—. O tú o tu cabeza debéis desaparecer.

Mi madre quería que me fuera y contaba con el apoyo del pastor y de casi toda la congregación, o al menos eso decía. Yo la ponía enferma, deshonraba la casa y llevaba el mal a la iglesia. Esta vez no había escapatoria. Tenía problemas. Cogí la Biblia y me pareció que la colina era el único sitio al que podía ir. En la cumbre hay un montículo de piedra detrás del cual puedes protegerte cuando el viento arrecia. La perra nunca lo entendió; orinaba en él o jugaba al escondite conmigo, pero seguía con las orejas replegadas y los ojos llorosos hasta que me la metía dentro de la chaqueta para calentarnos las dos. Era una Lancashire heeler pequeñita y temeraria, de pelaje marrón y negro y orejas puntiagudas. Dormía en una cesta para alsacianos, y tal vez ahí residiera su problema. No daba muestras de saber cuál era su verdadero tamaño, se peleaba con todos los perros con que nos cruzábamos e intentaba morder a los viandantes. Una vez que traté de alcanzar un carámbano enorme me caí por la pendiente de una cantera y no pude volver a subir porque la pared se desmoronaba. La perra ladró, aulló y por último salió corriendo en mi auxilio. Y ahora nos encontrábamos en otro abismo.

Al parecer todo giraba en torno al hecho de que me enamoraba de quien no debía. Eran personas adecuadas en todos los sentidos salvo en ese; el amor romántico hacia otra mujer era pecado.

—Imitando a los hombres —comentó mi madre con asco.

Si yo hubiera imitado a los hombres, habría tenido motivos para enfadarse. En lo que a mí se refería, los hombres eran algo de andar por casa, no

demasiado interesantes y bastante inofensivos. Jamás había mostrado la menor inclinación hacia ellos y, aparte de que nunca me ponía faldas, no teníamos nada en común. Recordé el célebre incidente del hombre que acudió a nuestra iglesia con su amiguito. Llegaron cogidos de la mano. «Aquel tendría que haber sido una mujer», comentó mi madre.

Evidentemente, no era cierto. En aquel entonces yo no tenía la menor idea sobre las convenciones sexuales, pero sabía que un homosexual estaba más de una mujer que un rinoceronte. Ahora que tengo unas cuantas ideas sobre política sexual, aquella primera observación sigue siendo válida. Aunque con matices, un hombre es un hombre dondequiera que esté. Mi madre siempre me ha creado confusiones porque es progresista y reaccionaria a la vez. No aprobaba el Determinismo ni la Dejader, estaba convencida de que hacías de ti misma y de los demás lo que querías Cualquiera podía salvarse y cualquiera podía caer en manos del demonio: era una decisión personal. Aunque algunos feligreses de nuestra iglesia me perdonaron con el argumento, sin duda discutible, de que yo no podía evitarlo (habían leído a Havelock Ellis y conocían la Inversión Sexual), mi madre lo consideró un acto deliberado por mi parte de vender mi alma. Para mí fue un accidente al principio. Ese accidente me obligó a prestar más atención a mis propios instintos y a la actitud de los demás. Después del exorcismo traté de reemplazar mi mundo por otro equivalente, pero no pude. Amaba a Dios y amaba a la iglesia, pero me parecían cada vez más complejos. Tampoco me ayudó la falta de deseos de convertirme en misionera.

—Pero si te estás preparando para eso —había gemido mi madre.

—También puedo predicar aquí.

—Ah, te casarás y te complicarás la vida. —Estaba amargada.

Lo raro era que saltaba a la vista que yo no me casaría. Al principio pensé que le complacería. Mi madre tenía una mente compleja.

Sir Perceval, el más joven de los caballeros de Arturo, ha partido finalmente de Camelot. El rey le suplicó que no se marchara, consciente de que se trataba de una búsqueda fuera de lo común. El ambiente había cambiado tras la visita del Santo Grial en un día de fiesta. Eran hermanos, se burlaban de sir Gawain y de sus hazañas en las tierras del caballero verde; eran valientes, todos eran valientes, y guardaban fidelidad al rey... Le habían guardado fidelidad. Ahora la Mesa Redonda y el castillo amurallado casi se habían convertido en símbolos. Antaño compartieron carne y bebida. Para Lancelot y Bors, la traición acecha en el futuro tanto como en el pasado. Lancelot se ha ido, enloquecido por profundos pesares. También busca en alguna parte y al monarca le llegan informes; informes mutilados, incoherentes y andrajosos como los hombres que los portan. El salón está vacío. Pronto llegará el enemigo. Había una piedra que sujetaba una espada brillante y nadie logró arrancar la espada porque todos tenían el pensamiento fijo en la piedra.

Arturo se ha sentado en la ancha escalinata. La Mesa Redonda está adornada con todas las plantas que crecen en sentido circular, como una diana. Cerca del centro hay un reloj de sol y en el centro mismo una corona de espinas. Ahora polvorientos, y es que todo se convierte en polvo.

Arturo piensa en el ayer, cuando había luces y sonrisas.

Había una mujer, la recuerda. Pero..., ay, sir Perceval, ven y vuelve a dar volteretas.

Katy y yo pasamos una semana en Morecambe, en la casa de huéspedes para los afligidos. Como era temporada baja, podía ir cualquiera, estuviera o no apenado, aunque en invierno eran muy estrictos. La familia de Katy pasaba las vacaciones en la caravana cerca de allí, por lo que nos pareció que nuestra presencia no llamaría la atención. Me había ocupado de guardar las cartas en

la taquilla del sitio donde trabajaba los sábados y, por lo que sabía, nadie sospechaba de nosotras. De todas maneras, aquella primera noche de las vacaciones fuimos imprudentes. Estábamos tan emocionadas por la perspectiva de compartir una semana entera que olvidé cerrar la puerta con llave. Katy me había arrojado sobre el colchón y de pronto vi un delgado haz de luz que cruzaba la alfombra cerca del borde de la cama. Se me erizaron los pelos de la nuca y se me secó la boca. En la puerta había alguien. Nos quedamos quietas y al cabo de unos segundos la luz desapareció. Me dejé caer junto a Katy, le apreté la mano con fuerza y le aseguré que ya se nos ocurriría algo.

Así fue. Tracé el plan más descabellado de mi genial carrera y, desde el punto de vista de Katy, funcionó a la perfección. Para mí no había esperanza.

A la hora del desayuno nos convocaron en el despacho de la vieja amiga de mi madre y antigua tesorera de la Sociedad de Ayuda a las Almas Perdidas.

—Quiero la verdad —dijo sin mirarnos—. Ni se os ocurra engañarme.

Le conté que mi aventura con Melanie no había terminado, que Melanie me había escrito durante meses y que al final, desgarrada de amor, me había decidido a suplicar a Katy que me ayudara a organizar un encuentro.

—Pensé que este era el único sitio donde estaríamos a salvo —le confesé llorando.

Me creyó porque quería creerme. Yo sabía que ni se le ocurriría contárselo a la familia de Katy y que deseaba fastidiar a mi madre tanto como fuera posible. Y que lo lograría si yo cargaba con toda la culpa. Me ordenó que preparara la maleta y partiera a la mañana siguiente. Quería que su carta llegara a mi casa antes que yo. Katy estaba a salvo y eso era lo importante. Era cabezota y estaba tan furiosa como yo pero, a diferencia de mí, era incapaz de hacer frente al lado más oscuro de nuestra iglesia. Ya la había visto rebelarse, patear y llorar. Me había propuesto impedir que le montaran

el numerito del demonio. Tendría que haber pasado el resto del día orando, pues se suponía que Melanie se había ido. Lo pasé en la cama con Katy.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó a primera hora del día siguiente, mientras caminábamos del bracete por la playa.

La arena estaba llena de espadines que boqueaban al dejarlos atrás la marea. Katy lloraba cuando la dejé. Yo ignoraba qué me esperaba, pero sabía que no soportaría volver a vivir la misma historia. Hundí las manos en los bolsillos y jugué con un guijarro áspero y marrón.

La escena en casa fue indescriptible. Mi madre hizo añicos hasta el último plato de la cocina.

—No hay cena —informó a su marido, que había trabajado en el último turno de la jornada—. No hay nada para comer.

Él fue a comprarse pescado con patatas fritas y se los comió en la barra de la tienda.

—Dios mío, qué imbécil soy —bramó mi madre—. Te he tenido en casa todo este tiempo, te he dejado hacer más exámenes y... ¿para qué? —Me zarandeó—. ¿Para qué?

Me zafé.

—Déjame en paz.

—Pronto te quedarás en paz.

Fue a la cabina telefónica a llamar al pastor. Al regresar me ordenó que me acostara y juzgué prudente obedecer. La cama era estrecha. Me tendí, incapaz de perdonarme y de perdonarla. A intervalos regulares la oía suplicar al Señor que le enviara una señal. Como era de prever, llegó el pastor y, aunque mi madre se alegró, creo que habría preferido algo más espectacular; por ejemplo, que las llamas arrasaran mi dormitorio conmigo dentro y que el resto de la casa se salvara. Hablaron largo rato en voz baja. Estaba medio

dormida cuando el pastor entró con mi madre revoloteando en segundo plano. Se mantuvo a una distancia prudencial, como si yo tuviera una enfermedad infecciosa. Metí la cabeza bajo la almohada porque no se me ocurrió otra cosa. El pastor me la quitó y, haciendo acopio de serenidad, me dijo que yo era víctima de un gran mal; que estaba atormentada y oprimida, que había engañado a la grey.

—El demonio ha regresado siete veces —anunció pausadamente.

Mi madre lanzó un gritito y volvió a montar en cólera. Era culpa mía, de mi perversidad. Se enzarzaron en una discusión acerca de si yo era la infortunada víctima o un ser malvado. Los oí un rato; ninguno de los dos resultaba convincente y, además, en el alféizar de la ventana aparecieron siete naranjas maduras.

—Tomad una naranja —les ofrecí por decir algo. Me miraron como si estuviera loca. Señalé el alféizar—: Están ahí.

—Delira —dijo mi madre con incredulidad. (Odiaba a los locos.)

—Es su amo quien habla —afirmó el pastor con tono grave—. Haga oídos sordos. Presentaré este caso ante el consejo, pues es demasiado complicado para mí. Vigílela y déjela ir a la iglesia.

Mi madre asintió, sollozó y se mordió el labio. Me dejaron en paz. Pasé mucho rato acostada contemplando las naranjas. Eran bonitas, pero no de gran ayuda. Necesitaría algo más que un icono para superar ese trance.

Al día siguiente acudí a la reunión de la Hermandad femenina. Era la primera vez que Elsie pisaba la iglesia tras su larga estancia en el hospital. Aunque sabía lo que ocurría, me abrazó y me dijo que no fuera tonta.

—Ven a tomar algo después, pero no se lo digas a nadie.

La reunión casi rozó la histeria por la tensión que les producía no saber qué hacer. La señora White aporreó las notas equivocadas y Alice perdió el hilo

del discurso al ver que yo la miraba. Nos alegramos cuando dieron las nueve y el acto concluyó. Nadie me preguntó por qué me iba antes de tomar una taza de té. Debieron de suponer que Elsie estaba cansada; de lo contrario, sin duda habrían intentado convencerla de que se quedara. Fui a casa de Elsie y por primera vez alguien me habló de la señorita Jewsbury.

—Vive en Leeds —me contó— y enseña música en una escuela de educación especial. No vive sola. —Me miró con perspicacia—. Fui yo quien le habló de ti.

Me quedé estupefacta. No imaginaba que Elsie estuviera enterada. Se limitó a añadir que lo había intuido.

—Si yo hubiese estado aquí, no habría surgido ningún problema. Os habría ayudado a las dos, pero como tuve que ingresar una y otra vez en el maldito hospital...

Me levanté, la abracé y nos sentamos juntas ante la lumbre, como hacíamos antes, sin apenas conversar. No hablamos del asunto, ni de lo que estaba bien o mal ni de nada; Elsie me cuidó proporcionándome lo que yo más necesitaba: un rato tranquilo con una amiga.

—Elsie, tengo que irme. —Me incorporé apenada mientras el reloj seguía tictaqueando.

—Ven siempre que lo necesites.

Permaneció junto a la puerta mientras me alejaba por la calle y, cuando me volví para despedirme con la mano una vez más, ya había entrado en casa. Lentamente dejé atrás el viaducto y la tienda de alfombras y tomé el atajo de Factory Bottoms. Vi que la señora Arkwright salía tambaleándose del pub The Cock and Whistle, donde ninguna persona buena ponía los pies. Me dijo «Hola, chiquilla» con una sonrisa y siguió su camino. Pasé por delante de la escuela y de la capilla metodista y enfilé Black Abbey Street, donde habían decapitado a no sé quién. Me apoyé unos instantes en el muro; la piedra

estaba tibia y por la ventana atisbé a una familia en torno a la chimenea. Tenían puesta la mesa para el té, con las sillas y el número de tazas correspondientes. Contemplé el parpadeo de las llamas al otro lado del cristal, hasta que alguien se levantó para correr las cortinas.

Antes de entrar en casa aguardé unos minutos junto a la puerta. Seguía sin saber qué hacer, ni siquiera estaba segura de cuáles eran las opciones y los conflictos; los demás lo tenían claro, pero yo no, y nadie parecía dispuesto a darme una explicación. Mi madre me esperaba. No justifiqué el retraso hablándole de Elsie porque no creía que lo entendiera.

Los días transcurrieron en una especie de aturdimiento, conmigo en cuarentena eclesiástica y con ellos en un estado de miedo y expectación. El domingo el pastor recibió la respuesta del consejo. Al parecer, el verdadero problema radicaba en oponerse a las enseñanzas de san Pablo y dar poder a las mujeres en el seno de la iglesia. Nuestra rama de la iglesia jamás había pensado en el asunto, siempre habíamos tenido mujeres fuertes y las mujeres lo organizaban todo. Algunas sabíamos predicar y, en mi caso, era evidente que la iglesia se llenaba gracias a eso. Se armó un gran jaleo y luego sucedió algo curioso. Mi madre se puso en pie y declaró que, a su parecer, el consejo tenía razón: las mujeres podían ejercer el sacerdocio en determinados ámbitos, como en la catequesis y en la Hermandad femenina, pero el mensaje les correspondía a los hombres. Hasta entonces mi vida aún tenía cierto sentido. En ese momento lo perdió por completo. Mi madre siguió perorando sobre la importancia de la labor misionera para las mujeres, afirmó que sin duda yo estaba destinada a esa tarea y que había desdeñado mi vocación a fin de esgrimir el poder en el frente interior, donde no me correspondía. Por último sostuvo que al asumir el mundo del hombre en otros aspectos yo había desobedecido la ley de Dios y había intentado hacerlo en el aspecto sexual. No se trataba de un discurso espontáneo. Mi madre y el pastor ya habían

hablado de la cuestión. La debilidad de mi madre por el sacerdocio le había desatado la lengua. Sin duda se lo había contado al pastor Spratt meses atrás. Miré a mi alrededor. Buenas gentes, gentes sencillas, ¿qué sería de ellas? Sabía que mi madre albergaba la esperanza de que aceptara mis culpas, pero no le di el gusto. Ahora sabía dónde residía la culpa. Si existe el adulterio espiritual, mi madre era una zorra.

Ahí estaba yo, y mi éxito en el púlpito era la causa de mi caída. El diablo me había atacado en el punto más sensible: la incapacidad de ver las limitaciones de mi sexo.

En el fondo de la sala se alzó una voz.

—Todo eso es una sarta de tonterías y lo sabéis. ¿Ayudaremos a esta muchacha? —Era Elsie.

Alguien trató de obligarla a sentarse, pero ella se resistió, empezó a toser y cayó al suelo.

—¡Elsie! —Corrí hacia el fondo, pero me apartaron.

—Puede arreglarse sin ti.

Los demás la rodearon mientras yo temblaba sin poder hacer nada.

—Tapémosla con un abrigo y llevémosla a casa.

La trasladaron al porche.

Entretanto el pastor se acercó a mí y me dijo que, en señal de mi nueva obediencia al Señor, debía dejar de predicar y de impartir clases de estudios bíblicos y renunciar a lo que denominó «contactos influyentes». En cuanto yo aceptara, él organizaría un exorcismo aún más potente y luego me iría a Morecambe, a pasar quince días de vacaciones con mi madre en la casa de huéspedes.

—Le contestaré por la mañana —prometí con la excusa de que estaba muy cansada.

Sir Perceval lleva muchos días en el bosque. Deslustrada está su armadura y cansado su caballo. Lo último que comió fue un cuenco de leche con pan que le ofreció una anciana. Otros caballeros han recorrido esa senda: ve sus huellas, su desesperación, y hasta la osamenta de uno. Ha oído hablar de una capilla derruida o una iglesia vieja, nadie lo sabe con certeza; solo se sabe que el edificio santo está abandonado y a salvo de miradas curiosas. Quizá lo encuentre. Anoche soñó que el Santo Grial, transportado por un rayo de sol, se acercaba a él. Estiró el brazo llorando, pero tenía las manos erizadas de espinas y se despertó. Esta noche, herido y lacerado, sueña con la corte de Arturo, donde era el más querido, el favorito. Sueña con sus sabuesos y con su halcón, con su cuadra y sus fieles amigos. Ahora sus amigos están muertos. Muertos o agonizantes. Sueña con Arturo sentado en una ancha escalinata de piedra, con la cabeza entre las manos. Sir Perceval se arrodilla para abrazar a su señor, pero su señor es un árbol cubierto de hiedra. Se despierta con el rostro bañado en lágrimas.

Cuando el pastor se presentó por la mañana, me encontraba mejor. Los tres tomamos una taza de té; creo que mi madre contó un chiste. Todo estaba arreglado.

—¿Te apunto para las vacaciones? —me preguntó el pastor toqueteando la agenda—. Ella cuenta contigo; es solo un gesto de cortesía.

—¿Cómo está Elsie? —Era lo que me preocupaba.

El pastor frunció el ceño y respondió que la noche anterior Elsie se había alterado más de lo que imaginaban. Había ido al hospital a hacerse un chequeo.

—¿Se pondrá bien?

Mi madre afirmó que le correspondía decidirlo al Señor y que nosotros

teníamos otros asuntos de los que ocuparnos. El pastor esbozó una sonrisa afable y volvió a preguntar en qué fecha queríamos ir a Morecambe.

—Yo no voy.

El pastor señaló que me convendría descansar después del combate; que mi madre también lo necesitaba.

—Que vaya ella. Pienso dejar la iglesia, conque puede olvidarse de todo lo demás.

Se quedaron anonadados. Apreté el guijarro áspero y marrón y rogué que se fueran. No se movieron. Argumentaron, suplicaron, vociferaron, hicieron una pausa y volvieron a la carga. Incluso me ofrecieron las clases de estudios bíblicos, aunque bajo supervisión. Al final el pastor meneó la cabeza y declaró que yo era como los hebreos, a los que les resulta imposible decir la verdad.

—¿Te arrepientes? —me preguntó por última vez.

—No.

Me lo quedé mirando hasta que apartó la vista. Pasó media hora con mi madre en el salón. No sé qué hicieron, pero daba igual; mi madre había pintado de rojo las rosas blancas y ahora afirmaba que crecían así.

—Tendrás que irte —me dijo—. No quiero demonios en casa.

¿Adónde podía ir? A casa de Elsie no, pues estaba muy enferma, y ningún feligrés de nuestra iglesia correría el riesgo de acogerme. Si acudía a Katy le crearía problemas y todos mis parientes, como la mayoría de las familias, eran repugnantes.

—No tengo dónde ir —dije, y la seguí a la cocina.

—Satanás cuida de los suyos —me espetó antes de apartarme de un empujón.

Sabía que discutiendo no conseguiría nada, de modo que ni lo intenté. Expresaría mis sentimientos más adelante, cuando pisara terreno firme. De

momento tenía que ser dura y blanca. En los días de helada, en invierno, el suelo está blanco; luego el sol sale y la escarcha se derrite...

—Ya está decidido —le solté a mi madre con más fanfarronería que valor —. Me mudo el jueves.

—¿Adónde? —Desconfiaba.

—No pienso decírtelo. Ya veré cómo salen las cosas.

—No tienes dinero.

—Trabajaré por las tardes y los fines de semana.

De hecho estaba muerta de miedo y me iba a vivir con una profesora que sentía cierta preocupación por lo que me ocurría. Los sábados yo conducía una furgoneta de venta de helados; empezaría a trabajar también los domingos e intentaría pagar a la mujer como pudiera. Era una perspectiva deprimente, aunque menos que la de quedarme en casa. Quería llevarme a la perra, pero sabía que mi madre no me lo permitiría, así que metí los libros y los instrumentos en una caja grande, con la Biblia encima. Tan solo me inquietaba la idea de trabajar en un puesto de frutas: naranjas navel de España, jugosas naranjas de Jaffa, maduras naranjas amargas.

«Me niego —me consolé—. Antes trabajaré en la casquería.»

La última mañana en casa hice la cama, vacié la papelera y llevé a la perra a dar un largo paseo. Echó a correr hacia el empleado del campo de bolos. En aquel momento no imaginaba qué sería de mí ni me importaba. No era el día del juicio final, sino una mañana más.

Ruth

Hace mucho tiempo, cuando el reino estaba dividido en compartimentos como los de la olla a presión, la gente se tomaba los viajes mucho más en serio que en la actualidad. Surgían problemas evidentes, claro está: ¿cuánta comida llevar? ¿Con qué tipo de monstruos te toparías? ¿Debías llevar la túnica azul de repuesto para la paz y la túnica roja de repuesto para la guerra? También se planteaban problemas no tan evidentes, por ejemplo: qué hacer con un brujo que no te quita ojo de encima.

En aquel entonces la magia tenía gran importancia y, para empezar, el territorio no era más que una extensión del círculo de tiza que trazabas a tu alrededor para protegerte de los elementos y demás. Hoy en día ya no está de moda, lo cual es una lástima, porque meterte en un círculo de tiza cuando te sientes amenazada es mucho mejor que meterte en el horno de gas. Claro que la gente se reirá de ti, pero se ríen de tantas cosas que no hay por qué tomarlo como una cuestión personal. ¿Por qué funciona el círculo de tiza? Porque el principio del espacio personal es siempre el mismo, ya estés esquivando un elemento o el mal humor de alguien. Crea un campo de fuerza a tu alrededor y conviene tener algo físico que nos lo recuerde mientras nuestra capacidad imaginativa siga siendo débil.

La formación de los brujos es una tarea ardua. Pasan años dentro del círculo de tiza, hasta que aprenden a apañárselas sin él. Obtienen sus poderes poco a poco, primero en el corazón, luego en el cuerpo y por último en su círculo inmediato. Es imposible controlar el exterior si no dominas tu espacio vital. Es imposible cambiar algo si no entiendes la sustancia de lo que deseas cambiar. Claro que la gente mutila y modifica, pero se trata de poderes caídos

en desgracia y la verdadera naturaleza del mal reside en cambiar algo que no comprendes.

Hacía tiempo que Winnet notaba que la seguía un pájaro extraño, un animal negro de alas enormes. El ave desapareció toda una tarde. Esa misma tarde Winnet vio al hechicero. Estaba frente a ella, al otro lado de un río tumultuoso. Winnet reconoció la vestimenta y habría huido si la figura no la hubiese llamado entre el estrépito.

—Sé cuál es tu nombre.

Asustada, se detuvo. Si lo que decía el hechicero era cierto, estaba atrapada. Nombrar significaba poder. Adán había puesto nombre a los animales y estos acudían a su llamada.

—No te creo —respondió a gritos.

El hechicero sonrió y le propuso que cruzara el río para susurrarle al oído. Winnet negó con la cabeza; estaba a salvo donde se encontraba, pues seguramente el territorio del hechicero se hallaba en la otra orilla.

—Sin mí nunca saldrás del bosque —le avisó el hombre mientras Winnet avanzaba por el lodo.

Ella ni se molestó en responder. Cayó la noche, acompañada de lluvia, que sacudió los árboles y le derribó el refugio. Luego la atacó un ejército de hormigas de agua, que la obligaron a internarse más en el bosque y la oscuridad. Al alba estaba agotada. Había perdido la vasija de piedra con comida y la ropa seca, y al llegar al recodo del río se dio cuenta de que apenas había avanzado. En la otra orilla vio al hechicero, que esbozaba una sonrisa afable.

—Te lo advertí.

No eran las palabras que Winnet deseaba oír. Se sentó entre los juncos, enfurruñada.

El hechicero encendió una hoguera y sacó un perol. Winnet olisqueó el aire

y juntó las piernas. Olía a paloma.

—Soy vegetariana —gritó mirándole a la cara.

—Yo también —repuso satisfecho—. Estoy preparando judías azuki y buñuelos. Hay más que de sobra.

Winnet se quedó horrorizada. ¿Cómo lo sabía el hechicero? El recuerdo de la abuela acudió a ella: su célebre guiso de judías azuki y las canciones en torno a la fogata cuando los hombres salían de caza. Se tapó la nariz con la chaqueta e intentó no respirar.

—¿Quieres que ponga cilantro en las tuyas? Es fresco.

—Sí —gritó Winnet, ronca y desconcertada—, pero no pienso probarlas porque me envenenarías.

—¡Por favor, querida! —La sorpresa del hechicero parecía genuina.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —A Winnet le sonaban las tripas.

—Porque ignoro cómo te llamas. Si lo supiera, ya te habría traído aquí. Es muy triste comer solo, ¿no crees?

Tras reflexionar unos instantes Winnet hizo un pacto con el hechicero. Compartiría su mesa, luego él le diría qué pretendía y ya encontrarían la forma de zanjar la cuestión. Como garantía, el hechicero dibujó un círculo de tiza en el que dejó una brecha diminuta para que Winnet entrara al cruzar el río. Le arrojó la tiza a la otra orilla. Era un guijarro áspero y marrón. Apretándolo en la mano, Winnet se bamboleó sobre las pasaderas, saltó al interior del círculo y lo cerró.

—¿Pan francés o de cereales? —le preguntó el hechicero al tiempo que le pasaba un cuenco humeante.

Durante quince minutos comieron en un silencio cordial. El hechicero suspiró, cortó otro pedazo de pan y rebañó la salsa.

—Por desgracia, no hay postre. Pensaba preparar natillas, pero cuesta

conseguir leche en estos parajes. Menos mal que tenemos café. Luego te diré lo que quiero.

Winnet se atragantó con un trozo de pan. Como se ahogaba, no tuvo más remedio que pedirle que le palmeara la espalda. Quizá el hechicero quisiera hacerla picadillo, convertirla en una bestia u obligarla a casarse con él. Se puso rígida de miedo mientras se bebía el café.

—Lo que quiero es que seas mi aprendiz. Las artes mágicas están declinando y cuantos más seamos, mejor. Como sabes, tienes dones. Puedes llevar el mensaje a otras tierras donde casi han olvidado cómo se dibuja un círculo de tiza. Te lo enseñaré todo, pero no puedo obligarte, y debes decirme tu nombre. —Se repantigó y miró a Winnet—. Es una nadería. Si no me dices cómo te llamas, jamás saldrás del círculo, pues yo no puedo liberarte y tú no tienes poderes.

Winnet enmudeció de ira.

—¡Me has engañado!

—Por si lo has olvidado, es mi oficio.

—De acuerdo —dijo Winnet al cabo de unos instantes—. Te propongo un trato. Si adivinas mi nombre, seré tuya. De lo contrario, me indicarás cómo puedo salir de aquí y me dejarás en paz.

El hechicero asintió lentamente y Winnet se preguntó a qué juego diabólico podían jugar para zanjar la cuestión. De pronto el hechicero alzó la mirada.

—Juguemos al ahorcado. —Sacó papel y pluma—. Equis —empezó.

—No —dijo Winnet desdeñosa—. Tanto a mi favor.

—Deberías darme una pista —pidió el hechicero—. Al fin y al cabo, no empleamos artes mágicas.

—Está bien —accedió de mala gana—. Te daré una rima:

*Para algunos mi nombre es una volada,
y para otros el cuenco donde guardar la cuajada.*

»No pienso decirte nada más.

El hechicero hizo el pino un rato, sin dejar de repetir la rima.

—Pe —dijo por fin.

—Dos a mi favor —canturreó Winnet.

El hechicero se irguió de un salto.

—Te llamas Gannet Barrel —exclamó.

—No —repuso Winnet—. Por este fallo me llevo dos puntos. Otro más y dibujaré el nudo corredizo.

Al atardecer, mientras Winnet servía sendas tazas de café, el hechicero soltó una risilla.

—Ya lo tengo.

—¿Estás seguro? Recuerda que si fallas dos veces más seré libre.

—Tu nombre es Winnet Stonejar.

El círculo de tiza se desvaneció.

«Vaya —pensó Winnet mientras pisaba las brasas para apagar el fuego—. Al menos sabe cocinar.»

Un instante después se hallaban en un castillo con tres cuervos picudos que los miraban desde lo alto del asta de una bandera.

—Sadrac, Mesac y Abed-nego —los presentó el hechicero—. Ya aprenderás cuál es cuál, y disculpa el retruécano. Tendré que franquear el umbral contigo en brazos; de lo contrario te quedarías dormida. Forma parte del sistema de seguridad.

La cogió en brazos y la llevó a una estancia de colores vivos con una gran lumbre en un extremo.

—¿Te gustan los techos altos? —le preguntó cuando cada uno se hubo

sentado a un lado de la chimenea—. En los edificios viejos son así, pero ya te acostumbrarás.

—¿Cuánto hace que eres hechicero? —le preguntó Winnet por conversar.

—No sabría qué responder —contestó a la ligera—. Verás, también lo soy en el futuro; para mí todo es igual.

—No te creo —replicó Winnet—. No es posible hablar del tiempo en esos términos.

—Querida, no te es posible a ti. Tú y yo somos muy distintos.

Como era cierto, Winnet optó por centrar su atención en la estancia.

Aunque contenía muy pocos muebles, había infinidad de aparadores. A la derecha, junto a la ventana, colgaba una enorme trompetilla repujada.

—¿Para qué la usas?

—No siempre soy tan viejo como ahora y cuando tengo más edad me vuelvo duro de oído. Es para oír a los ruiseñores por la noche, cuando me tiendo en el sofá.

Hasta donde alcanzaba la mirada de Winnet, no había ningún sofá.

—¿Qué sofá?

—Pues aquel —respondió estupefacto el hechicero.

Winnet volvió a mirar y lo vio. Ese fue el principio de sus aventuras en el castillo, donde le sucedió algo curioso: olvidó cómo había llegado y qué había hecho antes. Creía que siempre había estado en el castillo y que era la hija del hechicero. Él le dijo que lo era, que no tenía madre y que un espíritu poderoso la había confiado a su cuidado. A Winnet le pareció que era cierto; además, ¿en qué otro sitio desearía vivir?

El hechicero se portaba bien con los aldeanos que vivían apiñados al pie de las colinas. Les enseñó música y matemáticas y lanzó un potente hechizo sobre las cosechas para que nadie pasara hambre en invierno. Naturalmente, esperaba de ellos una devoción absoluta, que le prodigaban encantados.

Winnet aprendió a enseñar a los aldeanos y todo fue de maravilla hasta que un día se presentó un forastero en los asentamientos. Se alojó en una granja y no tardó en entablar amistad con Winnet. Ella lo invitó al castillo el día de la gran fiesta.

Era una jornada de conmemoración y celebración para la aldea. Cada hogar ofrecía un presente al hechicero, quien a su vez repartía obsequios donde juzgaba más apropiado.

—¿Regalarás algo al forastero? —Winnet presionó a su padre la mañana de la fiesta.

—¿Qué forastero?

—Este. —Winnet señaló con el dedo y lo hizo aparecer.

El muchacho estaba pasmado. Un segundo antes se encontraba recostado en un árbol contemplando el castillo. Ahora se hallaba junto a tres cuervos en un salón tan alto que techo y cielo se confundían. El hechicero se volvió hacia ambos y batió palmas.

—Lo que será, será; ya has escogido el regalo del chico. —El padre de Winnet se remangó la túnica y se retiró.

—Estoy asustado —reconoció el muchacho.

—No tienes por qué estarlo —dijo Winnet, y lo besó.

Al caer la tarde el salón se llenó de personas y animales. Algunas bestias eran obsequios para la granja del hechicero y otras habían entrado por su cuenta. A medianoche el vino había logrado que los presentes se olvidaran de todo salvo del instante y el hechicero pronunciaba su habitual discurso. Una vez más, prometió una buena cosecha para el año siguiente y buena salud para sus amigos. Entregó un escudo, una navaja o un arco a los jóvenes que ese año abandonaban la aldea. Y a las muchachas decididas a ganarse la vida les regaló un halcón, un perro o un anillo.

—Que cada cual proteja a cada cual según sus necesidades. —El hechicero

conocía las costumbres de los viajeros. Se le demudó el semblante cuando se refirió a la terrible plaga que asolaba el territorio—. Se halla en uno de vosotros —les advirtió, y los vio temblar asustados—. Debe ser expulsado. —El hechicero posó la mano en el cuello del muchacho—. Este joven ha mancillado a mi hija.

—No —gritó Winnet, que, alarmada, dio un salto—. Es mi amigo.

Nadie le hizo caso. Maniataron al muchacho y lo arrojaron a la mazmorra más oscura de la parte más profunda del castillo, donde habría permanecido toda la eternidad si Winnet no lo hubiese liberado con sus propias artes.

—Ve a verlo y niégame —ordenó al muchacho, que parpadeaba a causa del resplandor de la tea—. Cúlpame de lo que se te ocurra, no puedes estar a mi lado porque no puedes oponerte a él.

El muchacho palideció y se echó a llorar. Winnet lo empujó escaleras arriba y por la mañana se enteró de que había hecho lo que ella le había indicado.

—Hija, me has deshonrado y te desprecio —declaró el hechicero—. Debes partir.

Winnet no podía pedir perdón porque era inocente, pero solicitó quedarse.

—Si te quedas, te alojarás en la aldea y te ocuparás de las cabras. Dejo la decisión en tus manos.

El hechicero se retiró. Winnet estaba a punto de echarse a llorar cuando notó un ligero picoteo en el hombro. Era Abed-nego, el cuervo al que adoraba. Se posó junto a la oreja de la muchacha.

—No perderás tus poderes, sino que los usarás de otra manera, nada más.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó ella sorbiendo por la nariz.

—Los hechiceros no pueden quitar los dones que han concedido; lo dice el libro.

—¿Y qué pasará si me quedo?

—El dolor te destruirá. Cuanto conoces estará a tu alrededor y, al mismo tiempo, muy lejos. Más vale que busques otro sitio.

Winnet reflexionó mientras el cuervo, paciente, se mantenía en equilibrio sobre su hombro.

—¿Me acompañarás?

—Imposible, estoy atado a este lugar, pero llévate esto.

El cuervo voló y, por lo que Winnet vio, empezó a vomitar sobre las banderas. A continuación se arregló las plumas y le lanzó a la mano un guijarro áspero y marrón.

—Gracias —dijo Winnet—. ¿Qué es?

—Mi corazón.

—Pero es de piedra.

—Ya lo sé —reconoció pesaroso el cuervo—. Verás: hace mucho decidí quedarme, ay, y el corazón se me endureció de pena y al final quedó rígido. Te servirá de recordatorio.

Winnet permaneció unos segundos sentada en silencio junto a la chimenea. Enmudecido, el cuervo no pudo avisarle de que el hechicero, que había entrado en forma de ratoncito, le ataba un hilo invisible alrededor de un botón. El roedor se escabulló cuando Winnet se puso en pie. La muchacha no se dio cuenta y al clarear el día ya había llegado a la linde del bosque y había cruzado el río.

Volvía a trabajar en las pompas fúnebres, o funeraria, como preferían llamarlo la mujer y Joe, su amigo. Pagaban bien y, si necesitaba más dinero, podía conseguir algo extra lavando los vehículos. A veces aparcaba la furgoneta de los helados en la parte de atrás, preparaba algún difunto en la sala delantera y reanudaba mi ronda. Joe bromeaba diciendo que meteríamos los cadáveres en mi congelador cuando el calor apretara.

—No les molestará un poco de helado de vainilla con sirope de frambuesa, ¿eh?

La mujer seguía preparando coronas y estaba mucho más contenta desde que Campos Elíseos (el nombre de la empresa) había conseguido un contrato con el elegante asilo de ancianos situado en las afueras de la ciudad.

—Ya lo creo que es distinto, como pasa siempre con el dinero —aseguró al mostrarme sus últimos diseños—. Ahí les gusta recordar en serio. Las puñeteras cruces les traen sin cuidado.

Joe tampoco podía quejarse. Había comprado otros dos vehículos y estaba a punto de convertir el cobertizo en cámara frigorífica.

—No quiero estar apretujado con los cuerpos ahí dentro —dijo abarcando con la mano la capilla ardiente—. La gente viene a presentar sus últimos respetos y no quieren ver a un pobre diablo junto a suyos, ¿eh? Es comprensible que deseen un poco de intimidad.

—Claro, claro —coincidió la mujer—. No quieren verlos en fila como si fueran polos, ¿verdad?

Por lo que yo oía, Joe y la mujer jamás respondían sin formular otra pregunta. Le daban a la lengua durante horas mientras él atornillaba asas y la mujer alambres y flores en un conjunto indistinguible. Cada uno admiraba la obra del otro.

—Estos bronces son chulos, ¿no? —decía Joe.

—Como las Puertas del Cielo, ¿verdad? —contestaba la mujer.

Esperaban que me sentara entre los dos, asintiera con aire de entendida y sirviera el té. No me importaba, agradecía escapar de los niños que se apiñaban ante la furgoneta de los helados. Tenía un carillón que tocaba «El picnic de los ositos de peluche», de modo que sabían en qué momento debían salir corriendo y pedir a gritos polos de naranja y cucuruchos de vainilla con un barquillo de chocolate. Era importante dar cuerda al carillón; si no, la

canción sonaba tan despacio que una vez Joe se ofreció a comprármelo para sus vehículos. Por otro lado, si le daba demasiada cuerda, sonaba como la música de las películas del Oeste cuando la caballería ataca cuesta abajo. «Es la maldita furgoneta de Trickett —decía la gente cuando la música fallaba—. Que se vaya a hacer puñetas.» Eran volubles. Cruzaban corriendo el callejón al encuentro de Birtwistle, dueño del último carro de helados tirado por caballos. Birtwistle tenía al menos ochenta años y su caballo sufría de languidez. Decían que nadie sabía qué metía en la heladera ni se atrevía a preguntarlo. De todos modos, sus helados tenían buen sabor. No hacía nada del otro mundo, solo cucuruchos y cortes cubiertos de sirope de fresa. Él lo llamaba sangre. En mi infancia, siempre le comprábamos a él porque había una gratificación. Nuestra calle le quedaba en el camino de regreso y, como durante el día la gente había dado chucherías al caballo, cuando este subía por la cuesta se le escapaba la caca. Mi madre oía el silbato, me ponía un billete de diez chelines en la mano y un cubo en la otra y me mandaba a por dos cortes, un cucurucho y cuanto pudiera recoger del empedrado. El caballo piafaba, resoplaba y por lo general defecaba un poco más para mí en cuanto terminaba de comprar los helados.

«Estupendo —decía sonriente mi madre mientras yo cruzaba tambaleante el vestíbulo procurando no derramar nada—. Ve a echárselo a las lechugas.» Después nos sentábamos contentas a comernos los cortes sangrientos.

Birtwistle poseía un encanto que Trickett jamás tuvo. Cada vez que Campos Elíseos organizaba un velatorio, encargaba el postre a Birtwistle.

«Es de primera, ¿no?», decía la mujer.

Los velatorios eran muy elegantes. Siempre contaban con lo mejor. Desde la firma del contrato con el asilo de anciano, llevaban incluido un entrante, casi siempre cóctel de gambas de la marisquería de Molly. En cuanto al plato principal, se daba a elegir entre redondo de pavo, lonchas de ternera o quiche

caliente. Al principio les pareció que la quiche era un tanto arriesgada, pero tuvo mucho éxito.

—Hace falta un poco de fantasía, ¿no te parece? —comentó la mujer antes de enviarme a imprimir el menú.

El sábado, cuando conducía la furgoneta de los helados por Lower Fold, vi una multitud apiñada ante la última casa de la calle, es decir, la de Elsie. Intenté llegar, pero un cliente pidió un polo, otro un corte, y me temblaban tanto las manos que no pude manejar la cuchara de servir helados.

—Eres un poco torpe —se quejó una gorda.

—Tenga, le regalo uno de chocolate. —Y se lo arrojé.

Mientras la mujer me miraba con las manos en jarras y el helado asomando por el bolsillo del delantal, pisé a fondo el acelerador y avancé dando botes por el empedrado. Nadie me vio aparcar la furgoneta, apearme y cruzar la puerta de la casa de Elsie. En el salón se encontraban la señora White, el pastor y mi madre. Ni rastro de Elsie.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Me miraron y siguieron hablando en voz baja. Capté las palabras «organizar el funeral». Agarré a mi madre por la manga del abrigo.

—¿Quieres decirme qué pasa?

Mi madre se limpió la manga.

—Elsie ha muerto.

El pastor se acercó a mí.

—Por favor, Jeanette, vete a casa —dijo en voz muy baja.

—¿Y eso dónde queda? —le espeté.

Sin inmutarse, me agarró del brazo y me llevó al recibidor.

—La verdad es que no hemos hablado mucho, ¿eh?

No respondí, clavé la vista en el suelo y me esforcé en no llorar.

—Tendrías que haber confiado en mí —añadió con voz suave.

—¿De qué tiene miedo? —le pregunté de sopetón.

Sonrió.

—Del Infierno y de la condena eterna.

—¿Qué tengo yo de espantoso?

Entonces perdió los estribos como solo puede hacerlo un hombre de voz suave.

—Hiciste una proposición inmoral que nadie puede aprobar.

—Por si no lo sabe, hacen falta dos. —Me pareció justo recordárselo.

—La tenías desorientada, aprovechaste tu influencia sobre ella. No fue ella, sino tú.

—Ella me quería. —Nada más decirlo tuve la sensación de que el pastor me habría matado de haber podido.

—No te quería.

—¿Eso dijo?

—Me lo dijo ella misma.

Apoyé la palma de las manos en la pared y respiré hondo. Existen diversos tipos de deslealtad, pero la traición es traición dondequiera que aparezca. No, el pastor no me mataría, los hombres de voz suave no matan; son listos. La violencia que ejercen no deja huellas visibles. Me acompañó hasta la puerta y fui a trompicones hacia la furgoneta de los helados.

—Ahí viene.

Oí un grito y vi que la gente apiñada delante de la casa de Elsie formaba cola junto a la furgoneta. La mujer que estaba en primer lugar sacó el monedero.

—Dos cortes, querida. ¿La conocías? Yo solo de vista. —Se volvió hacia su amiga—. La conocíamos de vista, ¿no es así?

Les di los cortes.

Las siguientes mujeres de la cola cotilleaban.

—Nada de dolor, se fue mientras dormía, por favor, querida, dos de frambuesa y uno de vainilla, Betty aún no lo ha decidido, pero es lo mejor, tenía muchos años, ya no podía valerse por sí misma.

—¿Algo más?

—Sí. —Betty alzó la voz—. Un cucurucho de vainilla con un barquillo de chocolate, y no pienso pagarlo.

El corro de mujeres se echó a reír.

—En marcha —ordenó la que pagaba—. He dejado a los críos en casa.

Por fin se fueron. Mientras metía la cuchara pringosa en el bote con agua, vi que la señora White cruzaba la calle en dirección a mí. Sollozaba y se cubría la boca con un pañuelo.

—Ganas dinero con los muertos —gimió ante la ventanilla—. El pastor no da crédito.

—No es un acto santo, ¿verdad? —repliqué.

—Claro que no. Pagarás el precio, y te saldrá más caro que un cucurucho.

—Eso espero —añadí con la esperanza de que se largara, pero se recostó en la repisa de la ventanilla y sollozó de tal modo que tuve que limpiarle la cara con un paño de cocina.

—¿Cuándo es el funeral? —pregunté por decir algo.

—No puedes ir; es para los piadosos.

—No quiero ir. Vamos, lárguese.

Me senté al volante. La señora White masculló algo y cruzó la calle corriendo.

Seguí el recorrido habitual, sin pensar. Dejé atrás la iglesia baptista de Woodnook y subí la larga cuesta hasta Fern Gore, donde estaba la fábrica de helados.

—Necesito un par de días de permiso —informé—. Solo será esta vez.

No les gustó nada porque durante las vacaciones escolares había mucha demanda; aun así, como era muy trabajadora y vendía mucho, me los concedieron.

Al cruzar el río, Winnet se encontró en una parte del bosque que se parecía a la otra pero que olía distinto. Como no sabía adónde iba, concluyó que cualquier dirección valía y echó a andar por la senda más marcada. Pronto se quedó sin comida y sin ropa de repuesto, le invadió la añoranza y pasó muchos días tendida en el suelo, incapaz de caminar. Una mujer que viajaba por el bosque halló el cuerpo y la reanimó con unas hierbas. Aunque no sabía nada de artes mágicas, conocía los diversos tipos de dolor y sus efectos. Regresó a su aldea con Winnet, a quien acogieron con los brazos abiertos y proporcionaron trabajo para que se ganara el sustento. Habían oído hablar de su padre, el hechicero, y lo consideraban un loco peligroso, razón por la cual ella nunca hablaba de sus poderes ni los utilizaba. La mujer intentó enseñarle su idioma, y Winnet aprendió las palabras pero no la lengua. Ciertas construcciones la desconcertaban, y en una discusión podían usarlas en su contra porque era incapaz de replicar. Sin embargo, esto casi nunca ocurrió. Los aldeanos eran gente sencilla y amable, que no se planteaba preguntas sobre el mundo. Esperaban que tampoco Winnet fuese muy locuaz. Ella quería hablar. Había dejado atrás su escuela y a sus discípulos y deseaba hablar sobre la naturaleza del mundo, el porqué de su existencia y el papel que cada uno desempeñaba en él. Al mismo tiempo, sabía que su viejo mundo contenía muchos elementos negativos. Si hubiera hablado de lo bueno y lo malo habrían pensado que estaba loca y se habría quedado sola. Tenía que simular que era como ellos y, cuando cometía un error, los aldeanos sonreían y recordaban que era extranjera. Winnet había oído decir que muy lejos de allí se alzaba una bella ciudad de edificios tan altos que llegaban

hasta el cielo. Era una ciudad antigua, protegida por tigres. Ningún aldeano la había visitado, pero todos conocían su existencia y la mayoría le tenía un miedo pavoroso. Los ciudadanos no sembraban ni se mataban a trabajar: meditaban sobre el mundo. Winnet pasó muchas noches en vela intentando imaginar ese lugar. Estaba segura de que, si lograba llegar a la ciudad, se encontraría a salvo. Cuando comunicó su plan a los aldeanos, estos rieron y le aconsejaron que pensara en otras cosas, pero Winnet no pensaba en nada más y decidió que lo haría realidad.

A la mañana siguiente vi a Joe en la ciudad. Me saludó con la mano y se acercó presuroso.

—Tenemos a uno de los tuyos en la funeraria. Ve a echar un vistazo.

Sabía que hablaba de Elsie. Era mi última oportunidad. Ningún miembro de la congregación se había acordado de que yo echaba una mano en Campos Elíseos. Como tenía que escribir una carta, esperé a la tarde para cruzar la ciudad a pie. Además, esa noche se celebraba el encuentro de oración en la iglesia, por lo que era improbable que me cruzara con alguien.

—Ah, eres tú, ¿no? —La mujer levantó la cabeza cuando entré—. ¿Está Joe contigo?

—Sí, soy yo, y, no, Joe no viene conmigo; supongo que ha ido al huerto, ¿no?

—Ah, claro, a buscar verdura para la comida posterior al funeral. Lo había olvidado. —La mujer entrelazaba helechos y jacintos para formar una cruz—. Mira lo que estoy haciendo: otra puñetera cruz. —La tiró al suelo en un arranque de mal humor—. Tomemos una taza de té.

De camino a la pequeña cocina pasé junto al féretro de Elsie, pero no me detuve; quería verla cuando todos se hubieran ido. Reinaba una paz absoluta.

—Trae las galletas francesas —gritó la mujer.

Estuvimos media hora sentadas al sol, disfrutando del calor y del té.

—Es lo mejor que ha salido de Francia —declaró antes de morder una galleta.

—¿Y la quiche? —le recordé.

—Es verdad, tienes razón. —Asintió con la cabeza—. Entienden mucho de comida, ¿eh?

Me habló de las recetas que había visto en un libro de la biblioteca y de la vez que había cruzado el canal de la Mancha para ir a Dieppe. No volvería a cruzarlo, no, la travesía era muy larga, aunque le habría gustado ver la torre Eiffel. Tenía entendido que la habían construido unos acróbatas y que un grupo de monos adiestrados había colocado las últimas vigas, las más altas. Su abuela había visto una foto y un modelo a escala en la Exposición Universal. Tenía una foto de su abuela mirando la foto de la torre. ¿Me gustaba viajar? Pues no, no me gustaba, y ella lo comprendió, dado lo mucho que había que hacer en casa. Añadió que creía que el deseo de viajar dependía de tu reencarnación. Yo no debía contárselo a nadie. Era una confidencia. Dijo que muchas veces se preguntaba por qué quería hacer unas cosas y otras no. Bueno, en el caso de algunas cosas estaba claro, pero en el de otras no había razones que lo justificaran. Tras reflexionar largo tiempo había llegado a la conclusión de que no había necesidad de repetir lo que habías hecho en la vida anterior y de que en el presente no estabas preparada para llevar a cabo lo que debías realizar en el futuro.

—Es como los juegos de construcción, ¿no te parece?

En su opinión, eso explicaba mi falta de interés por los viajes. En ese momento llegó Joe y la mujer entró para preparar más té. Joe abrió la parte posterior del vehículo.

—He traído ollas, remolachas, tomates, lechugas y un puñado de guisantes

tiernos. Supongo que bastará. Comerán redondo de pavo y, de postre, helado de vainilla.

—¿Cuándo la entierran?

—Mañana a las doce. Será mejor que antes barramos el vehículo. Ya encontrará tierra para dar y tomar en el sitio donde acabará, ¿no te parece?

La mujer salió con la tetera. Estaba enfadada porque Joe había prometido llevarla al cine esa noche a ver una película de Gary Cooper. Y ahora hablaba de limpiar el vehículo. Derramó té en el platillo de Joe y escondió el paquete de galletas francesas detrás de los helechos. Como no quería verla triste, me ofrecí a limpiar el vehículo y a sacarle brillo.

—¿Podrás meterlo en el garaje? —preguntó Joe, dubitativo.

—Claro que sí —intervino la mujer—. Conduce todos los días la puñetera furgoneta de los helados.

Joe asintió y miró la hora.

—De acuerdo. Vamos a casa a asearnos.

La mujer entró a buscar el casco —Joe nunca se ponía el suyo—, se encaramaron al pequeño escúter y se alejaron zigzagueando. Esperé un rato, busqué sin prisa el cubo y la gamuza y limpié el vehículo. Quería lo mejor para Elsie. Ya había anochecido cuando lo introduje en el garaje. Me lavé las manos y fui al salón. Había unas pocas luces encendidas, las suficientes para ver a Elsie. Lucía sus mejores galas y tenía al lado el himnario, lleno de anotaciones que había realizado para recordarse en qué tono debía tocar. Me pregunté qué habrían hecho con el acordeón. Había un taburete que permitía ver el interior de los féretros; era de la altura adecuada para que la gente no tuviera que estar de pie. Joe siempre tenía en cuenta esos detalles; te dejaba quedarte toda la noche si así lo querías, aunque no era lo habitual.

Hablé largo rato con Elsie sobre cómo me sentía y sobre la carta que había escrito. Clareaba cuando volví a casa.

En la planta baja sonaba el teléfono. Quería dormir, pero el aparato no dejaba de sonar. Era Joe. El pánico se había apoderado de él. ¿Me importaría ir a la funeraria a preparar la comida y servirla? Él tenía que conducir el vehículo y ocuparse del féretro. La mujer se había caído del escúter camino de casa, después de ver la película de Gary Cooper. No se había roto ningún hueso, pero debía guardar cama unos días. Había terminado la corona por los pelos. Intenté contarle a Joe lo que ocurriría si me presentaba durante el funeral.

—No te preocupes —dijo—, no los echaré de menos como clientes. La próxima vez, que acudan al lúgubre Alf. —Alf dirigía un establecimiento muy distinto, con entierros que eran todos iguales y a precio fijo—. Como un maldito puesto de comida china para llevar —se burló Joe.

Acepté, cogí ropa para cambiarme y fui a preparar el redondo de pavo para veinte.

No me dejé ver hasta que partió el cortejo, momento en que me dispuse a preparar la mesa. Supuse que podía poner el cóctel de gambas y dejar que se sirvieran la verdura una vez que cada uno tuviera un plato de pavo. Regresaron tres cuartos de hora más tarde, de modo que corrí con las fuentes llenas de verduras humeantes y las repartí por la mesa. Joe serviría los platos. Era posible que saliéramos airosos. Todo fue bien hasta el postre. Las porciones de helado aguardaban en la bandeja; Joe se había comprometido a servirlos y a pedir luego que pasaran al salón a tomar café y pastel, para que yo pudiera limpiar. De pronto el párroco del cementerio se puso en pie y lo llamó por señas. Presa del pánico, Joe se acercó a mí, que atisbaba por la ventana de la cocina.

—Tendrás que encargarte del helado. El párroco quiere hablar conmigo.

—Pero Joe...

Estaba aterrorizada y Joe ya se había ido.

Cogí la primera bandeja e intenté volverme irreconocible.

—¿Vainilla? —pregunté a la señora White, y le planté el helado delante—.
¿Vainilla, pastor? —pregunté derramando un poco—. ¿Vainilla, May?
¿Vainilla, Alice?

Recorrí toda la fila sirviendo el helado hasta que llegué a mi madre, que me contemplaba boquiabierta.

—¿Tú? —Las perlas le temblaron en el cuello.

—Yo. ¿Vainilla?

Los parientes de Elsie llegados de Morecambe pensaron que nos habíamos vuelto locas. El pastor se levantó.

—¿Dónde está el señor Ramsbottom? ¿Se trata de una broma de mal gusto?

—La mujer está enferma y he venido a ayudar —comenté.

—¿No tienes vergüenza?

—Pues no.

El pastor hizo una seña al rebaño.

—No nos quedaremos para que sigan burlándose de nosotros.

—Ay, esa hija suya es un demonio —gimió la señora White, que se agarró al brazo del pastor.

—No es hija mía —le espetó mi madre con la cabeza erguida, y se situó al frente de la marcha.

Se fueron, y a los parientes de Morecambe les tocaron dos raciones de helado y de pastel. Joe meneó la cabeza al regresar y dijo que estaban todos chalados y que más me valía no seguir con esa panda. Tenía razón, pero me sentía sola. Mientras reflexionaba fregando los platos en la cocina noté una presencia a mi espalda.

Era la señorita Jewsbury.

—No estabas en la comida. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—No, no me apetecía. Solo quería decirle adiós a Elsie. Conozco a su prima de Morecambe.

Permanecí en silencio y la señorita Jewsbury se mostró incómoda.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bien. Me gano la vida y tengo planes para el año que viene.

Con excepción de Elsie, la señorita Jewsbury era la primera persona a quien me había confiado. Se alegró, me dijo que le parecía una buena idea y que ella tendría que haber hecho lo mismo.

—Siempre hay algo que se interpone, eso es lo triste de la vida. —De pronto añadió—: ¿Vendrás a visitarme a mi piso?

—No, no puedo —contesté con voz pausada.

La señorita Jewsbury recogió el bolso y los guantes.

—Si cambias de idea o necesitas dinero, figuro en el listín.

Se alejó y oí sus tacones durante un buen rato. No entiendo por qué no le di las gracias ni me despedí.

Fue la última vez que trabajé de manera regular en Campos Elíseos. Había terminado los estudios y me ofrecieron un puesto de plena dedicación en un psiquiátrico. En circunstancias normales no lo habría aceptado, pero contaba con una ventaja clara con respecto a otros empleos: podía vivir en el edificio. Por fin tendría una habitación propia.

—No le gustará, ¿verdad? —dijo la mujer a Joe.

—¿Cómo quieres que le guste? —respondió Joe—. Están todos mal de la azotea.

Aun así, me fui, reconfortada con mi proyecto.

Winnet intentó imaginar cómo sería la ciudad. Según unos aldeanos, era de cristal; según otros, la habían tejido con una red. Algunos decían que era una paparruchada y le advertían de que sería desdichada aunque lograra

encontrarla. Winnet pensó que todos los habitantes de la ciudad debían de ser fuertes y sanos. Pensó en la compasión y la sabiduría que sin duda poseían. En un lugar donde la verdad fuera importante, nadie la traicionaría, y por eso aumentaron su valor y su determinación. Encontró un mapa enrollado en el mango de una escoba. En él aparecían el bosque y sus lindes, donde comenzaban las ciudades. Localizó el río, plácido y encogido, pero que crecía cerca de la enorme desembocadura donde antaño ella había vivido; el río rodeaba la ciudad sagrada y, dividiéndose como un gusano partido, fluía por diversos ramales hacia la mar. Ella nunca había navegado en el mar. Solo conocía el mar que rompía en la orilla, solo lo conocía en relación con la tierra. Lo temía, pese a saber que los fieles han hecho milagros con barcas de mimbre y cuero. La forma más fácil de llegar a la ciudad era por el mar, para luego subir por el río. La otra ruta atravesaba lo más profundo del bosque y un trecho del río que semejaba un túnel. Allí las aguas eran salobres y no podría vadearlas porque se perdían en una densa oscuridad arbórea que duraba hasta mucho después de acabada la noche. Debía conseguir una barca y navegar. No había garantías de que fuera a llegar a una orilla. Solo la convicción de que, si se atrevía a buscarlo, aquello que deseaba podía existir.

Winnet estudió las prácticas de los constructores de embarcaciones: cómo giraban y desbastaban el casco para ganar velocidad y cómo ensanchaban la popa para asegurar la estabilidad. Aprendió la geometría de las velas. El ciego que le enseñó dijo que una soga era como un perro: tosca y fiable. Tibia y áspera como el pelaje de un can, marrón y deseosa de que la manejaran correctamente. Winnet aprendió a manejarlo todo como si estuviera vivo. Estaba vivo y funcionaba mejor si lo sabías, le dijo el ciego. Le contó qué era el Wu li: los principios de la energía orgánica. Winnet no lo entendió, pero notaba cómo se movían el denso alquitrán negro y la cuerda que rodeaba la

caña de los remos. Cuando las piedras están calientes, cantan, le comentó el ciego, y le regaló una piedra cantarina para la travesía.

Pronto llegó la última noche de Winnet en la aldea. Decidió dormir al raso, para oler y sentir la tierra que estaba a punto de abandonar. Soplaban el viento y no le dio importancia, pero al día siguiente, cuando el viento soplase, sería importante. Todo lo conocido adquirió significados distintos. Por la noche tuvo un sueño.

Soñó que las cejas se le convertían en puentes que confluían en un agujero practicado entre los ojos. El orificio no tenía tapa y de él arrancaba una escalera de caracol que bajaba hasta las entrañas. Winnet debe recorrerla si quiere conocer la extensión de su territorio. Ha de atravesar la sangre y los huesos que se arremolinan en el último escalón para sentarse en el primero, en el enorme espacio de debajo de la piel. Después encuentra un caballo de tiovivo, lo que le permite mirar las cosas más de una vez, y, aunque cree que nada cambia mientras mira, algo debe de cambiar, pues, cada vez que da una vuelta, las mismas cosas son distintas. Se ha mareado y, si no baja del caballo, se caerá.

Winnet se despierta bajo una llovizna y ha de actuar deprisa. Está llorando. El ciego la acaricia y le dice que no se preocupe por el miedo. Winnet rema hasta el mar y guarda la barca un día entero, hasta que se acostumbra al gusto salobre y a la inmensidad. La necesidad de llegar a la ciudad le ata el corazón a la mente. Subirá a la barca y navegará hasta el otro lado. La vela se hincha; el sol ha salido. Alrededor de Winnet solo hay agua. Tiene una única certeza: no hay vuelta atrás.

—¿Cuándo viste a tu madre por última vez? —me preguntó una mujer que caminaba conmigo por la ciudad.

No quise decírselo. Pensaba que en esa ciudad el pasado era exactamente

eso: pasado. ¿Por qué tengo que recordar? En el viejo mundo cualquiera podía ser una creación nueva, el pasado quedaba diluido. ¿Por qué el nuevo mundo era tan inquisitivo?

—¿Nunca piensas en volver?

¡Qué pregunta más ridícula! Hay hilos que te ayudan a encontrar el camino de regreso e hilos cuyo objetivo es llevarte de vuelta. La mente reacciona ante el influjo y es difícil apartarse. Siempre pienso en volver. Cuando la esposa de Lot miró atrás, se convirtió en una columna de sal. Las columnas sustentan las cosas y la sal las mantiene limpias, pero es un precio muy elevado por la pérdida del yo. Las personas vuelven atrás y no sobreviven porque dos realidades las reclaman al mismo tiempo. Eso resulta abrumador. Puedes echar sal a tu corazón, aniquilarlo o elegir entre las dos realidades. Ahí hay mucho sufrimiento. Algunos piensan que puedes nadar y guardar la ropa, pero la realidad es que si te metes en el agua, la ropa se moja y te mueres de frío. Volver después de mucho tiempo enloquece porque a los que dejaste no les gusta pensar que has cambiado, te tratan como siempre y te acusan de ser indiferente cuando solo eres diferente.

—¿Cuándo viste por última vez a tu madre?

No sé qué responder. Sé lo que pienso, pero en la mente las palabras son como voces submarinas. Están distorsionadas. Oír las palabras cuando llegan a la superficie es una tarea delicada. Para abrir la caja fuerte hay que ser ladrón de bancos y escuchar con atención los tenues chasquidos.

—¿Qué habría ocurrido si te hubieses quedado?

Podría haber sido sacerdote en lugar de profeta. El sacerdote tiene un libro con las palabras precisas. Palabras viejas, palabras conocidas, palabras de poder. Palabras que están siempre en la superficie. Palabras para todas las ocasiones. Las palabras surten efecto. Cumplen con su objetivo: consuelan y castigan. El profeta no tiene libro. El profeta es una voz que clama en el

desierto, está lleno de sonidos que no siempre adquieren significado. Los profetas claman porque los demonios los acosan.

Esta ciudad antigua es de piedra y de muros de piedra que aún no han caído. A semejanza del paraíso, está rodeada de ríos y alberga bestias fabulosas. La mayoría tiene cabeza. Si bebes de los manantiales —y hay muchos—, tal vez vivas eternamente, aunque no hay garantías de que vivas toda la eternidad tal como estás. Puede que mutes. Puede que las aguas no te sienten bien. Nadie te lo dice. Vine a esta ciudad para escapar. La ciudad está llena de torres por las que puedes subir y subir, y subir cada vez más rápido, maravillándote de su diseño y soñando con la panorámica desde lo alto. En lo alto sopla un viento penetrante y todo queda tan lejos que se vuelve indiscernible. No hay con quien hablar. Los gatos pueden confiar en los bomberos y Rapunzel tuvo suerte con su cabellera. ¿No sería agradable volver a sentarse en el suelo? Vine a esta ciudad para escapar.

Si los demonios están dentro, viajan contigo.

Cada uno cree que su situación es la más trágica. Y yo no soy una excepción.

Al pasar de la línea interurbana a la local percibo algo extraño. Aunque se trata de una estación concurrida, apenas hay gente y no se oye casi ningún ruido. Todo está amortiguado, como si el universo estuviera amordazado. ¿Qué sucede? Noto una mano en el hombro.

—El último tren, querida.

Miro el reloj. Solo son las ocho y media.

La voz advierte mi perplejidad.

—Es por la nieve, querida. Las vías están obstruidas.

¿De qué habla? Viajo unos cientos de millas y me quedo bloqueada. Recelo. Estoy en la esfera del encantamiento y todo es posible. Debo

continuar en el tren. Un hombre que suspira ha ocupado mi vagón. No he traído guantes y la red del portaequipaje que cuelga sobre mi cabeza está podrida.

—Querida, no deje las maletas en el pasillo —me regaña el revisor.

Cambiamos de vía y abro una ventanilla en medio del aire viciado. Al otro lado del cristal se acumulan unos tres pies de nieve, que cubre los raíles y se amontona sobre las vías muertas. No he traído las botas de agua. El hombre que suspira se convierte en un hombre refunfuñón hasta que llegamos a la primera estación. No nos quedamos mucho rato, enseguida se oye un chirrido ensordecedor. El tren se sacude y se para, avanza unos cuantos pies dando botes y luego otros pies corren por el pasillo. El revisor, el jefe de tren y el individuo que masculla se arrastran tras esos pies. El chirrido no cesa. Asomo la cabeza por la puerta y veo que suben un enorme fardo negro. De pronto el fardo salta hacia el interior y nos ponemos en marcha. Al regresar a mi asiento veo que el fardo viene hacia mí.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea —salmodia—. A este cuerpo serrano no le han dado tiempo para subir. Maldita sea. Y eso que sufro del corazón. —La mujer se quedó atascada en la puerta.

Ahora somos tres: el fardo, que salmodia sus quejas mientras se zampa un generoso bocadillo de queso y sujeta con una mano regordeta el termo como si se tratara de un amigo al que no veía desde hacía tiempo; el hombre refunfuñón, que entona una cancioncilla sobre el amor y su ausencia; y yo, con un ejemplar de *Middlemarch* bajo el jersey. No es ni una cosa ni la otra lo que conduce a la locura, sino el espacio intermedio.

«Por fin hemos llegado», pensé cuando el tren entró en lo que en otro tiempo había sido una estación. Antaño había una maqueta del *Queen Mary*, una sala de espera y una máquina expendedora de chocolatinas. Desde esa

estación fui una vez a Liverpool con un gorro que parecía una cubretetera. Me lo había tejido Elsie, que lo llamaba mi Casco de la Salvación.

Soplaba el viento y los zapatos se me oscurecieron y humedecieron cuando pasé por delante del ayuntamiento, el resplandeciente árbol de Navidad y el belén cortesía del Ejército de Salvación. Cuando llegué al pie de nuestra calle, larga y estrecha, nevaba otra vez. La colina del otro extremo se parecía al fardo del tren. «Diez calles, veinte farolas», conté mecánicamente. No tardaría en llegar. Ojalá hubiese llevado guantes. Unos pocos banderines más y de repente vuelvo a estar ante la puerta de mi casa. Como la ventana del salón es emplomada, no se ve bien el interior. Distingo figuras y oigo lo que parece «Escuchad, los ángeles mensajeros cantan». Parece esa canción, pero de fondo se percibe el ritmo inconfundible de una samba. Doy vueltas, hago acopio de hormonas y abro la puerta. El vestíbulo está iluminado y el calzador en forma de reno sigue junto al barómetro, pero el empapelado ya no existe. Me dirijo al salón esperando que todo vaya bien. Encuentro a mi madre sentada delante de lo que solo puedo describir como un artilugio. Más interesante aún: toca música en él.

—Hola, mamá, soy yo.

Dejé la maleta en el suelo y aguardé. Ella giró en el taburete agitando una partitura. En la tapa se leía «Buenas nuevas».

—Ven a echarle un vistazo. Es especial para órganos electrónicos. — Volvió a girar en el taburete y deslizó los dedos por las teclas.

—¿Qué has hecho con el piano?

—Me he pasado a la electrónica. Me gusta vivir al ritmo del mundo.

Me acerqué a examinar el artilugio. Tenía un atril muy ornamentado en lo alto, dos teclados y una hilera de pomos y botones de colores con rótulos que decían, por ejemplo, ESPINETA y XILÓFONO.

—Oye la espineta —me ordenó mi madre, y sonó la primera estrofa de «En lo más crudo del invierno».

—Es muy sugerente —reconocí.

—Es mucho más que eso; te lo demostraré.

Durante la media hora siguiente me mostró cómo funcionaba el artilugio. «Nosotros, los Reyes Magos» con y sin tambor; «Nosotros, los Reyes Magos» con y sin fiscorno y contrabajos. Podía elegir también música pop, guitarra y ritmo rápido.

—Es para los encuentros juveniles —me comentó—. Montaremos una banda como ese conjunto cristiano, The Joystings. —Apagó el artilugio y se apartó para que lo admiráramos—. Viene con el taburete. —Señaló la escultura de felpa y melamina—. Y te regalan un ejemplar encuadernado de tu libro de partituras favorito. Por supuesto, yo pedí *El himnario de la Redención*.

Estaba encuadernado en piel sintética de becerro, con letras en pan de oro y las iniciales de mi madre en el lomo. Asentí y pregunté si podíamos tomar una taza de té.

—¿Lo has conseguido a través de la Sociedad de Ayuda a las Almas Perdidas? —le pregunté, pensando que tal vez ella misma hubiera diseñado los accesorios.

Tardó unos segundos en responder y vi que se había ruborizado. Me contó que la Sociedad se había disuelto, que la corrupción había invadido la casa de huéspedes de Morecambe y que el reverendo Bone se había arruinado. Al parecer, casi todo el dinero destinado a las misiones había servido para pagar las deudas de juego del secretario; los beneficios que mi madre había obtenido con los nuevos miembros y con las ventas de accesorios religiosos se habían utilizado para pagar la manutención de la esposa del secretario. Esposa de la que estaba separado. La mujer con la que vivía era su amigueta.

—Una Pompadour —espetó mi madre—. El secretario vivía en pecado con su querida.

Al enterarse de que la Sociedad estaba al borde de la bancarrota, mi madre envió una carta al amplio grupo de miembros, a quienes solicitó dinero advirtiéndoles que la Sociedad no duraría mucho más. La respuesta fue abrumadora. De inmediato llegaron giros postales con cartas de agradecimiento por toda la felicidad aportada a lo largo de los años. Una mujer escribió: «Llevo a todas partes mi ejemplar lavable del Apocalipsis». Al final mi madre vendió a mitad de precio los ejemplares que quedaban de la *Selección piadosa de Jim Reeves*. Pagaron las deudas y aún sobró dinero para que el reverendo Bone pasara unas breves vacaciones en Colwyn Bay.

Las denuncias por servir sopa aguada y no cambiar las toallas dieron lugar a una inspección sanitaria en la casa de huéspedes de Morecambe. El establecimiento se venía abajo y las autoridades ordenaron arreglarlo o cerrarlo. Por si eso fuera poco, en el *Semanario de Parapsicología* mi madre encontró un anuncio en el que se ofrecían los servicios de «la médium más famosa de Morecambe» a quienes hubieran perdido un ser querido hacía poco. Todos los viernes se celebraban sesiones de espiritismo en la sala de billar de la casa de huéspedes. Había que pagar un extra y saltarse la cena, porque a la médium no le gustaba trabajar mientras el personal hacía la digestión. Mi madre se enfadó tanto que envió un extenso artículo sobre la magia negra a la revista *Band of Hope*. Me lo entregó para que lo leyera cuando me acostara.

—¿Tienes lo suficiente para mantenerte ocupada? —le pregunté inquieta.

—Ya te he dicho que me he pasado a la electrónica, y eso no acaba en el salón.

Se mostró misteriosa y no quiso decirme nada más. Charlamos un rato

acerca de lo que hacía yo y por qué. Nada de detalles, solo lo imprescindible para que ambas tuviéramos la sensación de que nos esforzábamos.

—Tu prima ha ingresado en la policía —comentó entusiasmada.

—Qué bien.

—Sí, y se ha echado novio. —Evitó mirarme.

—Qué bien.

—Siempre pregunta por ti.

—Dile que no me he muerto, que no malgaste el dinero en una corona. —
Decidí que era hora de acostarse.

—No te olvides esto —gorjeó mi madre lanzándome el artículo.

Sir Perceval llegó a un espléndido castillo construido con rocas de la montaña sobre la ladera de una colina. Se acercó al puente levadizo, que descendió ante él, y vio las truchas que nadaban en el foso. Su caballo está agotado. Sir Perceval desmonta y cruzan el puente. A cada lado de la muralla hay un enano armado de la cabeza a los pies. Le saludan, le dan la bienvenida y le informan de que dentro hay carne asada. Uno se lleva el caballo y el otro guía al caballero. Sir Perceval se encuentra en una estancia decorada exclusivamente con roble. El enano le aconseja que descanse hasta la puesta del sol. Sir Perceval se maldice por haber dejado la Mesa Redonda, por haber dejado al rey, y recuerda la expresión afligida del monarca. La última noche que pasó en Camelot, se lo encontró paseando por el jardín y Arturo lloró como un niño y le dijo que no había de qué preocuparse. El rey le regaló una sarta de cascabeles para la montura. El primero, el segundo y el tercer día Perceval podría haber vuelto sobre sus pasos, aún estaba bajo el influjo de Merlín. Al cuarto, el bosque le pareció agreste y abandonado y no supo dónde se encontraba ni qué lo había arrastrado allí. Sir Perceval se tiende en la cama y se queda dormido.

Soñó con la hora de la cena, cuando se oyeron fuertes crujidos y truenos y en medio del estrépito apareció un rayo de sol siete veces más brillante que el día. Cada uno vio a los demás como nunca los había visto y todos quedaron pasmados. Luego entró en la estancia el Santo Grial, cubierto con brocado de seda blanca. En ese instante juraron buscarlo, no cejar hasta verlo por completo, y Arturo permaneció callado mirando por la ventana.

El sol se ponía cuando Perceval se despertó. Debía asearse y saludar a su anfitrión. Hablaría del Grial, pero no de por qué lo buscaba. Había tenido la visión del heroísmo perfecto y, durante un instante fugaz, la visión de la paz perfecta. Volvió a buscarla para alcanzar el equilibrio. Era un guerrero que soñaba con cultivar hierbas.

Mi madre me despertó con una taza de chocolate caliente y la lista de la compra. Quería que fuera al centro en su lugar porque tenía que escribir al pastor Spratt. Como nevaba más, pasé por la tienda de excedentes de las fuerzas armadas para comprarme unas botas de agua. Me sentí más resuelta y decidí visitar a la señora Arkwright en la tienda de bichos. La campana tintineó y la mujer apartó la vista del polvo que estaba metiendo en una bolsa. Tardó casi cinco minutos en reconocerme. Entonces se inclinó sobre el mostrador y me dio unas palmadas en el hombro.

—Hola —saludé sacudiéndome el matapulgas—. ¿Cómo está?

—Enferma y harta. —Se puso el abrigo—. Ya tienes edad suficiente para tomar algo en el Cock and Whistle, ¿no?

Asentí, la señora Arkwright colgó el letrero en la puerta y me llevó al pub. Mi madre siempre me había dicho que el Cock and Whistle era un nido de ladrones y recaudadores de impuestos. Al verlo por primera vez no me pareció tan interesante. Tenía el suelo de linóleo y a lo largo de la barra se

apoyaban unos pocos viejos decrepitos. La señora Arkwright me condujo a un saloncito y pidió dos medias pintas de cerveza suave.

—Vaya, creía que te habías largado para siempre —me dijo.

—Solo he venido a pasar las Navidades.

Bufó.

—Menuda tonta estás hecha. Este sitio es un maldito agujero polvoriento; está muerto.

—¿Va mal el negocio?

—Fatal. Por culpa de ese último invento de la calefacción central. No puedes instalarla si no pones aislante hidrófugo, que de paso se carga los bichos. Me he quejado y he pedido una indemnización, pero dicen que es el progreso y que me dedique a los animales domésticos.

—¿Y no puede probar suerte?

La señora Arkwright dio un puñetazo en la mesa.

—Claro que no, maldita sea. Ahora todos se las dan de elegantes y no quieren que los vean en la tienda antibichos. Además, sabes que no soporto los caniches. No pienso llevar un puñetero salón para caniches.

Le pregunté cuándo y por qué había comenzado todo.

—Con los cuartos de baño —dijo de forma enigmática—. La culpa es de los cuartos de baño.

Al parecer, el ayuntamiento había reconocido por fin que las viviendas de Factory Bottoms eran insalubres y había puesto a disposición de los vecinos elevadas sumas de dinero para que emprendieran las mejoras imprescindibles. Ahora cada casa adosada disponía de cuarto de baño.

—Y después del cuarto de baño querrán calefacción central y caniches —prosiguió la señora Arkwright—. Todos conocemos los riesgos de la calefacción central. Seca los fluidos naturales del cuerpo, ¿no?

Estaba muy amargada porque durante años había protegido a la

comunidad. Había invertido en los pesticidas más avanzados, había dado consejos a la hora que fuese y se había esforzado por estar al corriente de las innovaciones extranjeras.

—No hay bicho que no sepa reconocer —me dijo orgullosa.

—¿Qué piensa hacer?

Me miró, echó un vistazo alrededor y se llevó un dedo a los labios. Me obligó a prometer que no diría ni media palabra. Tenía algunos ahorrillos y había guardado lo que había ganado en el bingo. Pensaba emigrar.

Me sentí fascinada. La señora Arkwright no había ido más allá de Blackpool en toda su vida.

—¿Adónde piensa ir?

—A Torremolinos.

—¿Cómo?

—Sí. Me he leído todos los folletos y he encontrado un chalet. Venderé muñecos de peluche a los turistas. Se alegrarán de comprar a alguien que habla inglés.

Pensé en lo que le costaría comprar un chalé, el viaje en avión y los juguetes, y en el dinero que necesitaría para ir tirando hasta que el negocio empezara a funcionar. Me contó entusiasmada que desde hacía seis meses tenía un libro para aprender español y que dos veces por semana asistía a clases nocturnas en Rishton.

—¿Tiene suficiente dinero? —Me sentí obligada a preguntárselo.

—Ni mucho menos. Por eso tengo que quemar la tienda. —Me miró de hito en hito y me recordó que le había prometido guardar silencio—. Si me das tus señas, te enviaré el recorte del artículo que publique el periódico.

Había planeado hasta el más mínimo detalle: una mecha de combustión lenta y montones de sustancias inflamables. Lo había programado para una noche de clase, a fin de no estar por medio. Los muebles no le interesaban y

pensaba comprarse ropa nueva. Había guardado los documentos y los objetos de valor en la caja fuerte del banco. De todas maneras, no haría nada hasta pasadas las Navidades.

—No quiero apartar a los bomberos de sus familias en días tan señalados.

Terminamos las cervezas y la dejé tal como la había encontrado: metiendo matapulgas en una bolsa.

Compré la carne picada y las cebollas y vi que el bar Trickett continuaba en el mismo sitio y servía los mismos platos. Betty seguía teniendo las gafas sujetas con cinta adhesiva, pese a que habían pasado muchos años desde que Mona les había puesto encima las hamburguesas congeladas. No me reconoció y no quise forzar el diálogo. Empecé a preguntarme si alguna vez había estado en alguna parte. Mi madre me trataba igual que siempre. ¿Había reparado en mi ausencia? ¿Recordaba por qué me había ido? Tengo la teoría de que, cada vez que decides algo importante, la parte de ti que dejas atrás continúa la otra vida que podrías haber vivido. Algunas personas tienen emanaciones muy potentes y otras se crean a sí mismas de cero fuera de su propio cuerpo. No es un disparate. Si una ceramista tiene una idea, la materializa en un cacharro que existe fuera de ella, que tiene una vida propia. Utiliza una sustancia física para plasmar sus pensamientos. Si yo utilizo una sustancia metafísica para plasmar los míos, en un determinado momento puedo estar en cualquier parte influyendo en una serie de cosas distintas, del mismo modo que la ceramista y su cacharro ejercen su influencia en diferentes sitios. Cabe la posibilidad de que yo no esté aquí, de que todas las partes de mi ser que bordearon las decisiones que tomé y que no tomé se rocen un instante. Que aún sea una evangelista del norte, así como la persona que un día se largó. Es posible que durante una temporada esos dos yoes se confundieran. No he avanzado ni retrocedido en el tiempo, tan solo lo he atravesado hacia algo que pude ser y que se extinguió.

—Has derramado el té —exclamó Betty indignada.

Le pagué el doble y salí.

En lugar de irme derecha a casa, subí a la colina. Hacía tan mal tiempo que no había ni un alma. Si siguiera viviendo allí, yo también me habría quedado entre cuatro paredes. La temeridad es un privilegio del visitante. Subí hasta la cumbre y observé cómo los remolinos de nieve cubrían la ciudad hasta borrarla. Todo lo negro se borró. Podría haber pronunciado un sermón impresionante... «Cual una nube, mis pecados pendían sobre mí y Él los borró al liberarme...», algo por el estilo. Pero ¿dónde se hallaba Dios ahora que el cielo estaba lleno de astronautas y el Señor había sido destronado? Echo de menos a Dios. Echo de menos la compañía de alguien absolutamente leal. Sigo convencida de que Dios no me traicionó. Los siervos de Dios me traicionaron, sí, pero los siervos son traidores por naturaleza. Echo de menos a Dios, que era mi amigo. Ni siquiera estoy segura de que exista pero sé que, si Dios es tu modelo en el terreno afectivo, hay muy pocas relaciones humanas que estén a su altura. Creo que algún día tal vez sea posible; una vez pensé que era posible y esa visión fugaz me llevó a deambular, a buscar el equilibrio entre la tierra y el cielo. Si los siervos no se hubieran entrometido para separarnos, tal vez me habría desilusionado, tal vez habría retirado el brocado de seda blanca y habría encontrado un cuenco de sopa. Tal como son las cosas, no puedo parar; busco una persona impetuosa que me ame hasta la muerte y sepa que el amor es tan fuerte como la muerte, y que esté de mi parte por siempre jamás. Busco una persona que destruya y que sea destruida por mí. Hay muchas formas de amor y de afecto y algunas personas pasan juntas la vida entera sin conocer el nombre de la otra. Nombrar es un proceso difícil que lleva tiempo; tiene que ver con la esencia y supone poder. Y en las noches locas, ¿quién puede llamarte hogar? Solo quien sabe tu nombre. El amor romántico se ha diluido en forma de libro en rústica y ha vendido miles

de millones de ejemplares. El original sigue en alguna parte, escrito en tablillas de piedra. Cruzaría mares, sufriría insolaciones y daría cuanto tengo, pero no por un hombre, pues los hombres quieren ser los destructores y nunca los destruidos. Por eso no están preparados para el amor romántico. Hay excepciones y espero que sean felices.

El desconocimiento de mis necesidades me asusta. Ignoro si son grandes o elevadas; solo sé que no se satisfacen. Si quieres hallar la circunferencia de una gota de aceite, utilizas licopodio en polvo. Es lo que buscaré: un bote de polvos de licopodio que esparciré sobre mis necesidades para determinar su magnitud. Y cuando conozca a alguien escribiré el experimento y le enseñaré lo que ha de asumir. Claro que es posible que presenten una tasa de crecimiento que no sé medir, o que muten, e incluso que desaparezcan. De algo estoy segura: no quiero que me traicionen, un deseo que cuesta manifestar con naturalidad al comienzo de una relación. No es una palabra muy usada, lo que me desconcierta, pues hay diversos tipos de infidelidad pero la traición es traición dondequiera que aparezca. Por traición entiendo comprometerse a estar de tu parte y luego ponerse de la de otro.

Desde la ladera de la colina, en el lugar en que desciende hacia la cantera, se divisa donde vivía Melanie. Me crucé con ella por casualidad a los dos años de irme de casa. Empujaba un cochecito de bebé. Si antes se había mostrado serena hasta el extremo de parecer bovina, ahora era casi un vegetal. Me la quedé mirando, asombrada de que hubiéramos tenido una relación. ¡Y pensar que cuando me dejó creí que tenía envenenada la sangre! No podía olvidarla. Ella parecía haberlo olvidado todo. Tuve ganas de zarandearla, de desnudarme en medio de la calle y gritar: «¿No recuerdas este cuerpo?». El tiempo es un gran atemperador; la gente olvida, se harta, envejece, se marcha. Dijo que, en un sentido histórico, entre nosotras no había ocurrido gran cosa. Pero la historia es una cuerda llena de nudos, lo

mejor que puedes hacer es admirarla y, si acaso, hacerle más nudos. La historia es una hamaca en la que mecerse y un juego para jugar. Es jugar a las cunitas con un cordel. Dijo que ese tipo de sentimientos, los que había tenido hacia mí, habían muerto. Existe cierto atractivo en lo que está muerto. Puedes maltratarlo, alterarlo y volverlo a colorear. No se queja. Se rió y añadió que probablemente veíamos lo ocurrido de maneras distintas... Volvió a reír y afirmó que como yo lo veía sería un buen relato, que su visión se limitaba a la historia, a los hechos de nada de nada. Dijo que esperaba que yo no guardara ninguna carta, que era absurdo aferrarse a cosas que no significaban nada. Como si las cartas y las fotos lo volvieran más real, más peligroso. Le respondí que no necesitaba sus cartas para recordar. Se quedó con expresión ausente y empezó a hablar del tiempo, de las reparaciones de carreteras y de que los potitos estaban por las nubes.

Me preguntó qué hacía y tuve ganas de responderle que sacrificaba bebés en lo alto de Pendle Hill o que me dedicaba a la trata de blancas. Cualquier cosa con tal de enfurecerla. Según sus propias palabras, era feliz. Había dejado de comer carne, estaba embarazada otra vez, etcétera. Incluso se carteaba con mi madre. Habían trabajado juntas en la primera misión de la ciudad para personas de color. Mi madre había sacado de la Despensa de Guerra todas las latas de piña porque supuso que era lo que comían. Además había recogido mantas para que no pasaran frío. Cuando el primer pastor de color se presentó en su casa, mi madre intentó explicarle la importancia de la salsa de perejil. Más tarde se enteró de que el pastor había pasado casi toda su vida en Hull. Melanie, que aún esperaba un puesto de misionera, afrontó la situación como pudo, aunque no entendió nada. Durante el tiempo que duró la misión todos comieron jamón con piña, pastel de piña, pollo con salsa de piña, dados de piña y rodajas de piña. «Al fin y al cabo, las naranjas no son la única fruta», dijo mi madre con filosofía.

Anocheía cuando bajé de la colina. Los remolinos de nieve se me adherían al rostro. Pensé en la perra y de pronto me sentí muy triste; triste por su muerte, por la mía, por las agonías ineludibles que acompañan al cambio. Toda elección supone una pérdida. Pero la perra estaba sepultada en la tierra y las cosas que yo había enterrado se exhumaban por sí solas: miedos fríos y húmedos, pensamientos peligrosos y las sombras que había reservado para momentos más oportunos. No podía guardarlas para siempre, el día del ajuste de cuentas acaba por llegar. Sin embargo, debo recordar que no todos los sitios oscuros necesitan luz.

Al entrar vi a mi madre con los auriculares puestos. Sentada delante de una radio enorme, garabateaba algo en un papel. Le di unas palmaditas en el hombro.

—Podrías haberme provocado un infarto —se quejó, y manipuló varios botones—. No puedo hablar, estoy recibiendo.

—¿Qué recibes?

—Los informes.

Volvió a calarse los auriculares y a garabatear. Durante más de una hora no logré entender nada de lo que decía. Compartimos un plato precocinado de arroz con carne y me enteré de cómo se había pasado a la electrónica. Un día se había reventado un receptor de cristal de la radiogramola, de modo que no podría volver a oír el World Service. Talonario en mano, corrió a las tiendas en busca de una solución y vio un anuncio de un radiotransmisor para montar en casa. Lo compró, junto con el transistor de bolsillo más barato que encontró, para salir del paso. Era un dispendio, pero la Sociedad de Ayuda a las Almas Perdidas acababa de derrumbarse y mi madre necesitaba algo que la distrajera. Me contó que había logrado montar el radiotransmisor, aunque era muy difícil, y que ahora hablaba a menudo con cristianos de toda

Inglaterra, además de escuchar la radio. Planeaban celebrar un encuentro y publicar un boletín para creyentes electrónicos.

—Es la voluntad del Señor —añadió—. Por eso no quiero que me molestes cuando estoy en ello.

Quizá fuera por la nieve, por la comida o por el carácter imposible de mi vida; el caso es que me entraron ganas de meterme en la cama y despertar con el pasado intacto. Tuve la impresión de que había trazado un gran círculo y de que volvía a encontrarme a mí misma en el punto de partida.

Mucho después de que el anfitrión se fuera a dormir, sir Perceval seguía sentado en la estrecha silla. Se contempló las manos bajo la luz de la tea humeante. Una mano era curiosa, segura y firme. Era su mano afable y reflexiva. La mano para dar de comer al perro o estrangular a un demonio. La otra parecía desnutrida. Era una mano rígida, inquisitiva, inexpresiva e inquietante. Era una mano temerosa, pero también la mano del equilibrio. Aquella noche Perceval estaba colérico. Su viaje le parecía infructuoso y tenía la impresión de andar descaminado. El anfitrión le había preguntado por qué había partido, aunque en realidad no le interesaba la respuesta y presuponía los motivos: el rey estaba loco o la Mesa Redonda destruida. Perceval había guardado silencio. Había partido por su propio interés, ni más ni menos. Aquel día pensó en el retorno. Se sintió impelido como una bobina de algodón, hasta el extremo de que se mareó, quiso ceder al impulso y despertar rodeado de cosas conocidas. Cuando se durmió aquella noche, soñó que era una araña suspendida de un hilo en un roble inmenso. De pronto aparecía un cuervo que atravesaba el hilo volando, de modo que cayó al suelo y huyó.

Cuando me desperté al día siguiente, el sol se abría paso entre las nubes de

nieve y su luz atravesaba la ventana polvorienta. La casa estaba tranquila. Por lo general mi madre ponía casetes y yo la oía cantar o practicar una nueva armonía. Ahora viajaba con el pastor Finch y su autobús demoníaco cada vez que el religioso visitaba la región. Consideraba que tenía mucha experiencia y que podía ayudar a otros padres afligidos con hijos poseídos por el demonio. Había creado un kit de autoayuda para los espiritualmente perturbados: qué no había que hacer, con quién contactar, qué fragmentos de la Biblia leer. Por supuesto, el coro grababa casetes con canciones para espantar al demonio. La mayor parte eran composiciones del pastor Finch. Me alegraba que mi madre tuviera un pasatiempo, pero no me gustó que mis pecados figuraran en el kit de autoayuda. Menos mal que no había incluido mi foto de pasaporte para advertir a los del noroeste de Inglaterra que encerraran a sus hijas.

Me quedé con ellos hasta pasadas las Navidades. Me sentí obligada a ver infinitos programas sobre la natividad del Señor y a comer pastelillos de fruta con la señora White, quien estaba tan nerviosa que sufrió un ataque incontrolable de hipo.

—Jack, trae las sales aromáticas —ordenó mi madre, y le tapó la nariz a la señora White hasta que esta se puso azul.

Las sales aromáticas no surtieron efecto y la señora White tuvo que ir cogida del brazo de mi padre hasta la parada del autobús.

—Es culpa tuya —me espetó mi madre—. Hasta en Nochebuena.

Regresó al salón para beber un sorbito de oporto y echar un vistazo a los regalos navideños. Ardía en deseos de abrirlos y solo eran las once de la noche.

Decidimos jugar al escarabajo para pasar el rato.

—¡Has hecho trampa! —exclamó cuando coloqué la última pata roja en mi insecto—. No hay que fiarse nunca de un pecador.

—Está bien, echemos otra partida.

Jugamos hasta las doce menos cinco, momento en que mi madre se levantó de un salto y encendió la radio para oír el Big Ben.

—Trae tu copa —dijo, y me sirvió limonada con un chorrito de oporto—. Feliz Navidad, alabado sea el Señor. ¿Cuáles son los míos? —Se lanzó sobre la pila de regalos colocados bajo el árbol.

—Mira, has tirado el ángel —me quejé.

Volvió a ponerlo, del revés, mientras con la otra mano arrancaba el papel de un paquete.

—Este es del pastor Spratt —dijo entusiasmada. Asentí y me pregunté a qué podía corresponder esa forma y cómo había pasado la aduana—. ¡Oh, mira!

Era una pata de elefante con tapa de bisagra. Mi madre titubeó unos instantes antes de abrirla. Era una Caja de las Promesas con forma de pata de elefante; contenía dos hileras de papelitos muy bien enrollados, cada uno con una promesa de la Biblia. Se le saltaron las lágrimas al depositarla con sumo cuidado en el aparador.

—Y esto de la tía Maud, ¿qué es? —pregunté alzando un paquete duro y alargado.

—Probablemente un bastón de estoque. Ya la conoces. —Mi madre se dio unos toquecitos en la cabeza—. Lo que me intriga a mí es el regalo de tu padre.

Era plano y no estaba bien envuelto. Lo abrió despacio y apareció una catapulta. Me quedé pasmada.

—¿Por qué te ha comprado una catapulta?

—Se la pedí. Es para librarme de los gatos de los de al lado.

Me contó que lo había probado todo, desde sobras de comida a amenazas. Y seguían orinando en sus rosas preferidas. Pensaba arrojarles guisantes

secos. Meneé la cabeza y no supe cómo decirle que le había comprado una rebeca...

Durante los días siguientes apenas los vi porque fueron a la iglesia. Mi madre recibió la terrible noticia con el primer correo de después de Navidad. Una vez más tenía que ver con la casa de huéspedes de Morecambe o, mejor dicho, con su dueña, la señora Butler.

—Se trata sin duda de un trabajo para el pastor Finch —dijo poniéndose el abrigo para ir a la cabina telefónica.

Cogí la carta en cuanto salió. Deprimida por el descenso del número de clientes en la casa de huéspedes y frustrada por las continuas quejas de las autoridades sanitarias, la señora Butler se había entregado a la bebida. Más aún: se había buscado un empleo de supervisora en una residencia de ancianos de la localidad. Ahí se había juntado con un hombre extraño y carismático que había sido exorcista oficial del obispo de las Bermudas. Lo habían expulsado en circunstancias extrañas por haber cometido un delito imperdonable con la esposa del coadjutor. De regreso en Inglaterra, y a salvo entre los embrutecidos brazos de la señora Butler, la convenció de que le permitiera practicar vudú con algunos pacientes seniles. Una enfermera del turno de noche los pilló.

Imaginaos los sentimientos de mi madre: la Sociedad de Ayuda a las Almas Perdidas había sido un golpe duro; la casa de huéspedes de Morecambe, una terrible sorpresa; lo de la señora Butler era la gota que colma el vaso. Esperé su regreso contemplando la lumbre. Las familias, las verdaderas familias, son sillas, mesas y el número correcto de tazas, pero yo no tenía ninguna manera de unirme a una familia ni de despachar a la mía; mi madre me había atado un hilo alrededor de un botón para tirar de él cuando le diera la gana. Yo conocía a una mujer en otro sitio. Tal vez ella me salvara. Pero ¿y si estaba dormida? ¿Y si caminaba sonámbula a mi lado y yo no me

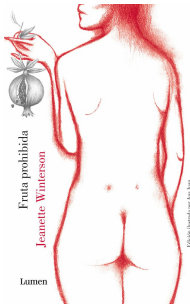
enteraba? Sonó un portazo y mi madre entró en tromba, con el nudo del pañuelo sobre la mejilla, de modo que la tela parecía un bocio con dibujos.

—¡Qué lío! —Furiosa, arrojó la carta al fuego—. Si no me doy prisa, me perderé la emisión. Dame los auriculares.

Se los pasé y se colocó bien el micro.

—Luz Bondadosa llamando a Manchester, venga, Manchester, aquí Luz Bondadosa...

La primera obra de Jeanette Winterson, una novela autobiográfica sobre el paso de la infancia a la adolescencia.



En los momentos cruciales de su infancia, Jeanette Winterson siempre tenía a mano una naranja: la agarraba, la pelaba y la comía como si esta pieza de fruta fuera a consolarla de todos sus males. Más tarde descubrió que existía fruta distinta, más sabrosa, pero había que comerla a escondidas, lejos de las habladurías de la gente y de la mirada inquisidora de su madre; era fruta prohibida, pero valía la pena correr el riesgo y disfrutar de aquella delicia.

Adoptada por un matrimonio evangélico de una pequeña ciudad industrial inglesa, Jeanette Winterson creció a la sombra del fervor religioso de toda una comunidad. Los primeros años de su vida fueron un ir y venir entre feligreses seducidos por los sermones y las palabras de la Biblia, el único libro que circulaba por su casa, pero cuando tenía poco más de diez años la niña supo que ella era distinta y que las leyes de su cuerpo la llevarían a descubrir otra forma de amar.

Jeanette se fue de la ciudad, y cuando tenía veinticuatro años escribió *Fruta prohibida*, esta conmovedora crónica del paso de la adolescencia a la edad adulta que entusiasmó a los lectores de entonces y sigue siendo una guía espléndida para caminar por la vida.

«Los curiosos siempre corren algún peligro. Si eres curioso, cabe la posibilidad de que nunca vuelvas a casa, como los hombres que ahora conviven con sirenas en el fondo del mar.»

JEANETTE WINTERSON

Nacida en Manchester e hija adoptiva de una pareja de escasos recursos económicos, **Jeanette Winterson** creció en un entorno donde escaseaban los libros y abundaba el fervor religioso.

A los dieciséis años la autora abandonó el hogar para estudiar en Oxford y vivir su primera aventura de amor con una chica. A los veinticuatro años publicó *Fruta prohibida*, que en su día ganó el Whitbread Award a la mejor primera novela y fue llevada al cine. En 1986 apareció *La pasión*, a la que siguieron *Espejismos* (1989), *Escrito en el cuerpo* (1992), *Art & Lies* (1994), el libro de ensayos *Art Objects* (1995), *Powerbook* (2000) y, en 2004, *La niña del faro*, la novela con la que Lumen inauguró una biblioteca dedicada a las obras más destacadas de la autora.

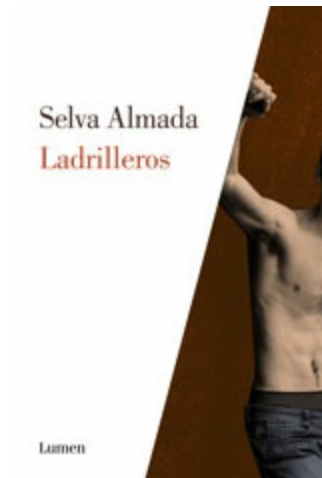
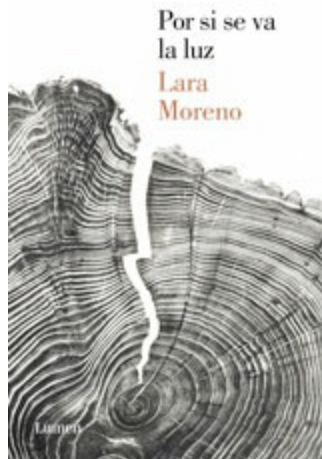
En 2012 se publicó *¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal?*, un libro de memorias extraordinario. Y en 2013, *La mujer de púrpura*. En 2015, Lumen ha publicado *El mundo y otros lugares*, un libro que recoge diecisiete piezas de la narrativa breve de la autora, entre las que se encuentra *La poética del sexo*, publicada por separado en el sello Flash Relatos.



Lumen recomienda

Jeanette Winterson | ¿Por qué ser feliz si puedes ser normal?





Título original: *Oranges Are Not The Only Fruit*

Edición en formato digital: mayo de 2017

© 1985, Jeanette Winterson

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 1990, Margarita Cavándoli y herederos de Horacio González Trejo, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marta Borrell

Ilustración de portada: © Ana Juan

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0458-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Fruta prohibida

Prólogo

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

Deuteronomio

Josué

Jueces

Ruth

Sobre este libro

Sobre Jeanette Winterson

Lumen recomienda

Créditos